LA
INVASIÓN
Llegaron sin aviso, invadieron sin resistencia.
LORENA A. FALCÓN

Contents

Portada
Copyright
Última publicación
Libros de la autora
Ambos I
Extraterrestres I
Ambos II
Humanos I
Ambos III
Extraterrestres II
Ambos IV
Humanos II
Ambos V
Extraterrestres III
Ambos VI
Humanos III
Ambos VII
Extraterrestres IV
Ambos VIII
Humanos IV
Ambos XIX
Extraterrestres V
Ambos X
Humanos V
Ambos XI
Extraterrestres VI
Ambos XII
Humanos VI
Ambos XIII
Extraterrestres VII
Ambos XIV
Humanos VII
Ambos XV
Extraterrestres VIII
Ambos XVI
Humanos VIII
Ambos XVII
Extraterrestres IX
Ambos XVIII
Humanos IX
Ambos XIX
Extraterrestres X

Ambos XX
Humanos X
Ambos XXI
Premios Literarios anteriores
Nota de la autora
Sobre la autora
Agradecimientos
Otras obras publicadas
Matices de la magia (extracto)

LA INVASIÓN

Lorena A. Falcón

Copyright © 2020 Lorena A. Falcón

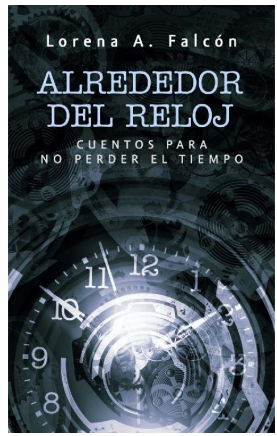
Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Diseño de tapa: Alexia Jorques

Última publicación

Alrededor del reloj



Cuentos para no perder el tiempo.

La vida de estos personajes, al igual que la tuya, transcurre alrededor del reloj.
Hora tras hora, cuento tras cuento, avanzan las historias de cada uno de ellos, historias que pueden ser como la tuya cuando vas al trabajo, cuando pasas eternos minutos en esa oficina y luego regresas a tu casa... Para empezar todo otra vez al día siguiente.
Porque, por más que las agujas avancen, el reloj te lleva siempre al mismo lugar.
Atrapados en este eterno ciclo, los personajes de cada cuento intentan encontrar su propio camino. ¿Te animas a acompañarlos?

Ya disponible en Amazon.

Libros de la autora

Brujas anónimas
Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales
Libro I - Un último conflicto
Libro II - Un conflicto sin fin

El reino entre las nieblas
Libro I - Un camino marcado
Libro II - Un bosque confuso

Novelas - Tomos únicos
La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado
Matices de la magia

Cuentos
Por un par de alas
Todo o nada
Una idea simple - A simple idea
Alrededor del reloj

No ficción
¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?
Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de Lorena A. Falcón

Ambos I

ELLA HUBIERA PREFERIDO CORRER, huir, esconderse, llorar en un rincón hasta que todo aquello terminara. Hubiera preferido que la mataran mientras dormía o cuando estuviese haciendo cualquier otra cosa. La muerte es más fácil cuando uno está distraído; el problema se presenta cuando uno sabe que se avecina, que está ahí, que te observa, y que no vas a escapar.

Y su muerte la miraba a los ojos ahora, desde el rostro de él. Ni siquiera podía verlo por completo, sus ojos se negaban a desviarse de los de él; aquellas pupilas estaban vacías, se veían tan distantes… y, a la vez, la quemaban por dentro, como si él hurgara en sus sentimientos.

¿Qué quería saber?

En su interior, no solo había miedo, también furia por lo que le había hecho, por lo que le había hecho a su mundo. Con un grito que le resquebrajó la garganta, ella se levantó con un puñal en la mano y se lo clavó en el torso. Él no se inmutó, ni siquiera pareció sentirlo. Solo ladeó la cabeza y la miró con más intensidad, como si aún tratara de comprender qué intentaba hacer ella.

—¿Es que no te vas a morir con nada? —jadeó ella mientras luchaba por hundir más el filo en su cuerpo.

Él se movió un poco. Estaba herido, pero no tanto como ella, no lo suficiente para perder su fuerza, la tenía aprisionada contra el piso, luchando por moverse, por respirar, por vivir unos minutos más.

Ella jaló el puñal, que salió con un chasquido aguachento, y volvió a clavarlo. Esa vez, dio con un hueso y el filo se desvió. Solo lo cortó superficialmente, aquello pareció molestarle más. Enrolló sus dedos en la garganta de ella y se presionó todavía más contra su cuerpo.

Ella quería temblar, debatirse, pero ya no le quedaban fuerzas, había perdido demasiada sangre. ¿Por qué tardaba tanto aquello? Lo había visto matar con más facilidad, con más eficacia; sin embargo, a ella la hacía sufrir. No pudo evitar llorar, de ira, de pena, porque en todo ese tiempo casi había creído que eran amigos. Uno suele familiarizarse con las cosas que ve a diario, y a él lo veía casi todos los días. A veces, era él quien la seguía; otras, era ella. Ambos habían visitado los refugios de cada uno, habían tenido algún que otro enfrentamiento leve… Hasta que ella había creído que…

Se rio y oyó cómo gorgoteaba la sangre en su garganta. Ya faltaba poco, ¿por qué se demoraba tanto? ¿Por qué no la había matado sin que ella se hubiera dado cuenta?

Él giró la cabeza y se irguió un poco.

¿Qué estaba mirando? Hubiera querido preguntarle, pero estaba segura de que ya no tenía cuerdas vocales. Las manos le colgaban flácidas a los lados, había soltado el puñal y las piernas… No creía que aún estuvieran allí. Solo podía sentir el cuerpo de él encima, casi como si la estuviera violando…, era más que eso, peor, más íntimo, porque ella casi lo había invitado a entrar. Una parte de sí misma quería terminar con todo aquello. Si bien, en ocasiones, había soñado que esa paz duraría, siempre supo que él la mataría, en algún momento. Lo más clemente hubiera sido hacerlo antes.

¿Qué miraba? ¿Qué había en ese costado? ¿Acaso alguien se aproximaba?

Él volvió a concentrarse en ella y se acercó hasta que su aliento lo inundaba todo, sabía a chocolate. A él le encantaba el chocolate, tenía de todas las marcas y géneros en su refugio.

Ella quiso cerrar los ojos y dejarse ir. La presión que él ejercía sobre su cuello aún dolía, el único sentido que le recordaba que todavía estaba viva.

Si cerraba los ojos, podría olvidar que se trataba de un monstruo que intentaba matarla, que *iba* a matarla, que lo estaba haciendo poco a poco.

¿Por qué su cuerpo aún resistía?

Ella se rio a su pesar. ¿Por qué resistirse? ¿Por qué no? Aquel que está vivo ¿no quiere seguir así? Por qué se resistía él, hubiera querido preguntarle. Por qué no se dejaba ir; si él moría, si hubiera muerto, ella podría haber vivido, podría haber vivido todos los años que vivieron sus padres y, tal vez, tener sus propios hijos. ¿Vendrían ellos a tener los propios? Aparentemente, no había espacio en la vida para todos.

Él no podía dejar de observarla.

Sabía que, si hacía solo un poco más de fuerza, terminaría de romperle el cuello; después de eso, la muerte sería instantánea… No quería eso. Ya lo había experimentado durante mucho tiempo, demasiadas veces. Ahora quería estudiar lo que sucedía *mientras*, cómo ella se iba poco a poco; quería determinar el momento exacto en el cual se podía decir que ella, su esencia, ya no existía.

No estaba bien hacerlo, no debía hacerlo. No eran sus órdenes. Tenía que matar rápido, sin pensarlo: terminar con todo lo que lo rodeaba en el menor tiempo posible. A ella la debería haber matado el primer día, hacía ya un mes. Sin embargo, la había dejado vivir porque… estaba aburrido. Ahora reconocía que *ese* era todo el interés que tenía en ella.

Sí, era una de las más combativas. De manera extraña, a veces peleaba, a veces se escondía; con aquel comportamiento, tenía posibilidades de durar bastante tiempo. Y eso él nunca lo entendía: ¿por qué querían durar más si el final era el mismo? Tenían que saber que no lograrían sobrevivir, sabían que nadie más lo conseguía. ¿Acaso no dejaban los cuerpos a la vista justamente para ello? ¿Acaso no los mataban de maneras grotescas solo para que los demás lo vieran?

Esa furia que sentía cuando estaba de aquel humor… Siempre le habían dicho que la dejara libre, que era mejor así. Y lo era. Después de un tiempo, uno se quedaba tranquilo, en calma, cuando se liberaba toda la energía acumulada. Sin embargo, él estaba sintiendo algo más, un desinterés que no era normal. Aunque aún podía matar a todo lo que se le cruzaba, ya no le entretenía y no le hubiera importado no tener que hacerlo. Se preguntó si los demás también se habrían sentido así en algún momento. Sabía que aquellos que no cumplían con su cuota de muertos desaparecían. Esas eran las reglas, nunca lo había cuestionado.

Por otro lado, tampoco se había preguntado por qué algunos no cumplían con su cuota. Al principio, había creído que eran malos en su trabajo; ahora pensaba que podría haber sido algo más.

En el último mes, su promedio había bajado muchísimo. Si hubiera declarado la zona limpia, lo habría mantenido. Mientras más tiempo demoraba en hacerlo, más bajaba su nivel de eficiencia. Se preguntó cuándo enviarían a alguien para vigilarlo.

Le pareció oír un ruido cercano. No eran pasos ni respiración, sino el rumor de la existencia, la presencia cercana de otra vida, una que erizaba la piel.

Sintió el filo del puñal de ella a un lado y se contorsionó, molesto. Esa sensación… Allí estaban. Por fin, habían venido a buscarlo, a

preguntarle por qué estaba tardando tanto.

Elevó la cabeza y miró hacia un lado. Había ruinas de lo que antes habían sido autos, no se distinguían los edificios del otro lado de la calle. De todas formas, él sabía que alguien lo estaba observando. Tal vez debería matarla a ella de una vez y terminar con todo ello. De esa manera, lo asignarían a otra zona, si es que quedaba alguna sin limpiar o, por fin, podría regresar a su cuarto, al verdadero, y descansar. Incluso podría llevarse los chocolates, eran lo único que valía la pena; no estaba prohibido llevarse botines de las zonas que dejaban limpias. Cualquier objeto inanimado estaba permitido, siempre y cuando no fuera tecnología muy avanzada, aquello contaminaba y a ellos no les gustaba estar contaminados.

Decidió ignorar lo que fuera que sucedía a unos metros. Si estaban allí para enviarlo a otra ubicación, lo haría. Si estaban allí para preguntarle por qué no la había matado a aún…, bueno, él no era incapaz, ¿no? Seguramente, podría defenderse de cualquiera que fuera en su búsqueda.

Se inclinó sobre ella, quién todavía se debatía. Aún había luz en sus ojos y pequeños globos de sangre en su boca. Sentía la presión de su pecho al intentar elevarse una y otra vez contra su cuerpo, sus latidos todavía eran fuertes. Presionó un poco más la garganta y se acercó más.

Oyó que ella hacía un ruido y prestó atención, aunque si intentaba decir algo, las palabras no terminaban de formarse. Después de unos minutos, ella se sacudió una vez más, con violencia y luego con calma, y entonces todo se paró.

Él volvió a mirarla. La sangre todavía bajaba por las comisuras, el último movimiento que quedaba en su cuerpo, lo único que indicaba que, alguna vez, había contenido vida. Sin embargo, él no la soltó. A algunos les gustaba simular.

Entonces, oyó la voz que sabía que estaba su espalda.

Extraterrestres I

TODO HABÍA TERMINADO según lo previsto, según lo planeado. Siempre sucedía de la misma manera. No había razón para esperar algo diferente; después de todo, eran expertos en lo que hacían. Habían sido el depredador máximo en su mundo, aniquilando todas las demás especies e incluso su propio planeta. ¿Por qué sería distinto en cualquier otro que visitaran?

Todo había sido más fácil cuando hicieron a un lado la idea de crear colonias en planetas vecinos, en hacerlo mejor la siguiente vez, y habían sido lo suficientemente honestos para reconocer que lo único que sabían hacer, lo que sabían hacer realmente bien, era consumir planetas. Y eso era lo que harían para siempre. El universo estaba lleno de ellos.

Sin embargo, a él le había parecido que tardaban más en este planeta. La especie que ya lo ocupaba se mostraba más resistente que otras; aun así, todos habían perecido en el plazo de una semana. Miró hacia abajo, al planeta que rotaba lentamente bajo la nave, desde allí no se veían rastros de lo sucedido. Y pronto tampoco los habría en la superficie. Las máquinas ya trabajaban para dejarlo listo, para que ellos lo habitaran. Ahora solo quedaba esperar y descansar, y sacarse de encima el resto de la furia luchadora que inculcaban en los guerreros cuando los enviaban a la superficie. Si bien había pasado el examen de regreso, el más largo hasta ahora, estaba pensando, seriamente, en cambiar de especialidad. Aunque esos cambios no eran apreciados, tampoco estaban prohibidos.

Suspiró y se alejó de la ventana. Aquello generaría todavía más preguntas, y estaba harto de hablar. Le gustaba más cuando estaba solo, en cualquier planeta, y su única ocupación era matar todo lo que

se le acercara. Era una vida simple, directa, sin complicaciones. La que tendría a continuación sería vacía, no les daban nada para hacer durante la ocupación de un planeta. Muchos se divertían peleando con los animales que sobrevivían; él ya se había cansado de aquellas luchas, no tenían sentido si el otro no tenía oportunidad de ganar, ya bastante aburrido era su trabajo de rutina.

Sonó una llamada a la puerta.

Él miró la pantalla y esperó que sonara otra vez. Si aquella persona insistía, entonces…

Se puso de pie con otro suspiro y abrió la puerta manualmente, ni siquiera tenía ganas de oír el comando de voz que podría haber dado. Del otro lado, estaba uno de sus compañeros más viejos, habían entrado en las fuerzas solo con un año de diferencia y, sin embargo, a él todavía le brillaba la mirada cuando se enteraba de que debían mudarse de nuevo.

Entró en la habitación de un empujón y él tuvo que contenerse para no devolvérselo. Sabía que no lo había hecho a propósito. Todavía era temprano para que volvieran a encontrarse, aunque ellos siempre habían logrado contenerse.

—*Me dijeron que este planeta solo durará un milenio* —dijo su amigo mientras husmeaba la habitación de pocos metros cuadrados.

Él rechinó los dientes. Odiaba esa costumbre. ¿Qué buscaba? No había allí nada que no hubiera visto millones de veces.

—*¿Solo un milenio?* —preguntó tratando de mantener la calma y se alejó de la puerta, que había dejado abierta.

Su compañero echó una ojeada a la abertura, pero no hizo comentarios, optó por sentarse en la única silla de la habitación, demasiado pequeña para su cuerpo. Él la había adquirido por ese motivo, deseaba que fuera lo bastante incómoda para que ningún invitado se quedara demasiado tiempo. No había ningún otro lugar donde sentarse que no fuera el suelo. A él, a diferencia de muchos, le gustaba guardar la cama en la pared cuando no necesitaba dormir.

—*Sí, parece que lo habían desgastado casi al límite. Tal vez porque es el único de esta galaxia que sirve. Por lo menos, no tenemos que hacerle demasiadas reformas para habitarlo.* —Sonrió con sus dientes desproporcionados—. *Cada vez estamos más perezosos, parece que los años empiezan a pesar* —se agachó un poco para hablar más bajo, con otro vistazo a la puerta abierta—, *algunos piensan que las terapias para seguir expandiendo las vidas deberían suspenderse. ¿Cuánto más podemos vivir? Al principio, era emocionante; ahora, ya es demasiado: demasiados planetas, demasiados viajes, demasiado tiempo*.

No era la primera vez que oía aquellos comentarios. Él los consideraba infundados. No importaba el sacrificio, uno siempre quería sobrevivir, ¿o no? ¿Acaso no acababan de ver cientos de

ejemplos de aquello esa misma semana?

—*¿Qué te sucede?* —preguntó su amigo y su rostro se volvió agresivo.

—*Nada. Preferiría estar solo*.

El otro hizo un ruido estrangulado con la garganta y se irguió en la silla de nuevo, se tambaleó hacia los costados, estuvo a punto de caer y recuperó el equilibro.

—*Siempre lo mismo contigo. Cada vez quieres pasar más tiempo solo. Si no tienes cuidado, comenzarán a hacerte más exámenes, cada vez más largos. Conozco a un guerrero que estuvo en esta invasión y ahora…*

Él dejó que su mente divagara mientras su amigo contaba de nuevo la historia que ya había narrado miles de veces. Tal vez tenían razón aquellos que murmuraban que estaban viviendo demasiado. Era siempre lo mismo, las mismas personas una y otra vez. No recordaba la última vez que habían nacido niños, no recordaba la última vez que alguien se lo planteara siquiera. Él no tenía muchas relaciones, era difícil controlar sus rasgos agresivos en esos momentos…, bah, en cualquier momento.

Sonrió.

—*Veo que vas recuperando el humor*. —Su amigo se puso de pie y la silla cayó al piso, el otro la miró con disgusto, pero no la levantó—. *Pronto podremos regresar al planeta, dejar esta nave aburrida y divertirnos un poco. ¿Te apetece una pequeña cacería? Dicen que hay bestias enormes en uno de los continentes y otras no tan grandes, aunque bastante veloces. Han sobrevivido muchas.*

Él asintió y su compañero se fue sin más comentarios. Probablemente, iría a la cacería, no había nada más que hacer. Aunque tampoco se darían cuenta si no acudía. Como en todo, no permanecían mucho tiempo juntos, se separarían al poco de comenzar.

Se acercó a la puerta y la cerró. Luego se aproximó a la silla y la enderezó. Lo pensó y luego la colocó de cara a la única ventana. Y se dedicó a observar el planeta otra vez. Aunque se moviera lentamente, ya había perdido de vista el último continente, ahora solo se veía agua y más agua. Hacía mucho que no le tocaba una ubicación cerca del agua. Desde aquel incidente…

¿Tan raro era querer bañarse en el mar? Nunca antes le habían recriminado alguna de sus acciones en la superficie de los planetas. Sin embargo, *esa* no le había gustado a nadie. Debía asearse con el instrumental dado o no hacerlo: esas fueron las únicas instrucciones que le dieron. Nunca lo había entendido, ¿qué importancia podía tener que ellos estuvieran en contacto con el agua? No era un peligro para ellos, era inocua.

Alargó el brazo y rozó la ventana con los dedos. La imagen se

sacudió como si fueran ondas en el agua. El campo de fuerza que servía como escudo frente al espacio se acomodó a su presión y no dejó que nada saliera ni entrara. Tal vez podría visitar alguna playa cuando le dejaran ir al planeta. Ya sabría entonces si allí también lo tenía prohibido. Si era así, renunciaría a ser guerrero, que lo asignaran a otra sección, que lo rehabilitaran para otro tipo de vida…

Aunque no quería socializar. Ya bastante tenía que hablar ahora y no deseaba hacerlo más, debía de haber alguna otra profesión que le brindara lo mejor de ambas.

Se alejó de la ventana y activó la pantalla de la pared. Navegó por las diferentes categorías disponibles. Aunque las conocía de memoria, cada ciento de años sus expectativas podrían haber cambiado. Llegó al final de la lista y suspiró. Todo era demasiado similar a siempre. Solo podía esperar que, al menos, la siguiente invasión fuera diferente.

Apagó la pantalla y sacó la cama de la pared. No había nada más que quisiera hacer.

EL DOCTOR SE ALEJÓ de la pantalla y se volvió hacia el equipo que estaba detrás, no todos ellos eran médicos.

—Es clásico.

—Otro caso más. —Suspiró uno de los más prominentes—. *Debemos informar a los planif…*

—Todavía no son un porcentaje que cause preocupación —comentó otro.

—No, pero están en todas las castas; no es propio de una especialidad en particular, sino que puede suceder en todas ellas.

—Tal vez deberíamos reactivar el programa para la creación de niños. Los adultos, por más que extendamos su duración, tienen una fecha de vencimiento, un momento donde la vida se acaba —pensó el doctor.

Muchos se mostraron sorprendidos.

—No era eso lo que pregonaban, doctor, cuando el programa de prolongación de la vida encontró el gen de la inmortalidad.

—Esas fueron otras épocas.

—¿Acaso usted también…?

Se volvió hacia los demás con furia.

—Solo hago observaciones sobre las muestras, como deberían hacer ustedes si también se comportaran con profesionalismo.

El guerrero del grupo se acercó amenazadoramente. Los demás se interpusieron.

El doctor retornó a la pantalla donde el soldado ya dormía.

—A lo mejor, sea hora de hacer un cambio. Si me dejaran observarlo

más atentamente…

El guerrero en jefe miró la pantalla con asco y al doctor con disgusto.

—Haga lo que quiera. Un guerrero es descartable, como cualquier otra profesión —lo miró con intención—, *pero no permitiré que nadie se rinda.*

Ambos II

ELLA MIRÓ HACIA EL CIELO. Era de un hermoso azul de principios de primavera, sin nubes. No había visto ni un solo cielo nublado desde que ellos habían llegado. Tal vez, lo hacían a propósito para que pudieran divisarse las naves sin problemas; desde la distancia, se podía decir que eran negras, pero las pocas fotos que se habían podido sacar de más cerca mostraban que eran verdes. Un verde oscuro, como el musgo. Ya no tapaban el sol, por lo menos, no en esa región del mundo; no importaba, de todas formas, quedaban tan pocos humanos…

Ella bajó la mirada y volvió su atención a la casa que estaba ocupando. Se parecía a la suya, la de su niñez, aquella casa de la que había querido huir tantas veces y ahora estaba atrapada allí, atrapada para siempre…

—Para siempre no… —musitó.

Sabía que moriría ahí o en el pueblo, no había muchas otras opciones. Si él no lo hacía, llegaría otro, también para aniquilarla. Las últimas noticias que había podido leer informaban que ya casi no quedaba nadie, a menos que estuvieran ocultos en bosques o selvas… Estaba segura de que allí también los encontrarían, tenían una forma de hallarlos a todos, donde fuera que se ocultaran. Por eso, ella no se había preocupado mucho por esconderse de él una vez que lo detectó, vendría por ella en algún momento. Las primeras noches, lo había aguardado despierta; después, supo que él lo haría cuando ella no lo esperara.

Terminó de revisar el perímetro de la casa. Lo único que encontró fue una rata inmóvil en una de las trampas. Era un animalejo flacucho, pero no parecía tener ninguna peste, así que arrugó la nariz

y se mentalizó que *eso* sería lo que comería esa noche. No le quedaban muchas conservas y todos los dulces los había acaparado él. Parecía que le gustaban las golosinas, tal vez, no había en su planeta. A veces, hubiera querido preguntarles tantas…, ¿por qué ni siquiera habían intentado dialogar? A lo mejor, había una forma de compartir, eso tendría que ser más fácil que toda la matanza…

Terminó de sacar a la rata y la llevó dentro de la casa. La despellejó en el salón, donde dejaba toda la basura; prefería vivir en el sótano. Ahí el aire era más fresco; sobre todo, ahora, que no había electricidad y no podía tener siquiera un mísero ventilador. La magra carne solo le alcanzaría para unos bocados, tendría que conseguir más si quería comer al día siguiente y mucha más si quería viajar durante unos días.

Antes de comer, como ya había hecho varias veces en los últimos días, sacó un mapa de la región que había encontrado en la casa. Había dos pueblos cercanos, uno de ellos a solo poco más de medio día de caminata. Estaba en la dirección contraria desde la que ella había llegado, no lo conocía, parecía ser un poco más pequeño que el actual. Aquello podría ser una ventaja: si había menos gente, el final podría haber sido bastante rápido y dejaba la posibilidad de que hubiera quedado más comida que…

Cerró los ojos.

—No debería pensar así —susurró.

Sacudió la cabeza.

De todas formas, todavía no se decidía: ir a buscar comida o a quedarse. ¿La seguiría él? Si es que la dejaba irse en absoluto. O, tal vez, hubiera otro de ellos en aquel pueblo. Uno que no la dejara vivir tanto tiempo. A veces, creía que deseaba eso, la espera la ponía cada vez más nerviosa. Además, ¿para qué quería sobrevivir? Hacía tanto que no veía a otro ser humano, que ni siquiera sabía de la existencia de otro. No pensaba que fuera la última. Seguramente, habían atacado primero los países y las ciudades más grandes, todavía debía de haber muchas regiones en las cuales habría humanos escondidos, incluso algunas donde ni siquiera se habrían enterado de la invasión.

Sin embargo, no podía evitarlo, necesitaba saberlo, necesitaba saber si el pueblo vecino era una opción, si le daría un poco más de tiempo, ¿acaso no era eso lo que buscaban todas las cosas vivas?, ¿un poco más de tiempo?

Decidió que lo haría a la mañana siguiente. Se levantaría temprano, antes que él, e iría a visitar el siguiente pueblo. Siempre estaba la posibilidad de que pudiera recuperar algo que le sirviera.

Miró por la ventana, él no estaba cerca. Esa vez, no había ido a verla o, por lo menos, no en el horario en que ella pudiera advertirlo.

La casa no tenía gas tampoco, así que cocinó la rata en un

pequeño fuego que había logrado encender en la chimenea y comió también la última lata de conservas de vegetales que le quedaba. Luego se acostó en el sótano.

No pudo dormir. Pasó la noche esperando que él apareciera, para no dejarla ir, para retenerla allí. Al final, poco después de la madrugada, se puso en marcha.

ESE DÍA, HABÍA ELEGIDO NO VISITARLA. ¿Para qué? Estaría donde siempre. Si algo destacaba sobre esa mujer, era lo predecible de su vida cotidiana: levantarse, buscar comida, comer, dormir…, no hacía mucho más. No podía hacer mucho más.

Miró su entorno, él tampoco estaba haciendo mucho más.

Hacía unos años, ese tiempo ocioso lo hubiera vuelto loco, hubiera sufrido la desesperación por matar algo o a alguien. Ahora, esa necesidad quedaba en la parte trasera de su mente. Tal vez, era momento de dejar de ser guerrero, pero ¿qué más podía hacer? No había muchas opciones para aquellos que habían sido soldados. El reacondicionamiento era lento y costoso, solo valía la pena si no servía como guerrero, pero tenía cualidades, *muchas cualidades*, para otra posición.

¿Sería esa la razón por la cual no tenía ganas de matar a esa última humana? Si terminaba su trabajo, regresaría a la nave… a no hacer nada, a no *ser* nada, hasta que el mundo estuviera limpio por completo y pudieran habitarlo. Y, aun entonces, tampoco tendría mucho para hacer más que alguna que otra cacería de animales salvajes y luego más peleas con otro guerrero, en parte show, en parte para mantenerse activos. La sociedad no necesitaría de ellos hasta la próxima mudanza. La vida era muy aburrida últimamente, si no fuera por el acondicionamiento, ni siquiera sentiría la necesidad de sobrevivir. A veces, habría deseado que aquella mujer…

«No, ni siquiera es capaz de defenderse de otros humanos, mucho menos podría hacerme daño a mí».

Y, sin embargo, creía que esa era la verdadera razón por la cual la mantenía con vida. Eso era lo que ambos tenían en común: ninguno tenía esperanza de un futuro mejor, de un objetivo, de una meta, pero ambos seguían adelante, por la rutina de vivir y seguir viviendo.

Ese día, se decidió a pasear por las casas que aún quedaban en pie. En algunas de ellas, había cuerpos que ya comenzaban a oler bastante mal. Si se quedaba, se arriesgaba a contraer alguna enfermedad que sus médicos pudieron no haber predicho, las bacterias siempre eran escurridizas. Confió en su cuerpo mejorado y recorrió

cada edificio, algunos ya los había visitado, pero todavía ofrecían cierto atractivo. Había devorado todas las golosinas que había encontrado, así que, esa vez, solo se dedicó a observar los diferentes muebles y a pensar en las posturas que los cuerpos humanos podrían tener en ellos. Incluso, se animó a probar algunos, aunque se levantó rápidamente, podrían estar vigilándolo. Siempre podían estar vigilándolo. Si fuera así, estarían preguntándose qué pasó con la mujer…

Aunque había decidido lo contrario, al final, se acercó a la casa donde sabía que se escondía la mujer. De la chimenea, salía un débil humo. Ella estaría cocinando, le asombraba que todavía pudiera encontrar algo para comer, él estaba seguro de que había matado todos los animales pequeños que había a la redonda y algunos de los medianos también. No creía que ella pudiera combatir con los más grandes. Pero tenía armas, las había visto, aunque nunca la había oído disparar ninguna de ellas.

Se quedó observando un rato, ella no salió. Tampoco se percibía movimiento detrás de las cortinas, así que él decidió regresar a su propio escondrijo.

No le gustaba pasar mucho tiempo bajo el sol, era demasiado caliente. Era mucho más cómodo el sótano en el cual se encontraba ahora, tal vez más cómodo que la habitación que tenía en la nave donde solo había una ventana al vacío. Esa era otra razón por la cual había elegido el sótano: porque allí no había ventanas, no como el resto de la casa que no hacía más que mostrar un mundo que todavía no había sido purgado. Un mundo que aún era de otros, le recordaba su situación de invasor, prefería olvidar ese detalle y vivir como si estuviera en la nave, rodeado de nada más que sus pensamientos.

Antes de acostarse, buscó entre sus reservas de dulces, le quedaba muy poco chocolate, por lo cual decidió comerse algunos caramelos. Esos se le quedaban pegados a los dientes y era muy incómodo, pero era lo más divertido que había hecho en años. Se estiró sobre el suelo, mirando el techo, mientras comía un caramelo detrás de otro y se preguntaba qué estaría haciendo la mujer en ese momento, ¿cuál sería su plan? ¿Quedarse allí hasta…? ¿Cuándo? Si tenía un poco de cerebro, tendría que intuir que no planeaban dejar ningún humano vivo, estaban siendo muy meticulosos… Pero, claro, los humanos ya carecían de medios de comunicación, no como ellos. Por un momento, consideró mostrarle cómo había quedado el resto del mundo; a lo mejor, eso sacara a alguno de los dos de su indolencia.

Humanos I

ESE ECLIPSE NO ESTABA PREVISTO. Ningún astrónomo lograba explicar por qué el sol se estaba oscureciendo. Los noticieros y las radios e internet habían dejado de intentar conseguir alguien que supiera o, al menos, adivinara lo que sucedía.

Había comenzado hacía media hora. Como cualquier eclipse normal, el sol había ido ocultándose detrás de una sombra, poco a poco; sin embargo, todo el mundo sabía que se movía demasiado rápido esa vez, así no acostumbraba a moverse el universo. Aunque los primeros temores indicaban que algo andaba mal con el sol, los expertos aseguraron que la estrella madre se mantenía estable. Nada debería ocultarla durante un tiempo, la luna ocupaba ahora su lugar opuesto. No había ninguna razón que no les permitiera ver el sol que seguía siendo engullido por una sombra que avanzaba con tranquilidad.

Otra teoría apuntaba a que se trataba de un meteorito o cualquier otro cuerpo celeste que anduviera por allí. ¡Todavía había tanto que no se sabía! Tantas cosas que podrían estrellarse contra la Tierra o lo que estuviera cerca…, aunque de eso también tendrían que haberse enterado los astrónomos con anticipación, mucho antes de que comenzaran a notarse en el sol.

Con todo, nadie sabía nada. El mundo permaneció perplejo hasta que se alzó, poco a poco, con la misma lentitud que se desvanecía el sol, el rumor que más sentido tenía: no estábamos solos. Por fin, había una respuesta a una de las preguntas más antiguas de la humanidad. Durante milenios, el ser humano había levantado la vista hacia las estrellas y se había preguntado si había alguien más ahí. Ahora sabía que sí, pero, quienquiera que fuera, ocultaba esas mismas estrellas.

El hecho de que nadie los hubiera detectado hasta que estuvieron tan cerca no era algo agradable. Hacía perder la fe en que la tecnología actual fuera efectiva contra ellos. La mayoría de la gente había comenzado a rezar, a cualquier Dios, que fueran benévolos…, al menos, lo suficiente. El silencio de las instituciones indicaba que la sospecha general era que no lo serían. ¿Podría ser bondadoso alguien que se acerca de forma subrepticia y tapa la estrella que da vida a un planeta?

—Tal vez solo siguen de largo —aventuró uno de los muchachos más jóvenes.

—¿Eso crees? Entonces, ¿por qué tapar el sol? —le contestó uno de los más viejos.

—A lo mejor, es la única ruta de viaje que existe.

—A lo mejor, quieren saludar.

—O conocernos.

Ella escuchaba las conversaciones de fondo mientras miraba, en las pantallas diseminadas por toda la oficina, diferentes aproximaciones de lo que ocurría con el sol. Todo era especulaciones a su alrededor, pero siempre era así; trabajaba en un diario, después de todo. No era lo que había soñado cuando se mudó desde su pueblo, si bien…

«Debería llamar a papá», pensó mientras observaba las imágenes. Probablemente, su padre no se había enterado; no tenía televisión ni internet, conocía las novedades a través del periódico impreso que recibía todos los días o por los chismes que oía cuando salía de compras. Antes era su madre quien lo mantenía al tanto, ahora podía pasar días sin que supiera lo que ocurría en el mundo. Tal vez, era mejor así… Sí, esperaría hasta que supieran más, no tenía sentido asustarlo si no tenía ninguna respuesta para darle. A lo mejor, en verdad pasaran de largo, aunque ella lo dudaba. ¿Para qué acercarse tanto si no iban a parar? ¿Para qué darse a conocer si no iban a bajar al planeta?

—No puede ser nada bueno —dijo en voz alta y notó que todos los rostros se volvían hacia ella, los enfrentó sin temor—. Es lógico, cualquiera con la tecnología para viajar por el espacio no necesita nada de nosotros y, si no se presentaron hasta ahora, no lo harán. —Apartó la mirada de la pantalla.

—Siempre tan optimista —refunfuñó uno de sus compañeros—. Los humanos tenemos mucho para ofrecer, somos…

—¿Qué? —preguntó uno de los más ancianos—. Nada. Solo somos unos monos más. No, estoy de acuerdo con Grace, lo único que pueden llegar a necesitar de nosotros es nuestro planeta y dudo que nos dejen conservarlo después de que tomen lo que necesiten.

—Es cierto que la gente se vuelve pesimista con la edad —

comentó con cara de asco una de las pasantes. Sin embargo, Grace compartió una mirada con el viejo y ambos asintieron. Aunque ella todavía no llegaba a la edad mediana, ya pensaba casi como una anciana, había vivido demasiado y no creía en nada más que en su capacidad para sobrevivir. Miró hacia la oficina del director del diario y no dudó en caminar hacia allí.

—Creo que debería dejar a todos irse a sus casas —comunicó apenas entró—, debemos movernos antes de que las calles queden cogestionadas.

El hombre, quien ya tenía un cabello cano que se empecinaba en cubrir con tintes de diferentes colores, levantó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Huir? ¿Cuando la noticia más grande de la historia está en nuestras narices?

—¿Se refiere a la *última* noticia que habrá para la humanidad?

—Eso solo la hace más grande. —Lanzó una risotada que parecía más un ladrido y que siempre terminaba en unas pequeñas toses—. No, no, debemos pensar en la edición vespertina.

—Y decir ¿qué?, ¿que todo el mundo debe esconderse? —Suspiró —. Aunque no hay ningún lugar a dónde ir, no en realidad.

El director la miró con furia en las pupilas.

—¿Crees que esto ya terminó? ¿No confías en las defensas de este país?

—Ningún satélite humano notó que se acercaban, tienen el poder de tapar el sol, ¿de verdad crees que podremos hacer algo contra ellos tecnológicamente?

—La tecnología no es lo único que existe.

—No, por eso es mejor abandonar las grandes ciudades, son las primeras que caerán, tendremos más oportunidades en las afueras.

La expresión del hombre cambió.

—Entonces, ¿no planeas huir?

Ella negó con la cabeza.

—No soy estúpida, por supuesto que no me voy a rendir; sin embargo, conozco mis ventajas y mis desventajas. Jamás pelearía con alguien cuerpo a cuerpo. Sé reconocer cuando alguien es más fuerte que yo.

El hombre vaciló.

—No podemos perder esta noticia. —Ella inspiró—. Todavía puede haber un mañana —insistió él—. No, ya lo he decidido, haremos la edición vespertina y luego podremos irnos a casa, aunque seguirán trabajando desde allí. Asegúrense de llevarse los equipos y las conexiones inalámbricas. Siempre hay posibilidad de un *después* y hay que prepararse para él.

Ella apretó los labios, ya conocía la expresión que veía en su

rostro: no cambiaría de opinión. No obstante, tenía razón en una cosa: era probable que hubiera un mañana, pero sería muy diferente al mundo actual y ella no quería que la encontrara en un lugar del cual no pudiera escapar.

Regresó a su escritorio. Apenas se sentaba cuando se apagaron todas las computadoras y televisores y se encendieron las luces de emergencia.

—¿Qué pasó?

—¿Es un ataque?

Varios corrieron hacia las ventanas. El día se tornaba cada vez más oscuro, pronto sería noche. Su mejor aliada sería la electricidad, pero en toda la parte de la ciudad que se veía desde allí no había quedado nada.

Ella se apresuró a guardar en el bolso lo que tenía en el escritorio y le podía ser útil y se dirigió a la puerta mientras los demás seguían murmurando.

—¡Grace! ¿A dónde vas? —la llamó el director.

—Ha empezado, señor, recomiendo que haga su movimiento ahora.

Oyó murmullos a sus espaldas y notó que algunas personas la seguían hacia la salida. Eso era lo más sensato. La gente tardaba un minuto en reaccionar, pero cuando lo hacía, se volvía histérica y ella no quería quedar atrapada en esa ola de locura.

Las calles, aunque bastante llenas, permitían caminar con bastante velocidad, si bien solo a pie, no se movía ningún auto. Encontró una central de bicicletas que todavía tenía un par y se adueñó de una. Su casa no estaba muy lejos de la oficina, podría pasar por ahí, estaba en la dirección correcta y necesitaba comida para el viaje. Visitaría a su padre antes de lo pensado.

A las pocas cuadras, el sol desapareció por completo y la calle quedó totalmente a oscuras. La luna estaba es su fase negra y no ofrecía ninguna ayuda. Ella levantó la mirada al cielo solo una vez, no tenía sentido saber más. Además del sol, habían perdido más estrellas.

«Hay más de una», musitó y pedaleó con furia.

Le dolían las piernas y el pecho cuando llegó a su edificio. Subió con la bicicleta al hombro, temía que, si la dejaba fuera, no estuviese allí cuando bajara. Cargó un bolso con todas las latas de comida que encontró, algunas cobijas, un cambio de ropa y todo el dinero en efectivo que tenía (aunque tal vez no sirviera de mucho, así que también se llevó las pocas joyas que poseía, cualquier cosa que pudiera intercambiar). Tenía la suerte de haber pasado varias noches de su juventud en campamentos, por lo cual, se sentía segura de lo que tenía que hacer.

Cuando regresó a la calle, la gente estaba más nerviosa. Lo

primero que le llamó la atención era que parecía estar iluminada, aunque las luces no habían vuelto, sino que la luminiscencia procedía del cielo.

La primera explosión llegó poco después, en uno de los edificios del centro, el cual quedó consumido por las llamas unos breves segundos y luego todo se apagó en una nueva oscuridad. Poco después, otro de los edificios desapareció y la gente gritó con más fuerza.

Ella apretó los labios y montó la bicicleta. El camino era largo. Esperaba que el mundo aguantara lo suficiente como para que pudiera despedirse de su padre.

Ambos III

ESTABA SEGURA, lo había visto, había otro de ellos en el pueblo vecino. Había ido hasta allí para comprobar si era viable mudarse. Sabía que, donde se encontraba, no le perdonarían la vida durante mucho tiempo; cuando se cansara de experimentar lo que fuera que estuviera probando, volvería a concentrar su atención en ella, como lo había hecho al principio.

Ella suponía que la había descartado porque no representaba una amenaza. Algo que le había ocurrido toda la vida: nadie la consideraba una amenaza. Solo porque era mujer, porque era pequeña y delgada. Y era cierto que no poseía fuerza física significativa, por más que había intentado aprender diferentes métodos de lucha cuerpo a cuerpo; sin embargo, su *fuerza* no radicaba en la parte física. Tal vez, por eso su padre había insistido tanto en que lo acompañara en las cacerías que ella odiaba. Su padre…, no había llegado a hablarle una última vez, eso todavía le dolía.

Por lo menos, no tendría que soportar el dolor por mucho tiempo. Ya había intuido el final de todo aquello cuando las primeras naves habían tapado el sol; aun así, una parte de ella había esperado que tardara un poco más, que les diera un poco de tiempo para pensar en el fin, para acostumbrarse a la idea.

Observó cómo se movía entre los restos de los autos, uno en particular se había estrellado contra la entrada de un kiosco que vomitó su contenido sobre el capo y todo alrededor.

Bajó el largavista y se aplanó contra el piso. No creía que la hubiera visto: no lo observaba durante mucho tiempo seguido y se había cuidado de no situarse en un lugar donde el sol pudiera lanzar un reflejo sobre los cristales. De todas formas, era mejor estar segura.

Echó un vistazo al astro.

Durante un momento, habían pensado que era su salvación, que los visitantes lo habían ocultado al llegar porque le tenían miedo, porque podía dañarlos; y, cuando este resurgió, creyeron que… Habían sido unos idiotas. Tapar el sol solo había sido una forma de causar pánico y había funcionado muy bien. Era obvio que nada en la naturaleza les afectaba, si no, ¿por qué habría elegido invadir este planeta, quedárselo? Nadie que fuera tan avanzado tecnológicamente sería tan imbécil como para tomar un mundo en el cual no pudiera vivir.

Regresó su atención hacia el pueblo. Él continuaba dando vueltas alrededor del auto; por lo menos, creía que era un «él», no podía asegurarlo, no conocían nada de su anatomía. Se parecían a los hombres; si era así, todos eran del sexo masculino. ¿Acaso eran otra sociedad machista? Casi le dieron ganas de reír.

Estaba a punto de alejarse cuando oyó un ruido que provenía del pueblo, tenía que ser muy fuerte para que llegara hasta allí con tanta claridad. Tomó los binoculares y, sin pensar en el sol o su ángulo de incidencia, miró hacia abajo. *Él* estaba allí, *su* invasor. Podía distinguirlo por una mancha que tenía al costado del rostro y el otro, no. A lo mejor, fuera una cicatriz… Otra de las tantas cosas que quedarían, para siempre, en el misterio. ¿Por qué estaba allí? ¿Acaso la había seguido? ¿Le estaría pidiendo ayuda su contraparte? ¿O consejos?

En un instante, lo vio saltar sobre el otro, agarrarlo por la cabeza y hacerlo girar por el aire antes de golpearlo contra el piso. Después vio el cuerpo del otro levantarse del suelo una, dos, tres veces…, ¡siempre lo volvía a golpear con fuerza!

Ella jadeó y se alegró de que no pudieran escucharla, o eso esperaba, porque no podía apartar sus ojos de la pelea. No era la primera vez que los veía matar, pero sí que los descubría enfrentándose entre ellos. ¿Por qué lo harían? ¿Acaso eran territoriales? ¿O era algo más? ¿A su invasor le molestaría que otro le quitara su presa? ¿No dejaría que nadie más que él la matara? No sabía cómo sentirse frente a esa idea.

Ya no había ruidos.

Aferró los binoculares mientras observaba. Creyó que había matado al otro, pero este volvió a levantarse y lanzó un chillido característico que emitían al atacar, lo había oído varias veces… Nunca de su invasor. Él siempre había sido silencioso… Ladeó la cabeza. A lo mejor, por eso había creído que era distinto, que tal vez…, pero no, era igual de siniestro que los demás y ahora lo estaba comprobando. Hundió los dedos en los largavistas y los apretó contra el rostro. El otro había saltado sobre *su invasor* y, con las garras, le

había abierto un tajo en uno de los brazos. Ella había esperado que, después de algo así, se separaran: cada uno había mostrado su lugar y su fuerza; seguramente, se alejarían en paz y cada uno regresaría a su… A su invasor le cambió la expresión segundos antes de volver a atacar.

«¡CÓMO SE ATREVE a acercarse a mi zona!».

Ese movimiento estaba prohibido. Le había enviado unas advertencias y hasta se había aproximado a él abiertamente, para darle la oportunidad de irse; no la había tomado. Reconoció que se trataba de un guerrero nuevo; habría pasado su anterior vida en otra actividad, por lo cual, ahora que había dejado que lo moldearan para la lucha, tendría problemas para reprimirse, *todos* tenían problemas para ello en los primeros años. No obstante, aquello no significaba que él dejaría pasar ese acto.

Esperaba que no la hubiera matado a ella. Se repetía a sí mismo que no la había seguido para protegerla, la mataría él mismo, después de todo; sin embargo, era *su* presa, no dejaría que nadie más se entrometiera.

Se acercó al otro soldado y, en silencio, saltó sobre él. Prefería evitar el grito guerrero, el único sonido que les quedaba, a muchos de los soldados viejos les gustaba suprimirlo. Era difícil, requería extremo autocontrol, pero desconcertaba al adversario; sobre todo, a uno de su propia especie. Lo soltó cuando lo vio en el suelo. Aunque tenía los ojos cerrados, no estaba inconsciente, estaba seguro de eso, y no sangraba tampoco. Si recordaba su posición, se quedaría allí hasta que… El soldado se levantó y se lanzó sobre él. Él lo esquivó. El otro era muy rápido y lo rozó con las garras. ¿Acaso lo había herido? Había sellado su destino.

Si ella seguía viva, esperaba que estuviera mirando, así sabía lo que le esperaba, así sabía que la estaba dejando vivir solo porque lo deseaba, nada más.

El otro soldado lo miraba con furia, volvería a atacar en cualquier momento y no lo haría de una forma lógica. Él estudió el entorno: el auto, el kiosco, la tienda, todo lo que había alrededor, y luego esperó. Cuando su adversario saltó sobre él de nuevo, se echó hacia abajo y lo hizo perder el equilibrio, giró sobre el suelo y aprovechó para patearlo en la cara. Se puso de pie y, en el mismo movimiento, arrancó el capó del auto y lo lanzó por los aires, luego extrajo varios de los cables que había dentro y los clavó en los ojos del soldado. Este lanzó un chillido diferente, logró ponerse de pie. Él le dio dos zarpazos y le abrió el

estómago, las heridas se cerraron con rapidez, así que él volvió a abrirlas y repitió el proceso mientras tiraba dentro parte de la gasolina que quedaba en el auto. El soldado cayó de rodillas y él aprovechó para cortarle la parte trasera de las piernas, el soldado se desplomó en cuatro patas y parte de la gasolina salió de su cuerpo con algunas porciones disueltas de sus órganos. Él lo pateó hasta que lo dejó sobre el suelo, de espaldas; entonces, lanzó un encendedor. El alarido se elevó al igual que las llamas. Él lo rodeó con un puñal en la mano, cada tanto cortaba secciones que todavía no se habían encendido. El soldado se convulsionaba con cada corte. Intentó varias veces incorporarse, eso solo extendía más el fuego.

Finalmente, se quedó quieto.

Él se alejó con las flamas todavía ardiendo. Fogonazos se extendieron al kiosco y amenazaron a los otros edificios. Aquello no tenía importancia para él. Levantó la vista hacia la colina donde sabía que ella se ocultaba (solo le había bastado un destello para adivinarlo). ¿Estaría allí todavía? ¿Estaría pensando en huir del pueblo? Tal vez, sería mejor vigilarla esa noche, no podía dejar que se escapara.

ELLA BAJÓ LOS BINOCULARES, los apartó y vomitó. Cuando consiguió ver otra vez, él estaba mirando exactamente en su dirección.

—Sabe que estoy aquí —musitó.

Sin pensarlo más, se levantó, guardó sus cosas y corrió colinas abajo. Con suerte, llegaría al pueblo antes que él y… ¿luego qué?

No había muchos lugares dónde ir. Había otros como él en todos lados. En todos lados, le esperaba lo mismo. Estaba segura de que eso había sido una demostración para ella, pero ¿le mostraba su futuro o lo que le pasaría si intentaba huir? No había forma de saberlo. Jamás había oído hablar a ninguno de ellos. Tal vez no lo hicieran, tal vez sí fueran telépatas, tal vez no les interesaba. No lo sabía, ni importaba. Lo único que le atañía era sobrevivir y no lo lograría con ninguno de ellos. A lo mejor, lo más sabio sería quedarse en el pueblo donde había uno que no la atacaba, por ahora; no dejaría que nadie más se acercara, aunque ¿cuánto tiempo duraría eso?

Cuando llegó al pueblo, lo vio en una esquina.

«¿Cómo…?».

Eso tampoco importaba. Él ya estaba allí, mirándola. La observó hasta que ella entró en su escondrijo. Se quedó fuera un tiempo. Luego le dio la espalda y se alejó un poco, no del todo.

No, no podría huir. Tampoco podía seguir esperando. Aquello era

una invitación. Al igual que con el otro soldado, él estaba jugando a que ella diera el primer paso. Y ella nunca había tenido miedo de hacerlo.

Extraterrestres II

CUANDO SE DESPERTÓ ESA MAÑANA, ya lo sabía.

No necesitaba verificar en su pantalla los datos de proximidad, *sabía* que había otro guerrero cerca, podía sentirlo en la piel. No estaba en el pueblo o, por lo menos, no todavía. Se sentó en el piso, aún con los ojos cerrados, y se concentró en la sensación en la punta de sus extremidades, ese cosquilleo que lo incitaba a golpear algo, a destrozarlo.

Por un momento, pensó que se debía a que aún no había matado a la mujer. Solían vigilar a los soldados por eso, si bien solo a los más nuevos o a aquellos que habían mostrado síntomas de que ya no podían con su trabajo. A él nunca le había pasado, nunca le pasaría. Seguía dentro del plazo que le habían dado para limpiar esa zona y del plazo que se tomaban en todos los mundos para finalizar el exterminio.

Allí estaba, hacia el oeste, posiblemente en el siguiente pueblo. Eso no tenía sentido, él ya se había encargado de dejar ese lugar limpio. Podría haber dos motivos: habían aparecido más humanos o el soldado estaba perdido. Este último era improbable; había más posibilidades de que hubiera perdido el control y fuera en su búsqueda. En ese caso, debía estar atento, si se acercaba más…

Abrió los ojos. Se puso de pie e hizo sus ejercicios matinales antes de comprobar la pantalla, la información le confirmó lo que ya había presentido: había un soldado en el pueblo vecino, era uno joven. Suspiró. No tenía ganas de matarlo; seguramente, no le quedaría otra opción. Aunque a nadie le gustaba perder soldados de esa manera, siempre era mejor que muriera *el otro*. La buscó a ella en la pantalla, seguía en su escondrijo, quizás aún dormía. A los humanos no les

gustaba levantarse antes de que saliera el sol. Para él, era más cómodo. La estrella de este planeta era más brillante que las de los últimos y lo habían enviado a una región bastante cálida, no le agradaba andar por debajo del astro. Prefería quedarse dentro el mayor tiempo posible.

Se sirvió un poco de una bebida colorida y comió una barra de chocolate. Esperaba que eligieran conservar eso cuando se terminara con la limpieza del planeta.

La casa donde se había refugiado era bastante grande, pero a él le gustaba el sótano, estaba más alejado de la luz solar. Además, era más silencioso. Arriba, oía los lamentos de los animales abandonados…, por lo menos, lo había hecho al principio; ahora se vanagloriaba de que no había ninguna criatura viva a su alrededor… excepto ella.

Estaba a punto de comenzar con su meditación diaria, cuando sonó su comunicador. Lo miró con extrañeza. En general, solo se activaba cuando ya era momento de regresar a la nave o cuando algo andaba mal, eso no había sucedido en miles de años.

Esperó unos minutos, pero la llamada era insistente y debió contestar.

—Aquí, Xenres —indicó en la pantalla.

—Operativo Xenres, se ha detectado que, después de tres días en la misma ubicación, todavía hay vidas activas a su alrededor.

Él vaciló, no era bueno hacer muchas preguntas; sobre todo, en un momento donde los ánimos siempre estaban irritados. Permanecerían así hasta que pasaran, al menos, un par de años del asentamiento.

—¿Es esa la razón por la cual se envió un segundo operativo? —se animó a preguntar.

Silencio. No se escuchaba ningún ruido de fondo ni interferencia con la comunicación: solo el vacío, como el espacio que atravesaban durante incontables años antes de encontrar otro planeta viable.

—El Operativo Serge se encuentra fuera de su territorio, su tarea está cumplida.

«Bien», pensó.

Eso quería decir que no lo habían enviado para vigilarlo a él, estaba descontrolado. Si no, hubieran dicho que estaba persiguiendo a otra presa. No harían nada todavía, le estaban dando tiempo para que se recuperara; a veces, algunos lo hacían si se los dejaba solos unos días. Como no le habían dado la orden de acabar con él, tendría que mantenerse alejado.

—Explique su situación.

La voz era impersonal. Se podría creer que se trataba de una computadora la que hablaba, muchas de las órdenes las daban ellas; en ese caso, sabía que era otro como él, aunque no igual, no estaba entrenado para el combate cuerpo a cuerpo, sino para pensamiento

estratégico puro, lo que solía darles unas cabezas desproporcionadas, como a todos los pensadores, en vez de los cuatro brazos con dientes a los lados que tenían los guerreros.

—Cumpliendo procedimiento final —respondió con tono inmutable. Sabía que no podrían objetar, al menos, eso. Eliminar todas las criaturas vivientes era la última orden que se daba durante el asentamiento, solo se retenían algunas de las especies salvajes para usar como diversión.

La voz tardó un poco en retornar; él estaba apretando la pantalla con fuerza. No se rompería porque estaba diseñada para que la usaran soldados, pero necesitaría una sesión doble de meditación para tranquilizarse después de esta conversación. ¿Por qué lo cuestionaban? Él nunca había fallado.

—Le quedan dos días para terminar con la operación —informó la voz finalmente y desconectó la comunicación.

Él permaneció unos momentos más mirando la pantalla. Aquello había sido raro, había esperado más preguntas. Debían de haber revisado las vidas alrededor y los sensores les hubieran dicho que solo estaba ella, no había nadie más, hacía días que no había nada más. Si no habían comentado nada al respecto, debía de ser porque sospechaban, esa era siempre la primera razón por la cual se quedaban en silencio. La segunda sería que no estuvieran preparados para esa situación, algo que no había ocurrido en milenios.

Hizo la pantalla a un lado y se sentó para su meditación; sin embargo, a los pocos segundos, reconoció que no lograba concentrarse y decidió levantarse.

Rebuscó entre los chocolates, no quedaban de las variedades que más le gustaban. Frustrado, salió en búsqueda de algo más para comer.

El sol ya estaba emergiendo y se apresuró a caminar entre las sombras hasta el supermercado más grande del pueblo, solo había dos. En la sección de dulces, encontró más chocolates, pero ninguno de sus favoritos. Con la frustración en aumento, rompió los estantes alrededor. A lo mejor, ese chocolate le causaba una adicción, lo distraía de su trabajo, debería dejarlo. Debería terminar con todo eso y volver a la nave, donde podría pedir que lo dejaran en paz.

Salió del supermercado y se dirigió al escondrijo de la mujer: una casa en las afueras del pueblo. Lo más probable era que la hubiera elegido porque estaba bastante alejada de la que utilizaba él, o porque pensó que así podría ver todo lo que sucedía a su alrededor… Sin embargo, ¿no se le ocurrió que no tendría dónde más esconderse? ¿A dónde huir que no fuera la carretera? A lo mejor, se sentía demasiado confiada de que él no la atacaría. Ese pensamiento lo puso más furioso aún.

Cuando llegó a la casa, no se molestó en que viera su aproximación, no sentía ganas de jugar. Tiró la puerta abajo y entró en el edificio de dos plantas: en la de abajo no había nadie, en la de arriba, tampoco. Por último, revisó el sótano y allí encontró una cama armada. Ella dormía en el sótano como él. Por un momento, consideró si lo hacía a propósito, ¿lo hacía para copiarse? ¿Creía que así sería más seguro? ¿O se estaba burlando?

Solo había una pequeña ventana a la altura del techo. Era una ubicación estúpida para esconderse: un lugar sin salida. Él podía permitírselo porque estaba seguro de que mataría cualquier cosa que se acercara, pero ella no tenía ni la constitución ni el entrenamiento.

Estudió la habitación: no había nada excepto el olor de alguien que había permanecido demasiado tiempo encerrado en un lugar. Revisó el resto de la casa otra vez, la mayoría de las comidas eran latas de conserva, no había nada dulce. Le interesó haber encontrado restos de animales salvajes, de los pequeños.

«Así que ella también es una cazadora, tal vez esa sea la conexión… No».

Salió de allí todavía más enojado que antes. No *había* una conexión, no tenía nada en común con ella más que un solo momento por compartir. Se había dejado influir demasiado por esos pensamientos.

Si ella había ido al pueblo, tendría que habérsela cruzado. ¿Dónde estaría? ¿Buscándolo a él?

Regresó al centro. A los pocos metros, detectó un rastro; estaba roto, ella había intentado ocultarlo, no lo había hecho muy bien. Las huellas iban hacia el oeste.

Él miró a la distancia, no se podía ver a simple vista, pero hacia allí quedaba el siguiente pueblo. ¿Ella estaba huyendo? No lo creía, en la casa todavía había muchas de sus posesiones. Volvería. Debía de tener otros motivos para visitar el pueblo, pero allí estaba *él*. No podía dejar que el otro soldado se llevara su presa, era suya y de nadie más.

Se puso en marcha de inmediato. Podía correr durante horas sin cansarse y sus piernas potenciadas le permitían hacerlo mucho más rápido que cualquier humano. Llegaría a su destino en solo unas pocas horas. Esperaba que ella no hubiera salido muy temprano; aunque, si consideraba la cantidad de tiempo que ellos tardaban en caminar, probablemente, hubiera salido antes del amanecer. Aun así, todavía estaba a tiempo de llegar al pueblo a tiempo y ocuparse de aquel soldado. Después de todo, solo estaba adelantando lo inevitable, no podrían cuestionarle que defendiera su territorio, aunque no se lo hubieran ordenado, aquel otro pueblo también había sido parte de su limpieza y él tenía derecho a matarla a ella, solo él, ningún otro soldado podía hacerlo.

Ambos IV

YA NO HABÍA VUELTA ATRÁS. Todos los pasos que habían dado hasta ese momento los llevaban allí, como un baile que convergía en el medio de la sala donde la pareja se reunía por fin.

Ella sabía que era el final y estaba segura de que él estaba de acuerdo. Lo habían demorado un par de días, pero no tenía sentido seguir haciéndolo, no podría ser así para siempre, y ella no planeaba abandonar aquel pueblo. Era lo mejor que había encontrado, aun con todas sus ruinas y autos destruidos; además, se parecía a su pueblo natal.

Si aquellos serían los últimos momentos de su vida, sería agradable pasarlos en un lugar similar a su hogar, al verdadero, donde había sido feliz. Ese conocimiento le había llegado años después, cuando ya se encontraba lejos. Había tenido una niñez feliz y una adolescencia alegre, ¿por qué lo había abandonado?

Al caminar por esas calles vacías y ver los negocios tan parecidos a los de su juventud, no se explicaba por qué había decidido mudarse a la ciudad capital. Debería haberse quedado allí… Aunque ya no tenía sentido pensar en eso: hubiera estado donde hubiera estado, aquello habría sucedido de todas maneras.

Cuando recién había llegado a ese pueblo, unos días antes, había creído que podría ocultarse allí. Y luego lo encontró a él. Y pensó en escapar otra vez, y analizó quedarse. ¿Por qué debía ser ella la que siempre huía? Después de todo, ese era su hogar y él, apenas un invasor.

Cuando ya estaba preparada para oponerse, él la ignoró. Entonces, ella pensó que tal vez…, tal vez… pudieran vivir los dos allí, en una extraña paz. Sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de que él

estaba tranquilo solo porque sabía cómo terminaría todo y no tenía apuro. Fue en aquel momento cuando decidió matarlo antes. Y había fallado, todas y cada una de las veces que lo había intentado. Así que ahora lanzaría una última ofensiva, a todo o nada.

Salió de su escondite y caminó hacia donde él vivía. Lo había visto dirigirse o salir de allí muchas veces. Solo había entrado una vez y sabía que no había trampas dentro. Tampoco había ninguna alrededor, aunque tal vez eso en sí mismo era una. ¿O acaso…? ¿Tan seguro estaba de sí mismo? Sí, físicamente, era más fuerte que ella, pero ¿quién no? Ella apenas alcanzaba el metro y medio y nunca había sido muy afecta a los ejercicios, sus músculos ni siquiera se perfilaban. Por otro lado, el cerebro le funcionaba bien y sabía utilizar una gran variedad de armas, gracias a su padre que la había obligado a ir de caza con él.

Caminó hasta la puerta y esperó. Sabía que él estaba dentro, lo había visto ingresar hacía solo unos minutos, despreocupado. ¿Qué haría allí? ¿Acaso se comía todo lo que habría acumulado en ese maldito sótano? Ella había tratado, varias veces, de imaginarlo en aquel edificio comiendo aquella comida, pero no podía conjurar ninguna imagen en su cabeza.

Sabía que él la observaba, lo presentía, casi como si la alcanzara con la mente. Aunque sabía que no era telépata; aun cuando la miraba como si supiera lo que estaba pensando, sabía que no tenía ni idea, había logrado engañarlo un par de veces. El problema consistía en que él era demasiado rápido, tanto que casi parecía reaccionar al instante cuando ocurría algo.

Ella abrió los brazos y alzó las manos sobre su cabeza, con las palmas vacías hacia el edificio. Las armas las llevaba a la cintura, sobre la espalda y en las botas. Ya no le quedaban municiones, solo contaba con las de corta distancia, por eso necesitaba que él se acercara. Contaba con que la curiosidad fuera mayor que la desconfianza o, tal vez, su orgullo.

La puerta se abrió y él salió, poco a poco, a la calle. Permaneció un momento en el umbral, mirándola, hasta que finalmente asintió o, al menos, a ella así le pareció así y avanzó hacia ella, también con los brazos abiertos. Resultaba difícil discernir si llevaba armas en las manos, estas parecían estar moviéndose todo el tiempo, distraía la vista. Ella pestañeó y trató de concentrarse en su rostro, lo único que permanecía impasible; era horrible, eso la mantenía atenta. Él se paró a los dos metros y aguardó.

¿Esperaba que ella avanzara los últimos pasos? Bueno, no iba a defraudarlo. Se llevó la mano a la espalda, desenfundó el puñal más grande que tenía y, con un chillido, corrió hacia él. De un salto, intentó acertarle en el cuello.

Él ya no estaba allí.
Y ella cayó al piso.

UN MOVIMIENTO OBVIO. Lo había visto miles de veces, en todos con quienes había peleado… cientos de veces en los últimos días. La esquivó, aburrido. Esperaba algo mejor de ella. Había llegado a sorprenderlo en más de una ocasión y, si no hubiera sido por sus rápidos reflejos, tal vez se hubiera visto en problemas.

Si bien ella no tenía fuerza física, la falta de musculatura ocultaba una rapidez que solo podía ser efecto de su pequeño cuerpo. Se notaba que estaba a gusto con él y también con las armas que utilizaba. Sin embargo, debía de haberse quedado sin municiones, porque siempre empezaba con algunos disparos; aún tenía la esperanza de herirlo, aunque sabía que él poseía una armadura. Solo podría dañarle con algo que la atravesara o que se infiltrara por los resquicios o, tal vez, si le atacara en las extremidades, pero aquellas tenían una piel mucho más dura que cualquier otra. Después de tantos años como guerrero, hasta los pelos se endurecen. Por otro lado, no tenía la misma agilidad de ella, solo más velocidad y más experiencia.

La esquivó otra vez y, en esa oportunidad, ella se cayó. Por más que intentó rodar, la caída no fue buena y oyó su gruñido cuando impactó contra el suelo con la mano en una posición extraña. Aprovechó para patearla en el estómago, más de una vez, hasta que giró hacia un lado y comenzó a toser y escupir en un color rojizo. Se acercó para golpearla en las piernas y solo la rozó, se alejó de ella un poco.

La observó mientras intentaba recuperar la respiración. Podría haberla matado. No quería hacerlo tan rápido. Este sería su único, su último encuentro y deseaba que durara un poco más. Después de tanto tiempo juntos, creía que se lo debía. ¿O, tal vez, estaba siendo demasiado cruel al estirarlo? No estaba seguro, había atacado tantas culturas diferentes que ya no recordaba la suya. Solo sabía que no deseaba que muriera aún. Prolongaría ese encuentro lo máximo posible, le daría una oportunidad de…, por lo menos, hacerlo más interesante.

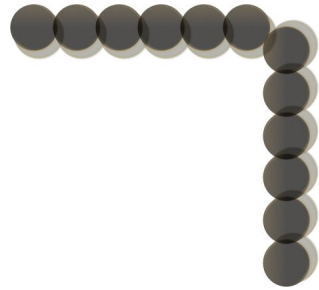
Ella se puso de pie y, sin dejar de toser, lo miró a través de las greñas de pelo que le colgaban de la cabeza. Debería habérselo cortado, esas cosas no eran buenas para la batalla. Él llevaba tanto tiempo eliminando cualquier desventaja de su cuerpo… Ya no era cuestión de si él lo recordaba, sino de si su cuerpo lo hacía. A lo mejor, tal vez pensara que siempre había sido así, lampiño.

Ella enroscó los dedos en el puñal, podía doblar todos menos el último, que quedó extendido. Debía de habérselo roto, su rostro no demostraba dolor, solo furia. Bien, eso haría la pelea más interesante. Y más fácil. La gente no lucha bien cuando realmente está enojada, a menos que sea un monstruo como él y tuviera una fuerza descomunal.

Se hizo a un lado cuando ella saltó hacia él. Sin embargo, ella giró en el aire y logró clavarle el puñal en el muslo, lo bastante profundo como para arrancarle un mordisco de piel. Él gruñó sorprendido y dio un manotazo que la hizo volar por los aires y caer a unos tres metros de distancia. Se miró la pierna, sangraba en abundancia. Bastó un poco de presión en la herida para que comenzara a cerrar. Miró hacia donde ella estaba en el suelo, esperaba no haberla matado, había aplicado más fuerza de la planeada, aquello sucedía cuando estaba dolorido, cuando era joven, ahora…

Ella no se movía. Muchos habían usado la estrategia de simular estar muertos. Se aproximó con cautela, prestando atención a su pecho. La mayoría no era capaz de ocultar el subir y bajar de la respiración, aun cuando creía que se mantenía inmóvil. Sonrió cuando vio que ella aún respiraba. Ahora era cuestión de saber si estaba consciente. Observó sus ojos, los párpados permanecían cerrados e inmóviles; verificó las manos, las dos estaban en puños, aunque ninguna aferraba un arma entre los dedos. Se acercó un poco más. Estaba a punto de inclinarse sobre ella cuando vio algo metálico salir volando hacia él, se hizo a un lado y el filo le rozó la mejilla. Eso había sido bastante rápido. Si hubiera dado en el blanco, hubiera sido un buen movimiento. Sin embargo, ahora había perdido una de sus armas y ella estaba dañada en el piso. Nunca había sido una buena estratega. Si seguía viva, se debía solo a él, ¿acaso ella lo sabía? Tal vez había esperado demasiado…

Ella se levantó de golpe y se abalanzó sobre las piernas de él. Ambos cayeron al piso, pero él rodó rápidamente y quedó sobre ella, con las manos alrededor de su cuello. Era la primera vez que se miraban de frente.



Humanos II

NO SABÍA si lo que más le preocupaba era la cantidad de gente con la que se había cruzado mientras intentaba salir de la ciudad o la poca gente que había encontrado en las rutas que llevaban a los pueblos internos.

A medida que se alejaba de la gran urbe, las luces se perdían en el cielo, ahora completamente oscuro. Había esperado, al menos, la luminiscencia de las estrellas; tal vez, todavía no era de noche, sino una continuación del eclipse o una o varias naves que acaparaban todo el cielo. Como fuera, la única luz era la de la lámpara de su motocicleta.

Esperaba encontrar una estación de servicio para llenar el tanque, necesitaba más de una recarga para llegar al pueblo donde vivía su padre. Mientras aceleraba, se reprendió mentalmente, otra vez, por no haber obligado a su padre a tener, al menos, un teléfono celular.

Ya hacía varias horas que estaba sola en la ruta, no había visto autos pasar en ninguna dirección y comenzó a temblar, no sabía si de frío o de miedo. Finalmente, decidió que debía, por lo menos, dormir un par de horas antes de continuar. Se desvió hacia un costado de la carretera donde había unos árboles ralos. Cuando se acercó lo suficiente, notó que era un *camping*, ahora vacío excepto por los carteles que indicaban precios, fechas y ordenaban que los demás se mantuvieran fuera de la propiedad privada.

Caminó alrededor, hasta llegar a unos árboles que le proveían cierto cobijo desde la ruta. Cubrió la motocicleta lo mejor posible y extrajo el saco de dormir, unas barras de cereales y bebidas energizantes. No hacía tanto frío como para que fuera necesario encender un fuego, por suerte. Se quedó un rato mirando el cielo, ese

vacío oscuro, nunca lo había visto tan lóbrego como esa noche. Jamás le había tenido miedo a la oscuridad, pero aquello era demasiado y además el bosque estaba sumergido en un silencio ominoso. Por un momento, justo antes de dormirse, creyó que era la única persona que había logrado escapar de la ciudad.

La despertaron unos ruidos cercanos. El cielo seguía negro. Tenía la sensación de que no habían pasado más de unos minutos desde que se había dormido, pero no alcanzaba a discernir la hora en su reloj y no quería sacar el celular hasta estar segura de que la luz no alertaría sobre su ubicación a… indeseables.

Los ruidos se repitieron, más a la derecha, y entre ellos reconoció pasos. Eran varias personas las que se acercaban y no debían de tener luces con ellos porque los oía tropezarse cada tanto y reprenderse unos a otros por hacer demasiado ruido.

Con cautela, salió de la bolsa de dormir y se pegó a un árbol para esconderse. Consideró por unos minutos treparse, pero tendría que dejar la bolsa de dormir detrás y además corría el riesgo de que se llevaran su motocicleta. Apenas ese pensamiento cruzó por su mente, decidió acercarse a la moto y quedarse cerca de ella, en cuclillas, aguantando la respiración.

Oyó que el grupo se acercaba más y más, y comenzó a distinguir las palabras.

—¿Estás seguro de que es por aquí?

—Sí, es en esta dirección, deberíamos encontrarla en cualquier momento.

Ella frunció el ceño. ¿Podrían estar buscándola a ella? Sus voces parecían humanas, pero ¿cómo podía estar segura?

—Me parece que estamos caminando en círculos.

—Deberíamos, al menos, verificarlo con el *gps* del celular.

—¿Estás loca? La luz atraería a cualquier cosa que ande por aquí. ¿Sabes defenderte de animales salvajes?

Ella casi se rio. No había animales salvajes por esos bosques, no de los grandes depredadores, al menos; en general, donde acampaban humanos constantemente, no se acercaba nada más.

—Podrían ser otras cosas… —Esa voz sonó más funesta.

Por lo que ella logró discernir, se trataba de dos voces de mujeres y dos de hombres, todos jóvenes.

—No quiero seguir caminando, necesito saber qué le pasó a mi familia, qué fue ese corte de luz.

—Ya te lo dije, la televisión mostraba un eclipse total.

—Era una nave espacial.

—No lo sabemos, pudo haber sido todo una mentira.

—¡Solo quiero ir a casa!

—¿Por qué inventarían eso?

Ella puso los ojos en blanco. El grupo había parado su marcha y estaba a solo unos pasos de ella. Probablemente, buscando la carretera. Ella podría decirles hacia dónde debían dirigirse, pero tendría que darse a conocer. Sin embargo, ¿podía dejarles que fueran hacia la ciudad cuando, tal vez, allí solo encontraran muerte, la de sus familias y, a lo mejor, las suyas propias?

—Votemos —propuso una de las mujeres, la que no sonaba tan histérica.

—¿Votar qué cosa? —Ese era el más agresivo de los hombres.

—Si prendemos un celular o no. Si nos ponemos todos alrededor, podremos tapar la luz lo suficiente. Necesitamos saber hacia dónde vamos.

—Esa no es mala idea —comentó el otro hombre.

—¡Por favor! —chilló la segunda mujer.

—Está bien —rezongó el primer hombre—, votemos. Yo voto para que *no* encendamos el celular. Tienen que confiar en mí, sé hacia dónde estamos yendo, la carretera está a unos pocos metros.

Ella sabía que eso era cierto, aunque desconocía en qué dirección estaban caminando. Era imposible saberlo en la oscuridad. Era muy probable que estuvieran moviéndose en la dirección incorrecta, sobre todo ahora que se habían parado y habían perdido el impulso y, tal vez, la orientación.

—Yo voto por prenderlo —dijo la mujer que había propuesto el plan.

—Yo también —apoyó la de la voz temblorosa.

—Tú decides —indicó el primer hombre.

Ella esperó en silencio como el resto del grupo, hasta que el segundo hombre, por fin, se pronunció.

—Prendamos.

Se oyeron los rezongos del primer hombre. La luz del celular no tardó en aparecer.

—¡Rápido! Pónganse alrededor, tapen el resplandor.

—¿Qué buscas?

—¿Dónde está el *gps*?

Ella los pudo ver, estaban a solo tres metros. Parecían apenas unos niños, recién salidos de la adolescencia.

El celular comenzó a parpadear.

—Se está quedando sin batería.

—No puede ser, lo tenía con carga completa cuando salimos del *camping*.

—No sabemos qué hora es.

—Según el celular, son las tres de la mañana.

—¡No puede ser!

—Tendríamos que haber estado caminando durante horas…

¡Estuvimos caminando en círculos!

—No, no puede ser, estoy seguro de que…

—No importa ahora. Debemos determinar dónde estamos y a dónde ir.

—Aquí está, la ruta se encuentra en aquella dirección, a solo 60 metros.

—¿Y una vez allí?

—Vamos a la ciudad —dijo el hombre agresivo como si fuera obvio.

—Claro —contestó la mujer de la idea—, pero ¿en qué dirección está la ciudad? ¿A cuántos kilómetros? ¿Hay algún autobús que pase…?

El celular se apagó.

—Prendamos otro.

—No, ya sabemos lo suficiente. Una vez en la ruta, pasarán autos y, entonces, preguntaremos.

Ella se mordió el labio, debía avisarles, debía decirles algo. ¿Cuál sería la mejor forma de acercarse? Se movió un poco y, lentamente, pisó unas hojas.

—¿Qué fue eso?

—¿Será un animal?

—¡No se separen!

—¿Quién anda ahí?

Ella se irguió, aunque no pudieran verla, y se dirigió hacia donde había visto al grupo desaparecer.

—Se está acercando…

—No se preocupen —dijo ella con la voz más calma que pudo procurar—, no voy a hacerles daño, solo estoy de paso.

—¿De paso? —cuestionó el hombre agresivo—. ¿Cuánto hace que nos espías?

—Voy hacia el sur, a ver a mi padre, solo paré a pasar la noche.

—¿Vienes de la ciudad? —preguntó la joven.

Ella vaciló antes de contestar.

—¿Qué sucedió? —indagó el segundo hombre.

Ella inspiró; debía decirles, debía decirles, era su deber informar la verdad.

—Hubo un eclipse total, pero no de sol ni de luna… Una nave espacial ocultó el sol por completo. Nadie detectó su acercamiento, nadie supo nada de ella hasta que ya estaba aquí.

Se oyeron los movimientos de varias personas.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó el hombre agresivo.

—Trabajo en un periódico.

—¿Son extraterrestres?

—Es lo que parece, no me quedé a averiguarlo, cuando lo vi…

supe que tenía que encontrar a mi padre, y no me equivoqué.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando dejé la ciudad, los edificios estaban explotando.

—¿Qué?

—¿Explotando?

—¡Mientes!

—No, desearía tener mejores noticias, en serio. Vi los primeros edificios estallar en llamas y la gente correr en pánico, me alejé lo más pronto posible. Necesito llegar hasta mi padre.

—Tenemos que llamar a los nuestros.

—No hay luz en la ciudad —informó ella.

—No se necesitan para los celulares.

—Si están cargados, pero… si pueden cortar la energía, tal vez también puedan bloquear las comunicaciones.

—El celular se apagó —susurró una de las mujeres.

—¿Cómo podemos saber que no mientes?

—¿Por qué lo haría?

—Puedes ser una loca.

—¡Ey! —reaccionó uno de los jóvenes.

—¿Qué? Es cierto, ni siquiera podemos verle la cara, ¿cómo sabemos que no es una de estas supuestas alienígenas?

—Mira, no quiero problemas, solo me pareció que debía avisarles lo que iban a encontrar. Pueden ir a la ciudad, pero tendrán que caminar, no vi ningún auto en la carretera durante las últimas horas.

—¿La gente no está huyendo de la ciudad? —preguntó el segundo hombre—. Si es cierto que están estallando los edificios, deberían estar huyendo y llenando la ruta.

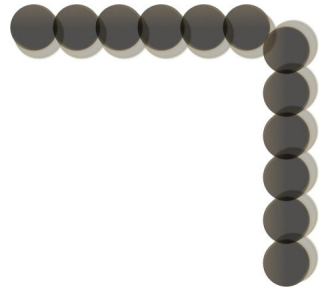
—Es lo que yo pensé también. Al principio, había gente a mi alrededor; sin embargo, a medida que oscurecía, dejaron de pasar autos de un lado a otro. Ya no quedaban más luces y, en un momento, me di cuenta de que solo estaba yo en la carretera. —Se cuidó de no decir que había conseguido una motocicleta; si todavía funcionaba, no quería arriesgarse a que se la quitaran—. Como dije, hice una pausa para pasar la noche.

—La noche… —murmuró la mujer más calmada—. ¿Cómo sabemos que esta es una noche real?

—No lo sabemos, solo podemos esperar.

—Pues yo no voy a esperar ni a confiar en una extraña —expuso el hombre agresivo—. Voy a la ciudad; los que están conmigo, que me sigan.

Ella oyó algunos pasos, aunque no los de todo el grupo. ¿Qué debía hacer?



Ambos V

HASTA ESE MOMENTO, en el cual había estado desparramada sobre el suelo, con él inclinándose sobre ella, no lo había aceptado. Aún pensaba que tenía una oportunidad, que la *humanidad* tenía una oportunidad, que todavía quedaban seres humanos peleando en algún lado. Sin embargo, la forma en la que él la miró, la manera en la que no la miraba cuando estaba sentado…, todo le decía quién tenía el poder y que ella estaba viva solo porque él así lo deseaba. Podía matarla cuando quisiera y lo haría, porque la meta era que no quedara ningún humano vivo. Por eso no les hablaban, por eso no había habido ningún intento de comunicación ni habían contestado a ninguno de los realizados por los humanos. Sus objetivos eran claros y los estaban cumpliendo por precisión. Tal vez, este último juego también estaba en sus planes, ella debía de ser una de las últimas, por lo menos, en esa área.

Se rio mientras entraba con desgano al sótano, ya ni siquiera sentía hambre, solo quería acurrucarse en un rincón y taparse la cabeza, y esperar que, cuando despertara, algo hubiera cambiado. ¡Cuánto deseaba que apareciera un ejército salvador! Que alguien viniera a rescatarla, a decirle que se uniera a los rebeldes, a la resistencia. Sintió ganas de reírse otra vez, aunque lo hizo con pocas ganas. Se le pasaron por la mente todas las películas y series donde los humanos luchaban contra una invasión extraterrestre, siempre ganaban por más que los otros tuvieran una tecnología superior o, por lo menos, casi siempre, porque tenían las suficientes ganas de sobrevivir. Ahora notaba que aquellas películas olvidaban que los otros, los invasores, también querían sobrevivir; si no, ¿para que venían al planeta? Para ellos, era más importante, vital; nosotros

dábamos por sentado el mundo, ellos luchaban por uno y, a lo mejor, lo habían hecho miles de veces antes. Era obvio que serían superiores, era obvio que estarían más organizados. Y, aun así, había tenido esperanza.

Todas las noches miraba al cielo, esperando una señal; aguzaba el oído a cualquier ruido que le indicara que se acercaban vehículos humanos; trataba de sintonizar radios, frecuencias, encontrar algún vestigio donde los sonidos humanos aún existieran. No se había dado cuenta de que intentaba sobrevivir solo para esperar a que alguien fuera a rescatarla.

Ahora sabía que no había nadie. Ellos los habían exterminado a todos o estaban a punto de hacerlo. Entonces, ¿para qué seguir luchando? Él terminaría matándola y, si no era él, sería algún otro.

Se levantó para cerrar todas las puertas y ventanas de la casa y volvió a refugiarse en el sótano. El hambre había vuelto, su cuerpo se empecinaba en seguir vivo, ella ya no estaba segura de querer lo mismo.

No tenía cama, solo un colchón en el piso, contra la pared, la que tenía menos humedad. Por lo menos, no había ratas, aunque se comería otra si la encontrara.

—Ni siquiera sé lo que quiero —musitó y se asustó del sonido de su voz.

Hacía tanto que no la escuchaba, no recordaba cuánto tiempo llevaba en silencio, haciendo una y otra vez las actividades que la mantenían con vida, siempre yendo hacia delante, una y otra vez, desde que enterrara a su padre, quien habían tomado la salida fácil, ¿o la más coherente? Al menos, se había ido en sus propios términos.

Al principio, le había asombrado su decisión, siempre había sido un luchador, incluso después de perder a su esposa y decidir desconectarse del mundo. Cuando lo visitaba, lo encontraba siempre moviéndose hacia delante.

Había llegado a su casa de la niñez pocos días después de que apareciera la primera nave. Le había llamado la atención que la puerta estuviera abierta, él nunca era así de descuidado. Entró con cautela, con una mano en el arma que llevaba a la cintura. La habitación estaba a oscuras y en silencio, había un olor que no le costó reconocer, después de tantos años de cacerías y campamentos.

Se había parado cerca del umbral. No había querido seguir caminando, no cuando ya sabía lo que iba a encontrar. Sin embargo, su padre le había enseñado a enfrentar sus miedos y eso había hecho. Casi había esperado encontrar allí a un extraterrestre, todavía no había visto a ninguno, aunque había oído de avistamientos, estaban apareciendo en todos los lugares donde todavía quedaban casas y humanos en pie. Eran veloces y desaparecían con rapidez después de

matar. No obstante, estaban allí, no había dudas, incluso había algunas fotos borrosas y videos que no terminaban de entrar en el cerebro.

Se preparó para lo que iba a encontrar al entrar en el salón y giró a la derecha con ambas manos en la culata y los brazos extendidos hacia delante. Se había agachado un poco, para quedar fuera de la línea de tiro de cualquier otro, que siempre estaría un poco por sobre su cabeza ya que ella era bastante baja.

No estaba lista para ver los restos de su padre en su sillón favorito. Jamás podría haberse sentido preparada para eso. Había usado la escopeta.

Minutos después, había logrado salir de la casa y había vomitado lo poco que había comido en esos últimos días. Cuando se calmó, miró hacia arriba, la nave que se veía desde esa zona ya no tapaba el sol, tampoco había dejado nada debajo de él.

El centro del pueblo quedaba un poco lejos de la casa de su padre. Debía ir de todas formas, necesitaba encontrar a alguien que tuviera noticias más recientes, algo que le permitiera decidir cuál sería su próximo paso, ya que no podía discutirlo con su padre.

LLEGÓ AL SÓTANO que ocupaba y tiró la lata a un costado. En ese rincón, había una pequeña montaña con todos los alimentos conservados que había acumulado en los diferentes pueblos en los cuales había estado. La mayoría no le agradaban. Lo único que valía la pena eran los dulces. Sin embargo, una de las órdenes era quedarse con toda la comida que pudieran utilizar los humanos. La mayoría no sabía cazar, según indicaban los informes, y morirían de hambre con facilidad, esos eran los más difíciles de encontrar. En general, permanecían siempre ocultos; después de un tiempo, era fácil detectarlos por el olor.

Los cálculos indicaban que algunos podrían sobrevivir algunas semanas más después de la inicial, no serían muchos. Esa era otra de las razones por las cuales sus órdenes incluían matar a todos los animales pequeños que podrían usar los que sí sabían cazar. Ellos, por su lado, podían estar meses sin ingerir comida, solo con los suplementos que se inyectaban y que no les servirían de nada a un humano. Para cuando el resto bajara a habitar el planeta, no quedaría ningún humano vivo.

Se sentó a meditar en otro de los rincones.

Algo había cambiado en la mirada de ella cuando se inclinó sobre su cuerpo en el suelo. Tal vez, por fin había decidido lanzar el ataque

final. No estaba seguro. Sin embargo, no era la misma actitud que tenía cuando había entrado al supermercado. O había cambiado de opinión o se había dado cuenta de algo.

«¿Podría haber descubierto alguna ventaja? Es la primera vez que me ve tan de cerca; en general, no dejamos que nadie se aproxime tanto a menos que estemos por matarlo segundos después».

No debería haberlo hecho. Otra de las órdenes era mantenerse alejados, conservar el misterio, hasta que ya no hiciera falta. Aun así, también necesitaba asustarla, ¿o no?

Podría haberla matado, sí, pero todavía no estaba listo para volver a la nave. De todas formas, se sentía bien recordar que tenía la ventaja. Solo en ese instante se había dado cuenta de que lo había dudado en algún momento.

¡Tonterías! Él siempre había tenido la superioridad, ella no tenía posibilidades de sobrevivir.

Aún quedaban un par de días antes de que terminara la fase de erradicación. Tenía tiempo para descansar un poco más, fuera de la constante vigilancia de cuando no estaba cumpliendo su tarea. Además, si todavía no terminaba en ese pueblo, no lo mandarían a otro para hacer lo mismo. Que trabajaran un poco los demás soldados, él siempre estaba por encima de la media y no era necesario que siguiera esforzándose tanto.

Rebuscó entre las golosinas acumuladas, esas duraban más que los alimentos conservados. Se preguntó qué porcentaje de productos naturales tendrían; por el sabor, mucho más que los alimentos en la nave. Solía resultar difícil acostumbrarse a esos sabores foráneos, pero con estas golosinas lo había logrado en seguida. Siempre había algo que las especies que aniquilaban hacían bien, mejor que cualquier otra.

Mientras volvía a sentarse para comer una barra de caramelo, intentó hacer una lista de lo que hacían mejor las últimas diez razas que habían exterminado. Cada tanto, trataba de hacer memoria, era imposible recordarlas todas. Sabía que se mantenían registros con toda la información de las razas exterminadas, pero no tenía acceso a ellos, solo los científicos estaban autorizados y únicamente para incorporar cualquier conocimiento o tecnología que pudiera resultarles útil. En general, era muy poco, y sobre todo en la parte de entretenimientos. Esperaba que, de los humanos, decidieran conservar/incorporar las golosinas. Todos sabían que se necesitaba realizar adiciones que hicieran la existencia un poco más interesante, ya que, en los últimos siglos, había habido bastantes suicidios; algunos, irrecuperables.

Por eso, habían incrementado la vigilancia constante de todos los miembros; sobre todo, aquellos que más contacto tenían con otras razas. Por eso, los animaban a hacerlo todo rápido, para evitar,

justamente, lo que él estaba teniendo con ella en ese momento: una conexión.

«Algo cambió en su mirada —se repitió—, me gustaría saber qué. No necesito hacerlo para matarla, pero me gustaría saber qué es».

Extraterrestres III

ESA MAÑANA, se había levantado pensando en ello, sentía que lo había hecho toda la noche, ni siquiera estaba seguro de haber dormido. ¿Cuántos siglos hacía que no dormía en verdad? Estaba entrenado y genéticamente acondicionado para siempre estar atento, aun en sueños, a cualquier ataque o ser de otra raza que se le acercara. Lo habían programado para matar; sin embargo, con el tiempo, uno podía aprender a contenerse. Aunque era difícil y doloroso, podía lograrse, y muchos seguían ese camino. Incluso, era alentado hasta cierto límite; después de todo, era necesario que ellos se reintegraran a la sociedad, aunque fuera en forma marginal, durante los años de paz. Así le llamaban al período que permanecían en un planeta consumiendo los recursos. Durante esos años, daban rienda suelta a todas las abstenciones que mantenían en la nave. Ellos no eran muchos, siempre un número bastante menor a cualquier civilización que destruyeran; por eso, solían tener grandes disposiciones de tierra para cada uno.

Él llevaba años reprimiéndose, acallando esas ganas de saltar sobre lo que se le acercara. Esa era la razón por la cual conseguía estar tan calmado cuando la veía a ella vagar por el pueblo. En parte, quería saber hasta dónde podía llevar esa contención que se imponía a sí mismo. Para él, era casi un juego; a muchos de los superiores no les gustaba que hicieran eso, se volvían ineficientes, decían. Y, sin embargo, no era el único.

Revisó entre sus pertenencias y se aseguró de que la señal que avisaba dónde se encontraba en cada momento estuviera apagada. No le dirían nada por algunos minutos, esos fallos eran esperables, aunque no podían durar más de veinte minutos ni ser demasiado

frecuentes.

Entonces, sacó la pulsera que le permitía comunicarse con los demás. La activó y esperó. Esperaba que alguno de ellos estuviera conectado en ese momento.

La luz parpadeó unos instantes hasta que apareció en la pantalla el rostro de otro de los soldados. Se parecía mucho al suyo, todos habían sido modificados de la misma manera, y los genetistas solo pensaban en funcionalidad, nunca en apariencia.

—¿Cómo vas? —preguntó el otro cuando se estableció la comunicación, su voz apenas un susurro—. Llevo dos días sin matar… Aunque aquí hay varios humanos.

Él asintió.

—Yo también, aquí hay una sola.

El otro sonrió.

—Soy más fuerte.

Él se mordió los labios para no contestar. El impulso era fuerte, él podía serlo aún más.

—¿Es tu último lugar asignado?

—No —contestó el otro y miró por sobre su hombro, parecía nervioso—, todavía me queda uno más, tendré que moverme pronto. Los mataré mañana —volvió a sonreír—, esta fue mi racha más larga. Hay algo hermoso en contenerse.

—Sí —concedió él y casi saboreó la sensación.

—Llevo pocos años —continúo el otro, cada vez más ansioso.

—¿Cuánto hace que estás conectado?

El otro ojeó la parte baja de la pantalla.

—Me quedan veinte segundos.

—Desconecta.

—Todavía podemos hablar un poco más…

—No te arriesgues, recuerda que ellos siempre están escuchando, vigilando.

—Necesito hablar, necesito… No puedo soportar la soledad en este momento… o sí —se frotó el rostro—, lo que necesito es…

—Cortar la comunicación —lo urgió él con la mirada fija en el avance del tiempo, ya solo le quedarían diez segundos, era riesgoso cortar la comunicación tan cerca del límite.

«Maldición, tendré que hacerlo yo y después deberé esperar horas. ¡Corta… corta…!».

Cinco segundos, cuatro, tres, dos…

Él desconectó y lanzó la pulsera contra la pared. Se quedó sentado en el piso conteniendo las ganas de destrozar todo alrededor. Su mente no dejaba de preguntarse si ella estaría cerca, podría terminar con todo ahora y regresar a la nave y descansar. Aun cuando fuera observado, no tenía que cuidarse tanto allí, allí no había tentaciones.

—Maldición —murmuró una vez más mientras se levantaba para recuperar la pulsera, no se había dañado.

La guardó con cautela y comprobó la pantalla con la cual mantenía comunicación con la nave asignada. Estaba parpadeando, esperando a que él confirmara su ubicación después del breve corte que se había producido. Presionó el botón y sintió cómo la interfaz succionaba su dedo y tomaba una muestra de sangre. Esperó hasta terminar la verificación y, cuando el círculo morado terminó de cerrarse, apartó la pantalla con un suspiro.

No habían sospechado nada o, por lo menos, no lo creía. Esperaba que el otro hubiera confirmado a tiempo, que no pudieran determinar que se había contactado con él. Tanto tiempo esperando para poder hablar con otros de su grupo y ¡lo había arruinado todo un novato!

Volvió a suspirar mientras miraba donde había guardado la pulsera, quería sacarla y encenderla otra vez, pero no sería tan descuidado, quería sobrevivir. Por más que hubieran pasado miles de años y todo le aburriera, aún quería vivir.

Decidió salir del sótano y vagar por el pueblo. Ya se sabía de memoria cada rincón, cada ubicación de las cosas que los humanos habían dejado desparramadas. Sin embargo, estar entre objetos inanimados lo calmaba, era una de las primeras cosas que había aprendido cuando había ingresado al grupo, casi de casualidad.

Había estaba deambulando en una de las mayores ciudades de una de las últimas razas aniquiladas. Los edificios se curvaban y se conectaban unos a otros como si se trataran de túneles, algunos incluso pasaban brevemente por debajo de la superficie. No estaba en la región que le habían asignado. Ya había terminado su cacería y no quería regresar a la nave aún, ya llevaba varias invasiones en las cuales no sentía la necesidad de volver a la nave; en verdad, profesaba cierto rechazo cuando se acercaba la hora de retornar a su dormitorio y esperar a que el mundo estuviera listo para ser habitado, y luego esperar a que ese mundo se acabara y se seleccionara otro, y luego esperar a llegar al siguiente, y después esperar…

Estaba harto, toda su existencia era esperar, una y otra vez, las mismas cosas, y nada le daba satisfacción, ni siquiera la muerte, para la cual lo habían creado.

Había encontrado al otro soldado sentado, en pose meditativa, mirando a un grupo de indígenas que intentaba treparse a una de las paredes. Estaba asustados, querían huir, pero no tenían oportunidad; sin embargo, el guerrero no se movía. ¿Por qué no lo hacía? Él casi salió corriendo para acabar con ellos, no tenía que pensarlo mucho; en unas pocas zancadas, estaría allí y, después de solo unos golpes, terminaría con todos ellos, eran una raza pequeña y débil. Había notado, en las primeras peleas, que bastaban un par de manotazos

para destrozar sus cabezas. No obstante, le llamaba la atención el soldado sentado. También sentía ganas de atacarlo a él y, tal vez, fue la vacilación entre embestir a unos o al otro lo que lo hizo pararse. Cuando volvió a mirar al guerrero, este lo observaba a él. No había ninguna expresión en su rostro, tampoco la esperaba. Se preparó para recibir su embestida; el viejo no se movió.

Después de unos segundos, se levantó lentamente y caminó hacia él con calma.

—Tú también lo sientes.

Él frunció el ceño.

¿Sentir qué?

Aunque, sí sentía algo, hacía rato, si bien no lograba ponerle nombre. De todas formas, no sabía si el viejo se refería a eso o si estaba probando su lealtad.

—¿Por qué no los matas? —cuestionó.

—¿Por qué no lo haces tú? —preguntó el viejo.

—No soy un novato, no tomo presas ajenas.

El viejo asintió.

—No, no lo eres, eres mayor —ladeó la cabeza—, aunque no uno de los más antiguos. Algunos empiezan antes a preguntarse, creo que eres uno de ellos.

—No sé de qué hablas.

El viejo volvió a asentir y luego hizo lo que no hacía ningún soldado que no fuera un amigo y estuvieran en tiempos de paz: le dio la espalda y se alejó caminado.

—Ven a verme si quieres hablar. Estaré un día más aquí antes de terminar mi tarea.

No pensaba ir, ¿para qué? Si llegaba a ser un informante…, ¿qué excusa podría dar? Tal vez, que estaba comprobando que el viejo no fuera un desertor… Sin embargo, aunque fuera cierto, nadie lo creería, lo había presenciado muchas veces. No quería pasar por la reprogramación, también había visto lo que hacían a los soldados en esos casos y era todavía menos agradable que la reasignación.

Mientras caminaba hacia donde había encontrado al viejo, en medio de la noche, se dijo a sí mismo que solo quería verificar si había matado a los alienígenas; si no, lo haría él mismo, se encargaría de terminar con esas presas y, al menos así, tendría un motivo para validar…

—Por aquí —indicó el viejo, que se levantó a unos metros de él.

Maldijo para sí, no lo había visto, había bajado la guardia en el momento menos indicado. A lo mejor, debería matarlo allí mismo y reclamar que no terminaba con su tarea; sin dudas, tendrían que haber advertido en los monitores que el viejo estaba fallando.

El soldado lo esperaba detrás de un muro. Cuando llegó, sacó su

pantalla y la apagó.

—¿Trajiste la tuya?

Él vaciló antes de extraerla.

—Solo veinte minutos —explicó el viejo—, no lo descubrirán.

—Sabrán que ambas se apagaron a la vez.

—Debido a la misma interferencia y estábamos tan ocupados en no matarnos que no lo notamos.

Él lo observó un instante, un largo instante, hasta que, por fin, se decidió. Apagó su pantalla. Cuando levantó la vista, el viejo sonreía.

—Lo sabía, eres uno de los nuestros.

No tuvieron muchos encuentros después de ese, pero sí conoció a otros soldados como ellos, cada uno en diferente medida. Nunca se encontraban más de dos en el mundo real y pocos más de manera virtual. Era peligroso, en todo sentido, juntar soldados en uno u otro lado.

Los había de todas las edades. Ya hacía algún tiempo existía el grupo. Durante los años de viaje, se reducían las actividades y casi perdían el contacto. No creía haberse cruzado jamás con uno de ellos en las tantas naves que trasladaban su civilización de un lado a otro.

Lo único seguro era que cada vez aparecían más soldados en el grupo y que también desaparecían unos cuantos. Sin embargo, lo que más le había sorprendido en los últimos encuentros virtuales era que uno de los comentarios le dio a pensar que otras especialidades tenían grupos parecidos.

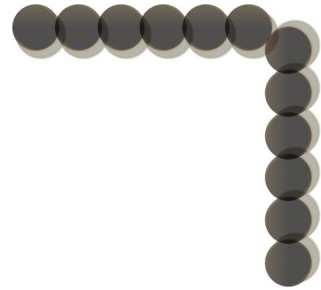
Seguía pensando en la pulsera, calculando cuánto tiempo debía dejar pasar para volver a utilizarla. Para distraerse, trató de imaginar qué otras especialidades estarían dispuestas a realizar un cambio. Siempre había creído que los primeros en hacerlo serían los genetistas, siempre dispuestos a ajustar y cambiar sus cuerpos y sus mentes para lo que fuera requerido. Sin embargo, sus modificaciones eran guiadas por los planificadores.

«Los planificadores», pensó y saboreó el nombre en la lengua.

Ese grupo del cual solo había oído hablar. Jamás había conocido a ninguno, ni siquiera había visto imágenes de alguno, pero sabía que existían. Pertenecían al grupo más pequeño de castas y el más cerrado, eran celosamente seleccionados y monitoreados por los genetistas hasta el nacimiento y luego eran criados por otros planificadores. Jamás entraban en contacto con el resto de la sociedad, se mantenían aparte, porque, según decían, era la única forma de medir el impacto de los cambios que planificaban con siglos, milenios de anticipación, en la búsqueda de mejorar la sociedad.

Aunque él se preguntaba, exactamente, qué era lo que mejoraba si todo seguía igual siglo tras siglo. Muchas veces, había querido hacer

esa pregunta en alguna de las reuniones virtuales. Nunca se había animado, temía asustar a los demás y que lo expulsaran o, todavía peor, recibir una respuesta.



Ambos VI

TENDRÍA QUE INGENIÁRSELAS. Así había sido toda su vida. Había encontrado varios obstáculos. Ninguno demasiado grande, pero siempre habían estado allí y había tenido que arreglarse para conseguir lo que quería con las pocas herramientas con las cuales contaba. Esto no era diferente.

Disponía de un pueblo entero, decenas de casas abandonadas. No habían destruido ninguno de los edificios, las roturas eran mínimas, probablemente, causadas por algunos humanos frustrados. Entre todo aquello, debería encontrar cosas útiles, no podía ser tan difícil.

La luz del sol había regresado, así que no creía ser demasiado optimista al pensar que también volvería la posibilidad de utilizar aparatos electrónicos, cuando quedaran pocos humanos, números más manejables acaso. Debía estar preparada para ello. También debería conseguir cualquier otro objeto que le ayudara a sobrevivir, ya fuera para irse del pueblo o para esperar a los humanos, que aparecerían en algún momento. Nunca se los podía mantener aislados demasiado tiempo. La necesidad de juntarse con otros era, tal vez, la más fuerte de todas las características humanas.

Incluso los impulsaba a acercarse a cualquier ser vivo similar. Ella lo notó cuando, cada vez que salía a recorrer el pueblo, terminaba cerca de la casa donde se escondía él. Se decía a sí misma que lo hacía para vigilarlo, necesitaba conocer sus movimientos, estar atenta a cualquier cambio. Lo cierto era que quería verlo, intentar comprenderlo; a lo mejor, si lo hacía, lograría…

«¿Qué? ¿Qué quiero lograr?».

Se mordió los labios mientras observaba la casa. No podía estar segura de que él estuviera dentro. Sabía que dormía en el sótano,

porque una vez había entrado en el edificio y no había podido acceder a esa habitación. En las demás, solo había basura; así que allí debía de estar toda la comida que faltaba en el supermercado y todos los suministros que le podrían haber servido. Si tan solo pudiera entrar a ese lugar…

Aunque tal vez no hubiera nada. O solo sus cosas extraterrestres.

Ya se volvía para abandonar el lugar cuando algo la hizo pararse. Frunció el ceño y observó la casa con atención, sobre todo, las ventanas. ¡Allí! Una se movía. ¿Sería él?

Se acomodó mejor en su escondite. Estaba bastante segura de que él no podía verla.

Poco después, la puerta se entreabrió, solo un jirón. No se podía ver nada dentro más que unas sombras.

Ella esperó, conteniendo la respiración, pero él no salía. Nunca se dejaba ver con tanta facilidad. Siempre que le echaba un vistazo, pasaba con rapidez, como un pensamiento fugaz. Notó que se estaba clavando las uñas en las palmas, las mandíbulas le comenzaban a doler. Debía tranquilizarse. Se concentró en esa pequeña apertura, la sombra seguía allí, esperando. ¿Acaso sabía que ella estaba cerca?

ÉL MIRÓ LA PANTALLA. Se había acostumbrado a revisar la ubicación de ella antes de salir de la casa o de cualquier edificio. Había tenido varios encuentros casuales, encuentros que no había anticipado y había tenido que correr. No le gustaba que lo sorprendieran y ella era buena para caminar en silencio, y tan pequeña…

Siempre cerca de su casa o en los alrededores. Esa curiosidad la hubiera matado con cualquier otro soldado, a ninguno le gustaba que lo observaran. Sin embargo, él tenía otras preocupaciones. De todas formas, prefería que ella se mantuviera a la distancia.

Esperó a que se fuera.

La imagen en la pantalla no se movía. Ella también estaba esperando.

Podría salir corriendo y ella no vería más que un borrón. No obstante, con eso tal vez solo lograría que lo siguiera o que esperara su regreso. Decidió que lo mejor era aguardar a que se cansara ahora. Seguramente, le duraría un tiempo y no regresaría en unos días, al menos.

El clima fuera era bastante caluroso. Apenas había llegado a la casa, había instalado un sistema de climatización provisorio. Si bien intentaba no gastar demasiada energía como para que lo notaran en la

nave, no tenía sentido sufrir el calor si no había necesidad. Mantener la puerta abierta aumentaría el consumo, tendría que cerrarla.

«¿Por qué no se mueve?».

«¿Puede verme desde ahí?».

Tal vez sí. No se sabía nada sobre ellos. ¿Cómo podría adivinar ella cuál era su rango de visión? Ellos nunca se dejaban ver. Este, al menos, no se dejaba ver cuando no quería. Ella estaba segura de que se había mostrado en varias ocasiones porque así lo deseaba; había sido fugaz, pero suficiente para recordarle su presencia.

Ahora, hacía tiempo, él no quería que ella lo viera. Tal vez ya no necesitaba intimidarla ni recordarle que seguía allí; entonces, ¿para qué dejaba la casa? No quedaba nada en los hogares ni en el supermercado. No había razón para andar por el pueblo, a menos que creyera que pudiera aparecer algún otro humano.

Frustrada, se levantó de su escondite y se alejó en la dirección contraria a la casa. No valía la pena perder el tiempo allí tratando de entender a un extraterrestre cuando su estómago le recordaba a cada rato que llevaba demasiado tiempo sin comer.

«Por fin», pensó él cuando ya estaba a punto de cerrar la puerta.

Observó cómo el punto se alejaba, no se dirigía a la casa donde tenía su campamento, así que debía de estar por recorrer el pueblo otra vez. Tal vez le había dado demasiadas esperanzas a esta humana.

Sonrió.

Debía de estar aburrida de buscar siempre en los mismos lugares. Él se había hastiado ya de ese pueblo, pero si no hacía los recorridos, se preguntarían en la nave por qué no se movía.

Sin embargo, esa vez no salía por aquella razón, necesitaba acercarse a la carretera que llevaba a una de las grandes ciudades cercanas. Al principio, le había gustado que le tocaran esas. En las últimas invasiones, añoraba las más pequeñas, eran más fáciles y le dejaban tiempo para sí mismo, alejado de la nave y de los otros.

No tardaría más de un par de horas si apuraba el paso.

Casi al borde de la carretera, encontró un conejo vivo. Debía de haber llegado a la zona hacía poco, hacía rato que había eliminado todos los animales en varios kilómetros a la redonda. El animal estaba asustado, pero aun así intentaba procurarse comida. Acomodó su

avance para que una de sus zancadas cayera justo sobre la cabeza del animal y continuó sin pararse a ver lo que había quedado contra el piso.

La carretera estaba vacía. El calor era más fuerte allí, debía apurarse a encontrar lo que necesitaba. Lo vio brillar al otro lado de la carretera y corrió para levantarlo: era una pulsera. Demasiado chica para que pudiera usarla, podría pasar por una humana si llegaran a descubrirla entre sus posesiones. La recogió. Miró alrededor y hacia el cielo. Desde esa ubicación, no llegaba a ver la nave más cercana.

El sol era demasiado fuerte. Se apresuró a volver al cobijo de los árboles y emprendió el regreso.

Cuando estaba cerca del pueblo, revisó la pantalla. Ella todavía andaba dando vueltas, próxima a su casa. Debía apresurarse si quería evitar que a ella se le ocurriera revisar su morada otra vez.

TODAVÍA ERA TEMPRANO. Podría pasar de nuevo por la casa del extraterrestre y, si él no estaba allí, intentar acceder al sótano. Tenía que, al menos, intentarlo. Se acercó a la casa con cautela y observó su frente durante largos minutos, no se distinguía nada en las ventanas. Era imposible ver la parte trasera, a menos que se colara en la casa aledaña y…

«Claro», se dijo a sí misma e, inconscientemente, se puso de pie.

Esperó que él no la no hubiera visto, las ventanas seguían inmóviles, así como la puerta. Se apresuró a probar las casas vecinas, ambas puertas estaban abiertas, pero la de la derecha era un poco más elevada. No creía que él fuera descuidado; sin embargo, tal vez sí tuviera la suficiente soberbia como para creer innecesario bloquear el acceso desde las viviendas vecinas… Corrió hasta la parte trasera de esa casa, había un pequeño patio y una pared baja adyacente que conducía al jardín de la casa de él. Buscó alrededor algo que le permitiera saltar por encima del muro.

Se raspó brazos y piernas para subirse y perdió el pie en el último momento. Logró sostenerse lo suficiente como para balancearse hasta quedar del otro lado. Cayó al jardín y rodó por el césped. Se quedó quieta unos instantes mientras apretaba los dientes, no quería dejar escapar ningún llanto. Aun cuando él, si estaba ahí, ya hubiera escuchado todos los demás ruidos.

Se puso de pie poco a poco, negando con la cabeza, ya casi lo creía omnisciente y ni siquiera hacía una semana que estaba en su vida. En todos los sentidos, parecía que había estado siempre allí, que *ella* hubiera estado siempre *allí*, en ese pueblo, en ese trance

intermedio antes de…

Probó la puerta que llevaba a la casa, estaba abierta. Entró con cuidado, mirando hacia todos lados. Le parecía que había sombras en cada pared, en cada rincón y pedazo de techo, pero estaba sola. Hacía frío. Se abrazó a sí misma y se frotó los brazos. Él sí tenía energía, eso no le sorprendía. No creía que ellos se privaran de nada, esas cosas eran solo para molestar a los humanos. También era cierta la suposición de que no les agradaba tanto el sol; lamentablemente, parecía que podían sobrevivir sin problemas a la intemperie bajo él, por lo menos, durante unos momentos. Aunque también era probable que estuviera utilizando algún traje especial.

«Eso es. Si logro encontrar lo que sea que utilice para sus idas y venidas o, tal vez, si puedo destruir la climatización…».

Recorrió la casa lo más rápido posible, intentando encontrar, en cada uno de sus espacios, algo que le llamara la atención. Sin embargo, era completamente humana. Si había tecnología extraterrestre, no la veía por ningún lado. Finalmente, llegó a la puerta que llevaba al sótano, el único lugar donde podría estar lo que fuera que enfriara esa casa y toda la comida que sabía que él se había llevado. Tal vez, también se había apropiado de otras cosas, seguramente, todo lo que le sirviera a ella. Golpeó la puerta con furia y frustración. La estaba matando poco a poco, de forma despreocupada, como si, en realidad, ella no le importara.

«Y no les importamos, somos algo que deben… limpiar…».

Se comió las lágrimas y volvió a forzar la puerta. Estaba cerrada con algo más que la cerradura, porque por más que la golpeó con un martillo, no pudo hacer ni mella. No sabía cuánto tiempo tenía antes de que él regresara. Si no podía entrar, tal vez, hubiera otra forma de dejar su marca, de que él supiera que ella podía hacer algo.

Recorrió la casa otra vez, tapando las ventanas con gruesas lonas y frazadas. Luego, consiguió prender un fuego en el centro de la sala, con una de las pocas cargas que le quedaban del encendedor. Por último, destruyó todo lo que pudo y lo colocó frene a la puerta del sótano. Si ella no podía entrar, prefería que él tampoco o, por lo menos, que no le fuera tan fácil.

Cuando se fue, sintió cierta satisfacción. No era lo bastante temeraria como para quedarse a ver su reacción.

LA CASA ESTABA VACÍA, al igual que los alrededores. Sin embargo, apenas se aproximó, notó algo diferente. Eran las ventanas, estaban siendo bloqueadas por algo, algo más de lo que él había

puesto. Revisó la pantalla: ella estaba en su propia casa y no había ningún otro ser vivo en las inmediaciones.

Se acercó a la puerta y la abrió levemente, atento a cualquier movimiento. El calor lo hizo retroceder. ¿Se habría roto la climatización?

Entró con asco. No había nada que le disgustara más que el aire pegándose a su piel. Encontró destrozos y un pequeño fuego. Miró hacia el sótano, la puerta estaba bloqueada, pero la pantalla le decía que estaba intacta.

Abrió la boca y no salió ningún sonido, aunque él sabía que estaba riendo.

Humanos III

DOS DEL GRUPO se habían quedado con ella. Decidieron que lo mejor era permanecer juntos y avanzar hacia el próximo pueblo o ciudad. Ninguno estaba seguro de hacia dónde se dirigían con exactitud. Los celulares habían dejado de funcionar por completo, también la moto, y el cielo todavía no recuperaba sus estrellas.

Por fin, se animaron a prender un pequeño fuego, les llevó bastante tiempo. Estaban bastante seguros de que era de noche; aunque ella podía ver la hora en su reloj, este era analógico y no tenía nada que indicara si era PM o AM. Habían conseguido un poco de comida en una estación de servicio. Si bien no había nadie, el minimercado tenía todavía muchos productos no perecederos. Cargaron todo lo que pudieron en unas cuantas mochilas que también tomaron de allí y se alejaron un poco antes de encender el fuego. Solo tuvieron que conseguir algo de madera seca, porque tenían papel y un encendedor.

Se miraron bien unos a otros por primera vez. Ella confirmó su suposición: eran poco más que adolescentes y ambos estaban asustados, aunque el muchacho se esforzara por no demostrarlo. La joven no lloraba ni se quejaba; en realidad, era su silencio lo que demostraba su miedo. Cuando la había conocido o, al menos, cuando había escuchado su voz por primera vez, era la que intentaba calmar a los demás, la que trataba de guiarlos hacia una solución. Sin embargo, después de unos días de oscuridad total, parecía haber perdido la compostura.

Grace se preguntó cómo estaría la otra joven, la más llorosa. Se había ido junto al muchacho más agresivo. Intentarían llegar a la ciudad que ella había abandonado. Ninguno de los dos quería creer la

destrucción que ella contaba, ni siquiera cuando habían visto los videos en internet de uno de los ataques, antes de que la conexión muriera junto con todos los demás aparatos.

Cuando se fueron, ella intentó encender la moto, pero no funcionaba. Finalmente, tuvo que rendirse y los tres comenzaron a caminar en la dirección en la que ella creía que se hallaba su pueblo natal. Tardarían días en llegar a pie y no tenían comida para tres personas, muchos menos en qué dormir. Por eso, había sido una suerte que encontraran esa estación de servicio.

Ninguno de los tres preguntó por qué estaba vacía o dónde estarían todas las personas. Simplemente, tomaron lo que necesitaban y se alejaron lo más rápido posible.

—¿Crees que volverá? —preguntó el muchacho, ansioso.

—¿Qué cosa? —preguntó Grace, más concentrada en la comida que intentaba calentar.

El muchacho miró hacia arriba.

Ella frunció los labios.

«Claro, el sol… ¿Qué le digo? ¿Que no importa? ¿Que es mejor no ver lo que queda del planeta?».

—Supongo que sí, estarán… —se encogió de hombros— acomodando las naves.

—Tal vez no resisten el sol —aventuró el joven.

—No lo creo —dijo Grace. No le gustaba darles a las personas falsas esperanzas, creía que eso era más cruel que decirles la verdad—. No tendría sentido invadir este planeta si no soportaran su sol.

—Tal vez solo quieren destruirlo.

—¿Por qué? ¿Para qué? No somos amenaza para nadie más que nosotros mismos. Viajar hasta aquí para destruirlo todo… Sería raro.

—¿Por qué vinieron, entonces? —preguntó la joven y a ella le asombró el sonido de su voz, completamente desprovisto de emoción.

—Supongo que tenemos algo que necesitan.

Omitió agregar que no era diferente de lo que hacían los humanos. ¿O acaso no se mataban unos a otros para obtener las tierras o riquezas de otro país? ¿Por qué la gente se asombraba de que alguien más quisiera lo que tenemos nosotros? Después de todo, no se encontraron, por lo menos en la parte explorada por los humanos, planetas como el nuestro.

—Pero es que… —vaciló el muchacho— con su tecnología, podríamos haber intentado vivir juntos, ¿no hubiera sido mejor eso?

Ella abrió la boca, pero la cerró antes de decir algo y sirvió la comida.

—Es mejor que comamos mientras esté caliente y tratemos de dormir un poco —miró de uno a otro—; a lo mejor, por turnos, yo puedo quedarme despierta al principio…

—¡Yo lo haré! —se animó el muchacho, como si estuviera feliz de, por fin, poder hacer algo.

—Está bien —intentó sonreír ella—, toma la primera guardia y yo haré la segunda; ahora, come algo.

La cena no duró mucho, consistía en un potpurrí de diferentes conservas mezcladas con muy poco gusto. Sin embargo, era agradable comer algo caliente después de tanto tiempo. Eso hizo más por calmar el frío que cualquier funda para dormir.

Ella tardó en dormirse. Cada tanto, entreabría un ojo para ver si el muchacho seguía despierto. Habían dejado una hebra de fuego prendida para, al menos, verse entre ellos. El muchacho parecía aguantar y ella se relajó.

Se despertó cuando sintió demasiado frío. Seguía oscuro, aunque parecía peor que antes, tal vez porque el fuego había desaparecido. El muchacho no la había despertado. ¿Se habrían ido sin ella?

—¡Oye, oye! ¿Estás ahí?

—¿Eh? ¿Eh? —La voz del muchacho sonaba adormilada—. ¿Eh? Perdón… yo, eh… cerré los ojos unos segundos.

—No te preocupes —dijo ella, pero se incorporó tensa y con los labios apretados—. Eh… —vaciló porque no recordaba el nombre de la muchacha—, ¿estás despierta?

La joven no contestó.

Oyó que él se movía para buscarla; pero, por más que llamaron su nombre repetidas veces y revisaron alrededor, no la encontraron.

—¿Crees que se la habrán llevado?

—No —contestó ella y otra vez tuvo que contenerse para no agregar: ¿para qué? ¿Por qué no llevárselos a ellos también? ¿Por qué no matarlos a ellos? Sería lo más… —. Lo más probable es que regresara a la estación, a lo mejor allí se sentiría más segura.

—¡Claro! —exclamó el muchacho—. Vamos.

Ella vaciló. No quería retroceder ni perder el tiempo buscando a alguien que había decidido irse por su cuenta. Quería estar con su padre antes de que fuera demasiado tarde, la mitad de su cuerpo le decía que ya lo era. Pero ¿qué hacía con el muchacho?

—Mmm…, ¿en qué dirección quedaba? —preguntó él.

—Está bien —accedió ella—, pero no nos quedaremos mucho. Si no está allí, tendremos que… Bueno, en realidad, yo tengo que seguir. Debo intentar llegar a mi padre. Tú puedes hacer lo que quieras.

El muchacho calló durante un largo rato.

—Veremos —dijo al final y ella sintió que la agarraba del codo.

Grace guio la marcha. Estaba bastante segura de la dirección, así como había estado segura antes de que se dirigían hacia su pueblo. Aún le causaba malestar llamarlo así; si bien había nacido y se había criado ahí, no lo sentía propio, no había querido permanecer en él y,

ciertamente, nunca hubiera querido… Sintió el impulso de reírse. Todo indicaba que acabaría como siempre había temido: muriéndose en el mismo pequeño pueblo donde había nacido.

Tardaron varias horas en llegar a la estación o, por lo menos, así le pareció a ella. La oscuridad lo agrandaba todo: los sonidos, el tiempo, el miedo, la incertidumbre.

Decidieron separarse y reencontrarse en la puerta, se preocuparon por encontrar una marca que ambos pudieran reconocer. Esa no era la mejor idea para ella, pero como estaba apurada por seguir su camino, accedió a hacerlo como quería el muchacho.

A los pocos minutos, supo que se había equivocado. La oscuridad era todavía más densa dentro del edificio. Además, tenía que andar todavía con más cuidado ya que, a cada rato, corría el riesgo de llevarse algo por adelante o de golpearse o de que algo se le clavara en el ojo…

—Maldición —musitó mientras estiraba un brazo al frente para detectar cualquier objeto en su camino y mantenía la otra mano rozando la pared. También arrastraba los pies contra el piso, poco a poco.

El sonido de su propia respiración la estaba volviendo loca. Hubiera preferido no oír nada a sentir cada pequeño ruido de su cuerpo. No sabía que el cuerpo humano hiciera tanto ruido. Ni siquiera lo había notado cuando iba de campamento sola y dormía en el bosque durante noches. Allí la acompañaban el resto de los animales; por más que a uno no le gustara, por lo menos, no se sentía solo. En cambio, allí la soledad era extrema. Parte de ella deseaba que, al menos, hubiera ratas, pero no había ningún animalejo escurriéndose en la oscuridad. ¿Habrían huido o acaso a ellos también los habían exterminado?

Trató de sacarse esa idea de la cabeza, no era la mejor imagen para tener en mente mientras recorría aquella oscuridad. La idea era llamarla a la muchacha por su nombre, pero ella no se animaba a hablar en voz alta. Y no creía que el muchacho lo estuviera haciendo tampoco, no lo oía y debería. Con todo ese espacio vacío y ese silencio, debería oír hasta los pasos del muchacho en el otro extremo de la habitación.

La mano de la pared perdió el soporte, había llegado a una puerta abierta. Por suerte, caminaba muy despacio; si no, se hubiera caído al perder el apoyo.

Una brisa fría surgía desde el hueco. ¿Estaría de regreso en la entrada? No creía que hubiera dado la vuelta tan rápido y, además, debería haberse cruzado con el muchacho.

Después de un momento de aprensión, decidió investigar a qué se debía la brisa. Se prendió del marco de la entrada y metió la cabeza.

No se veía nada, pero sí había un olor en el aire que el frío no terminaba de aplacar. Se inclinó un poco más hacia delante, todavía sosteniéndose del marco y manteniendo el resto del cuerpo fuera. El olor era un poco dulzón, se parecía casi a…

Saltó hacia atrás y se cayó al piso. Se golpeó contra varios envases desparramados y su mano entró en contacto con algo líquido y pegajoso. Se apartó con asco, intentando no pensar en qué había tocado. Sobre todo, cuando reconoció el olor.

Le costó varios resbalones levantarse. Logró llegar hasta una pared. Estaba agitada y la sangre le retumbaba en los oídos. Tenía los ojos cerrados, aunque no era necesario.

Cuando se calmó un poco, respiró hondo y decidió regresar a la puerta principal. No quería cruzarse con nada de eso en la oscuridad, ¿quién podía saber cuántos cuerpos había? Esa sería la razón por la cual no habían encontrado a nadie, pero… No recordaba el olor. Tal vez hubiera sido alguno de los muchachos quien revisara esa parte y no reconociera ese tipo de hedor. La brisa tendría que provenir del exterior, debía de haber alguna otra puerta o ventana o algún otro tipo de abertura.

Trató de moverse lo más rápido posible hasta llegar a la entrada. Allí, reconoció el barril que habían dejado como punto de reencuentro y se sentó a un costado.

La oscuridad no menguaba y estaba harta de verla. Sentía desesperación por encender una luz, tal vez solo un poco del encendedor… No, habían conseguido uno solo y no sabía cuánta carga tendría. Por lo menos, se lo había quedado ella.

Intentó determinar el tiempo que pasaba contando, en pausas regulares, mentalmente; sin embargo, cada tanto, perdía la cuenta. ¿Cuánto aguardaría allí a que el muchacho apareciera? No habían convenido eso, solo acordaron que se moverían lo más rápido posible. No podía dejarlo solo, tampoco podía esperarlo demasiado. ¿Quién sabía cuánto tiempo le quedaba a su padre en aquella oscuridad?

Ambos VII

SABÍA QUE DEBÍA DORMIR, pero la tentación de encontrar aunque fuera una pequeña muestra de que la humanidad aún existía la mantenía despierta durante horas y horas. Se limpió el sudor del rostro con las manos sucias y trató de concentrarse. En la escuela, había tenido algunas materias técnicas, necesitaba recordar algo de eso.

Ella sabía sobrevivir, por su cuenta, en un campamento en las montañas. ¡Hasta había escalado una! ¿Por qué no lograba reparar una radio sencilla? No podía ser tan complicado, había encontrado una de las especificaciones entre los papeles varios de la casa, después de muchas horas de rebuscar por todos lados. No era, exactamente, el mismo modelo, pero ¿qué tan diferente podía ser? Por dentro, todas tendrían que trabajar de la misma manera. Estaba bastante segura de que las pilas que había encontrado todavía tenían algo de carga, solo necesitaba comprobarlo, solo un poco, solo un….

—¡¿Por qué no funciona?! —gritó exasperada y empujó todo lejos de sí. Fue a parar a la otra punta de la mesa y, por suerte, no se cayó.

Se levantó con rapidez y juntó todas las partes en el centro de la mesa. Hubiera sido una idiota si, por un momento de frustración, terminaba perdiendo su única oportunidad de saber algo del resto de los humanos. Estaba segura de que tenía que haber más, ella no podía ser la última. Era estadística pura: tenía que haber más, en lugares recónditos, tal vez.

Miró el montón de piezas en el centro de la mesa. Si lo observaba durante un largo rato, con los ojos entornados, casi llegaba a ver la forma en la que debía unir las partes. No obstante, no lograba encajarlas y tampoco estaba tan convencida de cómo se conectaban

entre sí.

Decidió revisar la casa otra vez y abrir los demás aparatos. Tal vez, podría entender cómo se conectaban los circuitos e, incluso, recuperar partes del televisor y reutilizarlas para la radio. Era un televisor de pantalla plana y esta estaba rota. Intentó abrirlo con varias pinzas. Cuando finalmente lo logró, también había conseguido un corte que iba desde el centro de su palma casi hasta el codo. Por fortuna, no era profundo, pero si llegaba a infectarse…

No podría ir a un hospital, no había ningún médico. Tendría que ser más cuidadosa si quería sobrevivir.

—Si quiero sobrevivir —musitó.

¡Por supuesto que quería sobrevivir! Aunque no podía hacerlo sola, de eso estaba segura. Lo lograría un tiempo, con las cosas que quedaran de la civilización; sin embargo, la comida se acabaría pronto. Sobre todo, si los invasores se quedaban con una parte, no sabía si para comerla o no; con más probabilidad, lo hacían para que los humanos no la tuvieran, debían de estar destruyéndola. Sin comida, sin electricidad, sin nada electrónico que sirviera y sin animales cerca para cazar, no quedaban muchas oportunidades de sobrevivir. Menos aún si no encontraba otros humanos. Aunque también corría el riesgo de que, si se cruzaba con otros, tuviera que competir y luchar por los recursos.

Finalmente, dejó los pedazos de la radio tranquilos. No tenía forma de arreglarla, no sabía hacerla funcionar, sería mejor si invirtiera su tiempo en encontrar una que sirviera. No había revisado todo el pueblo, tendría que hacerlo, no le quedaba más salida que realizar un rastrillaje lento y profundo de todas las casas, aun en los lugares que había evitado por el olor a descomposición. Se arriesgaba a enfermarse de algo, pero, si no encontraba cosas que le permitieran sobrevivir, se arriesgaba a mucho más.

Había analizado abandonar el pueblo y tratar de sobrevivir en el bosque con un campamento mínimo. Sin embargo, las pocas horas que había permanecido ahí le indicaron que no quedaban muchos animales comestibles y que, si quería sobrevivir, tendría que hacerlo a base de plantas o llevarse sus propias latas, las que escaseaba en el pueblo y no le durarían mucho.

Se sentó en un rincón de la habitación y se mesó los cabellos, frustrada. Estaba en la peor situación. No había anticipado quedarse tan sola. Siempre había sido independiente, pero había esperado, al menos, estar con su padre, tener otra persona con la cual intercambiar ideas.

No había encontrado a nadie después de aquellos muchachos. Permaneció en la estación de servicio varias horas, el muchacho no regresó ni tampoco la joven. Finalmente, decidió seguir hacia la casa

de su padre. Si bien caminaba cerca de la carretera, no se cruzó con ninguna otra persona ni a pie ni en un vehículo. Había tenido la suerte de encontrar una bicicleta tirada cerca de la ruta. Al principio, le había parecido sospechoso, así que la había observado a la distancia durante un tiempo antes de acercarse. No quedaban rastros de su dueño anterior. Prefería no pensar en lo que le habría sucedido. Por ese entonces, todavía no había visto a ningún extraterrestre ni los pocos videos que se habían logrado captar de ellos.

Para eso, pasarían otros dos días hasta que consiguiera una *tablet* en otra estación de servicio. Había quedado tirada en la mitad de un pasillo del minimercado, todavía le quedaba un poco de carga y alcanzó a ver unos pocos videos que habían sido grabados de la red; ya no tenía internet y no podía encontrar más. Sin embargo, los videos habían sido claros. En algunas partes del mundo, había luz, eso era una buena noticia, se alegró al ver que el sol seguía allí. Le dio esperanzas, iban a lograr salir de aquello. Así como la humanidad había sobrevivido a muchas cosas, lo haría también a esa, solo era cuestión de aguantar hasta que… Entonces fue cuando vio la figura borrosa que se movía entre los escombros. En el primer video, la figura aparecía solo unos segundos, no era posible discernirla bien. Tuvo que pausar varias veces para delinear su contorno y, por más que había intentado darle forma humana, tuvo que aceptar el hecho de que no lo fuera. Aun así, todavía tenía esperanzas; si ellos se mostraban, si aparecían, estaba la oportunidad de conversar, tal vez, de establecer una tregua. No tuvo mucho tiempo para pensar en eso, la batería se descargaba rápidamente y tenía que ver los siguientes videos antes de que se apagara la *tablet*. En el siguiente, una imagen similar masacraba a un grupo de humanos. Estos ni siquiera habían notado que se acercaba, no habían llegado a hacer nada para defenderse ni habían tenido la oportunidad de intentar huir. Sencillamente, habían sido aniquilados en unos segundos. Eso era todo. No hacía falta saber más. La primera señal que habían dado al tapar el sol y destruir la ciudad había sido clara, honesta. Al menos, había que admitir eso, no habían tratado de engañar a nadie, habían venido a destruir y lo hacían con suma eficiencia.

Dejó la *tablet* a un costado y se quedó sentada en el pasillo del minimercado un rato más antes de juntar fuerzas para seguir avanzando. Si hubiera sabido lo que venía a continuación, se hubiera tomado el tiempo de recoger la mayor cantidad posible de comida, todavía tenía la bicicleta.

Sin embargo, no sabía lo que pasaría; esperaba, inocentemente, encontrar una solución al llegar a la casa de su padre. Por la fecha que había visto en la *tablet*, solo habían pasado cuatro días desde que abandonara su hogar. Le pareció increíble, era poco tiempo, sentía que

había viajado durante muchos días en la oscuridad. No obstante, no podía estar segura de nada, la fecha y la hora dependían de la conexión a internet, ¿cómo saber cuánto hacía que no se actualizaba? Imposible conocer en qué día estaba o cuánto tiempo había pasado. Obviamente, lo habían hecho a propósito. Primero, destruir todas las ciudades y, a la vez, tambalear la esperanza de quienes no pueden ver el sol; y también desorientarlos y separarlos unos de otros para, finalmente, masacrarlos de a uno o en pequeños grupos.

La imagen de ese extraterrestre atacando a esas personas se repetía una y otra vez en su mente, hasta que ya no fue capaz de cerrar los ojos, ni siquiera para dormir unos minutos.

A las pocas horas, o así le pareció, de dejar el minimercado y la *tablet*, volvió la luz del sol. Apareció de un segundo a otro. La claridad era tal que tuvo que cerrar los ojos con fuerza, perdió el control de la bicicleta y se cayó sobre un lado.

Logró salir de debajo de la bicicleta con nada más grave que unos magullones. Sin embargo, la rueda delantera había girado y se había torcido: la bicicleta había quedado inservible. Después de patearla un rato para descargar su furia y quedar tirada en medio de la ruta, con los ojos cerrados, aún sin poder mirar de lleno al sol, se puso de pie de un salto.

Si la luz había regresado, entonces, en cualquier momento, aparecerían esas criaturas de los videos. Aunque, tal vez, ya hubieran estado desde el principio y eran las causantes de todas las desapariciones de humanos hasta el momento. Aunque parte de eso también podría haber sido obra de otro humano. Era difícil de adivinar y, a esa altura, un ejercicio inútil. Lo mejor era alejarse de la carretera y avanzar a través de los bosques.

ESE ERA EL ÚLTIMO BOSQUE del que salía y, frente a él, estaba el último poblado que tenía que visitar. Había terminado con los otros pueblos en tiempo récord. No por eficiencia, aunque aquello era a lo que aludía, sino porque quería un poco de tiempo para sí.

Lo primero que hizo fue visitar las tiendas de comida del lugar. Le llevó un tiempo llevarlo todo a uno de los edificios donde había decidido alojarse. Aquella tarea era prioritaria a encontrar humanos vivos en las inmediaciones: moverse rápido y dejarlos sin comida. Ya se había ocupado, durante el viaje, de matar o ahuyentar a todos los pequeños animales que vivían alrededor del pueblo.

Después, visitaría cada una de las edificaciones aún en pie para despojarlas de cualquier artefacto que pudiera utilizarse para

comunicación. En esa etapa, aprovecharía para acabar con los sobrevivientes que encontrara.

Por eso, no le había preocupado encontrar, al día siguiente, evidencia de que todavía había humanos allí. Estaba seguro de que no lo habían visto, la mayoría no lo hacían. Su capacidad visual era bastante limitada y, según los informes que había leído, en los últimos años habían perdido gran parte de su visión de lejos. Esto le permitía acercarse a ellos para observarlos un poco más de cerca. Eran figuras muy endebles; en cierta forma, le sorprendía que se hubieran convertido en la raza dominante de este planeta. Obviamente, habían aprendido a utilizar herramientas mucho antes que cualquier otra y obtenido una gran ventaja frente a ellas. Sin embargo, sin ninguna competencia real, se habían estancado. La tecnología estaba bastante por detrás de la que habían encontrado en mundos similares. Solo habían bastado unos cuantos pulsos desde las naves y llevar el equipamiento básico a cada pueblo para interrumpir todo tipo de comunicación.

En cierta forma, agradecía ese poco avance, facilitaba la tediosa tarea de retirar todos los instrumentos que pudieran serles útiles: no tenían casi nada.

La primera fase de la invasión terminaría en breve; tal vez, antes de la semana estipulada…, y entonces él no tendría tiempo para sí.

Decidió dejar de lado a esos humanos y ocuparse de ellos después, más tarde. De todas maneras, no había nada que pudieran hacer para cambiar su situación. Si no estaban allí cuando él fuera a buscarlos, algún otro soldado los interceptaría en el pueblo siguiente o en alguno de los cuantos caminos que llevaban a las ciudades ahora destruidas.

Extraterrestres IV

HABRÍA SIDO MÁS FÁCIL si hubiera matado al niño la primera vez que lo vio. Había confiado en que se moriría solo, de hambre, de sed o de cualquier accidente. Sin embargo, cuando volvió al supermercado, dos días después, todavía andaba por los pasillos. Había algunas mamaderas esparcidas por el local. El viejo, probablemente, había dejado bastantes provisiones cerca del niño y era obvio que este sabía cómo comer por su cuenta, o se había dado maña. Uno se da maña para muchas cosas cuando siente que es la única forma de sobrevivir. El olor que desprendía era fuerte, mucho peor que el de cualquier humano adulto que había sentido hasta ese momento; tal vez, ese era uno de sus mecanismos de defensa.

Si lo hubiera matado antes, podría haber dicho que lo confundió, que no notó que era un niño. Ahora ya no podía utilizar esa excusa, había tenido suficiente tiempo para determinar lo que era y actuar en consecuencia. Tendría que haberlo despachado con rapidez y olvidar el asunto. ¿Qué importaba si sus hediondos genes terminaban siendo parte del siguiente *upgrade* a los soldados? Ya tenían tantos genes extraños dentro que, a veces, pensaba que no pertenecía a su propia raza ni a cualquier otra.

Lo observó en uno de los pasillos, estaba jugando con unas latas en el piso. Le costaba empujarlas de un lado a otro, pero parecía divertirle.

De pronto, se quedó quieto, tieso, como si hubiera escuchado algo.

Él no había hecho ningún ruido, de eso estaba seguro. Sabía cómo acercarse con sigilo a cualquier animal. Sin embargo, el niño se volvió hacia él con gran precisión y sonrió.

«Maldición».

El niño era demasiado bueno para detectar protectores, porque eso era lo que pensaba de él, ya estaba corriendo otra vez hacia su encuentro, con sus delgadas extremidades que se apoyaban con torpeza en el piso.

Él extrajo un puñal del cinto. Debía ser preciso, no podía dejar que se muriera con demasiada rapidez, los recolectores debían encontrarlo moribundo. Ellos eran quienes decidían, luego de unos rápidos análisis, si lo terminaban de matar o si se lo llevaban vivo a la nave.

La carne era tan tierna que el puñal casi se le fue demasiado, pero pudo parar a tiempo. Todavía oía los gorgoteos cuando lo dejó en la zona de recolección.

Ahora estaba solo en el pueblo, no tenía más excusas para quedarse que no fuera terminar de recolectar las comidas o los objetos electrónicos que pudieran ser utilizados por algún otro humano que pasara por allí. Las normas solo le permitían permanecer un día para verificar si, en los perímetros, aparecía alguna actividad indígena antes de avanzar a la siguiente zona o regresar a la nave.

Trató de no pensar en eso. Todavía había una chance de que le llegara el mensaje que estaba esperando. Podía hacer un solo intento, necesitaba hacerlo.

Al final del día siguiente, no había recibido la comunicación. Estaba casi resignado, pero también furioso. No habría otra oportunidad hasta la próxima invasión. Tal vez durante las cacerías, pero era mucho más difícil entonces. Todas las castas estarían en el planeta en ese momento y era improbable que se juntaran solo los soldados, alejados de cualquier otro que quisiera escucharlos. Y ni hablar de los drones, que eran unos compañeros constantes en cualquier lugar donde ellos estuvieran, ya fuera un planeta o en la nave. Observó la pantalla, no había novedades del comandante ni ningún otro mensaje irrelevante; justamente, eso era lo que estaba esperando.

Decidió hacer otra pasada al pueblo, siempre dejaba algo para recogerlo después, algo pequeño, algo que no sirviera para mucho a cualquier humano que lo encontrara, pero que fuera una excusa para permanecer un poco más de tiempo.

Fue entonces cuando la vio. Era la primera vez que se sentía feliz de encontrar a una de las especies invadidas. No exaltado, como en las primeras invasiones, ese sentimiento había menguado con las diferentes batallas y matanzas, todavía más cuando había comenzado a moderarse, a tomar el control de sus impulsos. Ahora podía distinguir mejor entre las emociones y los sentimientos, y sabía que lo que sentía en ese momento era una mezcla de felicidad y alivio. Tenía un poco más de tiempo en ese lugar, solo debía lograr que aquella

humana durara un poco más que los demás. Esperaba que fuera de las que peleaban, las que todavía tenían esperanzas. Por la forma en la que se movía, así lo parecía. No arrastraba los pies, no encorvaba la espalda y miraba al horizonte y a veces al cielo, se quedaba bastante tiempo mirando al cielo. Tal vez temía que volvieran a ocultar al sol. Eso solo se hacía en la etapa inicial; para el resto, era mejor tener luz. Su visión, si bien era mejor que la de los humanos o el resto de su especie, no era tan perfecta de noche como de día. Además, hacía tiempo que habían detectado que las razas eran más imprudentes a la luz del día, se aventuraban con más frecuencia fuera de sus escondites; eso hacía la limpieza más fácil y más rápida para ellos.

Aunque, personalmente, a él no le hubiera molestado que taparan el sol un poco más, era demasiado fuerte en la zona que le habían asignado. Todavía no tenía la suficiente antigüedad para que le permitieran elegir dónde quería hacer la limpieza.

«Y si no empiezan a crear más niños y no mueren más adultos, nunca tendré esa antigüedad».

Ese era otro de los temas que causaban más molestias entre los soldados y, según habían oído, entre las demás castas también. Los decesos eran tan pocos entre los adultos (y siempre se encontraban técnicas para extender las vidas unos años más) que eran muy pocos los niños que se criaban. Era mejor mantener una población estable, si no, tendrían que realizar una limpieza cada vez que debían volver a ocupar las naves. Todavía recordaba la vez que habían tenido que dejar el primer planeta que habían tomado, se habían relajado, lo habían consumido mucho más rápido que su hogar y la población se había expandido tanto que ya no entraba en las naves disponibles. Se necesitaban construir demasiadas para trasladarlos a todos y eso no era eficiente, a ellos les gustaba la eficiencia. Entonces, se había decidido hacer una limpieza interna. Contrario a lo que muchos habían esperado, no fueron los más viejos los primeros en irse. Desde entonces, se había controlado cada vez más la procreación en los nuevos mundos hasta llegar a las normas actuales. Según estas, ya casi no se creaban nuevos niños en ninguna ocasión, eran siempre los mismos, una y otra vez, hasta que apareciera una vacante.

Y, sin embargo, no quería dejar de existir. Por eso se cuidaba tanto, no quería estar fuera de las normas, no quería quedar fuera de las regulaciones ni tampoco llamar la atención de ninguna otra manera. Ya le había sucedido al principio, cuando había comenzado su carrera de soldado. Poco después de las primeras invasiones fue cuando realmente modificaron genéticamente a los soldados. Antes, eran solo algunos toques dentro de sus propios genes. Sin embargo, una de las últimas especies poseía tecnología de trasplante genético y los planificadores prácticamente enloquecieron con ella. Comenzaron

a experimentar con todo tipo de injertos. Esa fue la época en la cual se perdieron más soldados. No por ninguna amenaza externa, sino por sus propios científicos, que no dejaban de experimentar para crear el soldado más avanzado y eficiente que se pudiera lograr.

Se miró las piernas, no recordaba cómo era tener piernas normales, esas largas y angulosas que todavía veía en otras partes de la nave, esas que tenían pies con dedos al final, a ambos lados. Ahora eran garras que no le permitían colocarse nunca un calzado. Le habían dicho que no era necesario, que ellos no sufrían las inclemencias del tiempo. No obstante, él a veces creía sentir frío en los pies y que se le clavaban algunas piedras. Era cierto que no les dejaban muchas marcas y se recuperaban con rapidez, pero él, en ocasiones, añoraba vestir algo más que un pantalón corto y una remera ajustada.

Sus brazos también habían sido modificados, ahora eran mucho más gruesos que los originales de su raza. Después de conocer tantas, sabía que la suya era una raza elegante, alta y con extremidades largas y angostas, tenía un caminar ondulante. O, al menos, lo había tenido, ahora era tan pesado que apenas se podía mover con gracia. Podía ver cómo lo señalaban cuando se trasladaba por otras zonas de la nave. Ninguna de las demás castas había cambiado tanto de aspecto como los soldados. Por lo menos, no tanto en la dirección contraria a la que era normal para su especie.

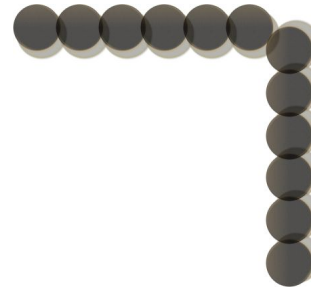
Aunque se rumoreaba que los planificadores hacía tiempo que habían dejado de tener un cuerpo. Algunos decían que no eran más que cerebros en tanques, otros que eran una masa amorfa que reunía a todos los cerebros en el mismo lugar, intercomunicados. No le extrañaría que fuera así, siempre estaban de acuerdo en todo, actuaban como una sola voz desde hacía siglos. Al principio, había diferencias de opiniones entre ellos, entre toda la población. Con el tiempo, se volvieron más callados, más dóciles, más enfocados en solo su propio objetivo de vida. Y ya nadie se salía de ellos.

Antes de esta misión, había intentado averiguar sobre un cambio de casta, de formas indirectas. No era bueno mostrar que uno estaba interesado en un cambio, no era algo que se promovía. Cuando se enteró que había pasado más de medio siglo desde la última vez que alguien había cambiado de la casta asignada, había dejado de preguntar.

Estaba de regreso en la casa que había tomado, de pie frente a un espejo. A los humanos parecía gustarles mucho mirarse en ellos una y otra vez, estaba lleno de espejos por todo ese pueblo y todas las ciudades que había conocido. No eran una raza desagradable, pero tampoco tenían nada especial. Por lo menos, no creía que pudieran agregarle nada asqueroso a su propia fisonomía, no poseían ninguna característica que no hubieran visto en otras razas y, en algunas,

mucho más exageradas.

Se miró un poco más el cuerpo, sin dejar de pensar qué podrían llegar a modificar, y luego apartó la mirada. No tenía importancia, no podría evitarlo de ninguna manera. Sin embargo, creía, fervientemente, que no había nada más que agregar, no se podía pedir más perfección a ese cuerpo; ya era perfecto para su tarea y deberían dejarlo estar. Tal vez, deberían focalizarse en otra de las castas o lograr alguna innovación en las construcciones, estaba cansado de ver, una y otra vez, las mismas casas en cada planeta que tomaban. Era cierto que daban continuidad a la especie, pero también le aburrían.



Ambos VIII

LIMPIÓ LA MESA y se dedicó a catalogar todo lo que tenía y que le podía resultar de utilidad. Hacer una lista la tranquilizó, le dejaba pensar que todavía tenía algún tipo de control sobre lo que estaba sucediendo. Agrupó las cosas en la mesa por categoría. No se molestó en pensar en la comida, era tan poco lo que quedaba y lo revisaba tantas veces que no necesitaba mirarlo de vuelta.

El sector armas era el más abundante: tenía una pistola con casi todas las balas, un rifle solo con una, un puñal y una pequeña hacha que estaba un poco suelta. Aún tenía el encendedor, que había comenzado a fallar un poco últimamente, pero estaba segura de que le quedaba bastante carga para unos días más y luego…

«Y luego tiene que aparecer algún humano. ¡Por favor! No puedo creer que sea la única».

Había pensado lo mismo cuando había visitado su pueblo natal y había encontrado otros humanos, solo dos, pero era mejor que estar sola. No había reconocido a ninguno, se habrían mudado al pueblo después de que ella se había ido. Aunque tampoco parecían conocerse entre ellos. Se trataba de una mujer mayor que ella y otro muchacho, casi de la misma edad del que había conocido en el camino (ya casi podía pensar en él sin escuchar sus últimos gritos más que un par de veces).

Ella había terminado de enterrar a su padre y revisar su casa cuando encontró a la mujer en uno de los viajes al pueblo. Estaba sentada a la puerta del supermercado, tenía la cabeza gacha y, en un primer momento, Grace pensó que ya no estaba viva. Sin embargo, levantó la cabeza cuando ella se acercó. Su rostro no expresaba nada.

Eso la animó a aproximarse más. Siempre cabía la posibilidad de

que estallara en una furia repentina, aunque lo más probable era que permaneciera en calma, por lo menos, hasta que comenzaran a hablar o hasta que se imaginara las intenciones que podría tener ella…

Ralentizó el paso. Se acercó poco a poco y, al final, decidió sentarse a su lado. Estaba pensando en cómo empezar una conversación cuando la mujer dijo por lo bajo:

—No queda nadie.

Ella asintió.

—Toda mi vida en el pueblo, siempre supe que moriría aquí, pero… —alzó ambas manos con las palmas hacia arriba y se encogió de hombros— ¿así? ¿Alguna vez oyó hablar de ese libro… el de la radio…? No, tal vez no, es demasiado joven.

—Sí, leí el libro y vi una de las películas.

La mujer parecía complacida.

—Más gente debería hacerlo; tal vez, si lo hubieran hecho, esto se podría haber prevenido.

Ella apretó los labios. Estaba segura de que no había forma de prevenir algo como aquello. Si una cultura extraterrestre es lo bastante avanzada como para trasladarse por el espacio, lo más probable es que fuera imposible resistírsele. ¿Qué se podía prevenir? Habría que haber expandido el programa espacial, pero hacía años que no le importaba a ningún país. No había necesidad de buscar fuera cuando todavía había tantas cosas por las cuales pelearse dentro de este mundo.

—¿Sabes? —continúo la mujer—, cuando ocultaron el sol, creímos que… Mi marido estaba seguro, por eso nos había alegrado tanto que regresara. —Se volvió a mirarla por primera vez—. Pero cuando volvió la luz, todo lo que vimos fue la gente que faltaba. ¿A dónde habían ido? Ni siquiera quedaban los cuerpos —le tembló la voz—, y luego los vimos a ellos, de día, no les afectaba el sol.

—Creo que todos pensamos lo mismo —se animó a decir ella—, y algunos todavía estamos aquí. No podemos ser los únicos, habrá otros, solo tenemos que reunirnos, juntar fuerzas y planificar la siguiente tarea.

—¿Para qué?

—¿Para qué? —Se sorprendió ella—. Para sobrevivir, ¿qué más?

—¿Sobrevivir cómo? —La mujer seguía calmada, pero ella ya se estaba preparando—. Si no nos matan a todos, probablemente, nos esclavicen. No —negó con la cabeza—, ya todo se terminó. Pasó demasiado tiempo para que haya un contraataque. Si no lo hizo ningún país hasta ahora, no lo harán más.

—No lo podemos saber —insistió ella—, las comunicaciones se perdieron…

—No todas —dijo la mujer—, mi marido trabajaba como

seguridad en la ONU y por eso sé que todos los países están igual. Ninguno llegó a reaccionar ni sabe cómo hacerlo. —Suspiró—. Fue lo último que supimos antes de que se perdieran esas comunicaciones también. No va a venir a rescatarnos nadie. Solo nos queda elegir cómo irnos.

Ella ya comenzaba a sentirse incómoda con la conversación.

—Creo que no nos podemos dar por vencidos todavía.

—¿Es del pueblo?

—Nací y crecí acá…

—Pero luego se fue —la mujer asintió como si fuera una historia que hubiera escuchado varias veces—, lamento que no haya encontrado a su familia.

—¿Cómo sabe…?

—Se le ve en la cara, aunque ahora que la miro bien… —hizo una pausa y ladeó la cabeza—, creo que *sí* la encontró, pero no como esperaba.

—No creo que sea el momento de rendirse aún —murmuró con énfasis.

La mujer se levantó.

—Rendirse o no no es realmente la elección. Ya sabemos el final. Solo podemos elegir cómo llegamos a él. —Sonrió—. Estoy feliz de que esté aquí, ¿sabe? —Sacó un arma del bolsillo y ella se tensó y se echó hacia atrás—. Yo no estaba segura de cómo hacerlo, nunca usé una de estas, tal vez usted…

Ella se echó todavía más hacia atrás.

—¿Me está pidiendo…?

—No es mucho, en realidad —la mujer sonrió más y le tendió el arma—, solo un pequeño empujón, yo ya tomé la decisión. Usted puede quedarse con el arma después, puede quedarse con lo que quiera.

Ella miró el arma en las manos de la mujer.

—No…, no puedo…

—¿Usted tampoco nunca disparó?

—Yo no… eh…

—¡Lo haré yo! —dijo la voz de un hombre que apareció de repente y tomó el arma que tendía la mujer.

Antes de que ninguna de las dos pudiera reaccionar, le dio un tiro en la frente.

Grace reaccionó poco después, cuando ya el cuerpo había caído al suelo. Se levantó de un salto y retrocedió, pero se tropezó y cayó. El hombre la miraba con los ojos desorbitados, el arma le temblaba en la mano.

—¿Usted también quiere?

Ella negó con la cabeza mientras retrocedía arrastrándose por el

piso.

El hombre se encogió de hombros.

—Mejor, más balas para mí.

Se guardó el arma en el bolsillo y se alejó con andar tranquilo.

Ella se demoró un poco más.

ELLA ESTABA CAVANDO UNA ZANJA alrededor de la casa. ¿Para qué lo hacía? Era una actividad que le generaba bastante curiosidad, no encontraba la razón. ¿Acaso creía que podría mantenerlo a él fuera con un pequeño agujero en el piso? No, no podía ser tan tonta; al menos, no lo esperaba, quería que esa mujer durara más que esos dos hombres. Necesitaba unos días de tranquilidad antes de tener que regresar a la nave.

La observó rebuscar en los huecos. ¿Los habitantes anteriores de esa casa habrían enterrado algo por allí? ¿Cómo se enteró? ¿Los conocía? ¿Sería pariente? Hacía tiempo que no tenía tantas preguntas en la cabeza sin respuestas y decidió analizar un poco más. Ella era bastante metódica con los agujeros, pero, de repente, hacía uno a una distancia extraña del anterior. ¿Qué buscaba? Revisó en su pantalla y verificó entre las señales que venían por debajo de la tierra: no había más que microbios, pequeños insectos y los cimientos corroídos de la casa. Nada que pudiera ser de interés, excepto…

Agrandó el sector sur de la imagen. No muy lejos de donde ella estaba excavando, había un animal más grande. No estaba seguro de qué tipo, los sensores tenían limitaciones para penetrar en esa zona, esa barrida la haría el siguiente equipo de limpieza. Pero eso no era importante, lo importante era que ahora sabía qué era lo que ella buscaba: comida.

Se alejó. Eso estaba bien. Si todavía tenía interés por sobrevivir, se quedaría por allí un rato más; tal vez, incluso sin molestarlo. Estaría más preocupada por conseguir sustento y, probablemente, fuera al pueblo a buscar algún electrónico que le sirviera. No hallaría nada.

Ya se había retirado varios metros cuando oyó el grito. Se dio vuelta y no la vio. Sacó la pantalla. Ella se había caído al pozo, una de sus paredes había cedido y ella había resbalado dentro. La observó encogida contra el suelo de la zanja, se apretaba la pierna contra el pecho y estaba inmóvil.

«No, no puede…».

Esperó varios minutos, hasta que la vio moverse.

Suspiró.

Esperó unos instantes más, pero ella no hacía ningún intento por

ponerse de pie. Él regresó unos pasos, siempre mirando la pantalla. Ella no se movía más. Encendió los sensores secundarios. La información mostraba que ella seguía viva, pero tenía rotos un par de huesos. Eso no era bueno, no encontraría dónde ajustarlos y tardarían un tiempo en curarse por sí solos. Como fuera, no podría salir de la zanja por su cuenta.

Aquello no era una buena opción: si ella estaba atrapada allí, no podría justificar su inoperancia. Tal vez durante un día o dos, pero luego sería extraño que no hiciera nada con una presa tan fácil. Calculó las posibilidades de que la encontraran, de que los suyos determinaran cuánto tiempo permanecía ahí y le cuestionaran su falta de acción. Creía que podría resistir unos días; por el detalle de sus heridas, ella también podría soportar unas jornadas. No era tanto, podía dejarla allí y regresar cuando tuviera que terminar con el asunto.

Se dio la vuelta otra vez y se alejó. Ya estaba cerca de su casa cuando vio los drones en el cielo.

«Maldición».

Harían un control del pueblo. Esas cosas eran al azar y hacía varios milenios que no le tocaba ninguna de las revisiones aleatorias. ¿Debía estar preocupado?

Décadas atrás, hubiera pensado que dudaban de él. Eso podría significar reacondicionamiento y sería más difícil demostrar su posición si le había dado la espalda a esa oportunidad de exterminar a una presa.

El dron se dirigía al centro de la ciudad. Si se apresuraba, tenía tiempo para correr de regreso a la casa de la humana. Tendría unos minutos para arreglar ese problema. Se guardó la pantalla en el bolso a la espalda y salió disparado en cuatro patas, a máxima velocidad.

Ella seguía en la zanja, estaba inconsciente. Él bajó con cautela y la subió de regreso a la casa. Allí le curó los huesos rotos y la dejó acostada en el piso. Despertaría en seguida luego de la curación o, tal vez, le llevaría unos minutos. Era difícil de saber, era la primera vez que utilizaba esa tecnología en humanos. Solo lo había hecho al mínimo, no quería que quedaran rastros en una inspección superficial, nunca pasaría una exhaustiva.

Luego regresó a la zanja y encontró al animal. Primero pensó en dejarlo muerto allí nomás, pero el dron podría interpretar que él había estado ahí y solo mató a uno. Así que se decantó por la otra opción.

El dron ya no estaba en el pueblo, debía de estar por los alrededores.

Ingresó a su casa y esperó. Se quedó varias horas mirando la pantalla, preguntándose qué sucedería.

Humanos IV

CUANDO COMENZÓ A CABECEAR, decidió que ya no esperaría más. Era obvio que el muchacho se había ido o se había perdido o que lo que fuera que le había pasado a las otras personas y a la muchacha le había ocurrido también a él. No podía perder más tiempo, le quedaba muy poco, de eso estaba segura.

Seguía oscuro a su alrededor y no se animaba a prender el encendedor todavía, no tan cerca de la estación. Se levantó, tenía las piernas acalambradas. Obviamente, había permanecido allí mucho más tiempo del que había pretendido. Estiró las piernas hasta que pudo caminar con comodidad y arrancó a un ritmo apresurado.

Estaba bastante segura de haber dejado a su espalda la estación y avanzar en línea recta. Si no era así, esperaba, al menos, hacer un círculo lo bastante grande como para, aun así, alejarse de la estación y acercarse a la carretera. La primera vez, habían dejado unos signos que les permitieron regresar a ella, pero ya no los recordaba.

Chocó de frente contra algo inamovible y cayó de espaldas. Se golpeó la cabeza contra el piso y estuvo a punto de perder el conocimiento. Avanzó a cuatro patas hasta el lugar donde se había golpeado y tanteó con un poco de miedo al principio y luego más relajada; era un árbol. Suspiró.

Se levantó utilizando el árbol como apoyo y caminó con un poco más de lentitud y ambos brazos hacia delante. A los pocos pasos, encontró otro árbol. Esa vez, sus manos lo sintieron primero y no resultó muy fuerte el golpe. Caminó un poco más y ahí había otro, y luego una piedra. Por suerte, eso indicaba que se había alejado de la estación de servicio, pero no sabía si estaba caminando hasta la carretera o si estaba yendo en paralelo o, peor, la había cruzado sin

darse cuenta.

Tal vez, debería prender el encendedor por un segundo, para ver un instante, tener una mínima seguridad del lugar hacia el cual se dirigía.

Al llegar al siguiente árbol, buscó entre sus ropas e inspiró profundamente antes de encenderlo y mirar alrededor. Lo primero que vio fue una sombra hacia su izquierda que se movió demasiado rápido para determinar qué era.

Apagó el encendedor.

«¿Qué fue eso?».

Podría haber sido un animal, pero estaba segura de que tenía, al menos, su misma estatura. Se aferró al árbol. A esa altura, era solo tronco, casi liso, no podría subirse a él. Y, a lo mejor, tampoco le convenía. ¿Y si después no podía bajar? Aguardó un poco, de cara al árbol, tensa, esperando un ataque en cualquier momento.

No llegó nada más que un ruido sordo a la distancia. Parte de su mente lo reconoció como un grito apagado casi antes de que naciera, pero no estaba segura. ¿Podría ser el muchacho? Tal vez estaba buscándola, tal vez ella había desistido demasiado rápido. Aguardó un poco más, esperando que aparecieran ruidos de pasos, pero el silencio crecía cada vez más.

No, no podía quedarse ahí. No tenía forma de saber si lo que había visto era real o no. Aunque, si lo era, había tantas posibilidades de que fuera el muchacho como de que fuera algo más. Decidió tomar un riesgo diferente y caminar casi al trote para alejarse. Tenía la suficiente práctica como para no hacer ruido a esa velocidad. Lo único que se interponía en su camino eran los árboles. Se mordía la lengua cada vez que se llevaba uno por delante, hasta que no hubo otro más y una elevación en el terreno le hizo caer de cara al suelo. Se raspó las manos y la mejilla.

«¡Es asfalto!».

Sí. Por fin, había llegado a la carretera. Trató de tranquilizarse y determinar hacia cuál lado debía caminar. ¿Desde cuál había venido, a cuál iban cuando se desviaron hacia la estación? Habían encontrado un cartel entonces…, uno que les había hecho pensar…

Cerró los ojos para concentrarse. Era una costumbre difícil de evitar. Inclinó la cabeza. Estaba bastante segura de que debía ir hacia la izquierda. Sin embargo, no podía equivocarse. Esperó unos segundos mientras la imagen aparecía en su mente, pero justo cuando comenzaba a tomar forma el recuerdo, un grito agudo rompió la oscuridad.

Era el muchacho.

El ruido se repitió y ella decidió correr en la dirección opuesta. Corrió hasta que las piernas se le vencieron y volvió a caer sobre el

pavimento. Aún entonces, intentó avanzar en cuatro patas, quería alejarse lo más posible de aquel grito, sabía muy bien lo que significaba que se hubiera cortado de forma tan drástica.

Debería haberlo esperado. Golpeó el asfalto con las manos por más que le hiciera daño.

«Tal vez debería haberme que…».

No, le dijo otra parte de su mente. Si se hubiera quedado, hubiera compartido el mismo destino.

Al principio, le había llamado la atención que, de repente, dejaran verse con tanta facilidad, que dejaran escucharse…, hasta que vio cómo mataban. Era asqueroso. Mucho peor que todas las armas que habían lanzado contra el mundo a su llegada.

Se mordió el labio.

Apenas podía creer que, de eso, hacía solo una semana; tal vez, un poco más, pero no mucho. Habían bastado unos cuantos días para que lo destrozaran todo. ¿Cuántos humanos habrían sobrevivido? Sabía que tenía que haber más, que tenían que estar organizándose. Siempre había sobrevivientes y ella esperaba estar entre ellos; preferentemente, entre los que fueran libres. No creía que quisieran exterminarlos a todos, ¿para qué? Tampoco sería tan fácil. Había tantos recovecos en el mundo… Y el ser humano los conocía todos.

No podía dejar de ver en su mente las imágenes de la *tablet*. Aunque estas no tuvieran sonido, ella escuchaba una y otra vez el grito del muchacho mientras corría por la carretera completamente a oscuras. Se había caído varias y se había vuelto a levantar. Ya no podía recordar todo lo que le dolía: se había raspado manos y piernas y también el costado derecho de la cara, le costaba un poco abrir el ojo de ese lado. No obstante, no podía calcular cuánto veía, ya que todo seguía oscuro. Sin embargo, no le quedaba más opción que seguir corriendo y rogar no haber cambiado de rumbo en alguna de todas las caídas que había sufrido.

En algún momento, en una de esas ocasiones, estuvo demasiado cansada para volver a levantarse, así que se quedó allí.

Cuando volvió a despertarse, era de día.

¡De día!

Trató de incorporarse de un salto, pero perdió el equilibrio y sintió cómo se le doblaba la muñeca cuando cayó hacia atrás, sentada sobre el pavimento. Por suerte, no se la rompió, conocía ese dolor y no era el que estaba sufriendo en ese momento. Sí le punzaba la vista. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza y cubrirse la cara con los brazos para evitar que la luz le diera en el rostro.

Bastaban solo unos días de ausencia para que el sol le recordara a

las personas su verdadera potencia. Tan acostumbrado estaba uno a verlo todos los días que muchas veces no pensaba en su fuerza.

Poco a poco, logró abrir los ojos y mirar alrededor.

El sol no estaba muy caliente, así que no tendría que haber pasado mucho tiempo. Estaban al comienzo del otoño cuando ellos aparecieron.

Alzó la vista para mirar el cielo, tenía miedo de lo que encontraría allí, de lo que podría haberle ocurrido…

—Azul —susurró.

Era un cielo azul y despejado. No tenía nada de raro. El sol todavía estaba lejos de la mitad de su recorrido, así que debía de ser de mañana, todavía estaba la posibilidad de que calentara un poco más a lo largo del día.

Se frotó los brazos y, con lentitud, se levantó para estirar las piernas. Aunque estaba dolorida, el sol la hacía sentir mejor.

El cielo estaba vacío de naves, tal vez, se habían colocado en otra posición o se habían ido a visitar otra ciudad. No podía saber qué tan lejos estaba de la que había dejado.

Escudriñó alrededor, la carretera no era nada más que ruta vacía y árboles a ambos lados. No había un solo cartel. Tendría que seguir avanzando hasta encontrar uno. Miró hacia ambas direcciones de la ruta.

—¡Maldición! —gruñó y se golpeó en ambos muslos, aunque se arrepintió el momento, le dolían tanto las piernas como las manos.

Al girarse para ver alrededor, había perdido la dirección en la cual se había levantado. Ahora no sabía hacia dónde debía ir.

Se llevó la mano a la cabeza y se mesó los cabellos, la respiración se le había comenzado a agitar otra vez.

«No. Tengo que calmarme. Si no lo hago, no lograré salir de esto y ya sobreviví a demasiado como para darme por vencida ahora».

Suspiró y volvió a observar el cielo, tenía que haber algo que reconociera, que la guiara en la dirección correcta, había estrellas que se distinguían incluso de día, solo había que saber dónde buscar.

Decidió alejarse de la carretera y estudiar el cielo echada en el suelo. Sintió que se dormitaba, en algún momento, pero fue entonces cuando detectó dónde estaba la estrella que la guiaría al norte, justo cuando escuchaba la voz de su padre explicárselo. Lo había hecho durante una semana, todos los días, antes de dejarla sola, una noche, en un campamento; a la espera de que ella volviera por su cuenta, sin más guía que las estrellas.

Se despabiló y entornó los ojos. No lo había soñado, ahí estaba.

«Y si esa estrella estaba allí, entonces…».

Se levantó con más ímpetu que la anterior vez y se puso a murmurar por lo bajo mientras hacía cálculos.

Poco después, ya sabía en qué dirección debía ir.

Caminó con rapidez al principio, pero la respiración agitada a los pocos minutos le dijo que debía reducir un poco la marcha si quería avanzar más durante el día. Además, necesitaba estar atenta a su entorno para ver si encontraba algo de comida. Había perdido todas las conservas que habían logrado obtener en la estación de servicio y no le quedaba ni la mochila con la que había salido de su casa. Se palpó el bolsillo, todavía tenía el encendedor.

Pasaron horas y horas y no encontró nada a los lados de la ruta. Pasado el mediodía, no le quedó más opción que internarse en el bosque para buscar algo de comer y descansar un poco, no creía que encontrara agua. No halló ningún animal, solo algunas frutas silvestres que consiguieron que le diera más hambre.

Cuando ya se estaba quedando dormida otra vez, se obligó a sí misma a levantarse y seguir avanzando.

Al anochecer, encontró un cartel. Se recostó sobre él y sonrió. Había caminado en la dirección correcta. Después de todo lo sucedido, había llegado a unos cuantos kilómetros del pueblo de su niñez. Podía seguir avanzando durante la noche, ya dormiría mejor cuando llegara a su casa. Sería más seguro allí, con su padre.

A medida que el sol desaparecía, se alejaba más del borde de la carretera. Si el sol había regresado, tal vez también se podrían utilizar otra vez los aparatos electrónicos y no quería que un automovilista apurado terminara con todos sus esfuerzos. Si bien, por más que ya hacía horas que había vuelto la claridad, todo seguía tan en silencio como cuando estaba a oscuras.

En general, no le molestaba la soledad, pero esto ya era demasiado. Necesitaba escuchar algún otro ruido que no fuera su propia respiración o alguna que otra brisa.

Sin embargo, el cansancio la venció y tuvo que retirarse a dormir. Se acurrucó contra un árbol después de que no lograr treparse a él y se cubrió como pudo. No estaba muy fresco, pero le daba miedo que la vieran.

Se durmió al instante y, cuando se despertó, no estaba sola.

Ambos IX

ÉL YA ESTABA DISPUESTO a dejar ese pueblo cuando la vio por primera vez. Al principio, supuso que no duraría mucho, estaba herida. Sin embargo, en una segunda mirada, notó la expresión de su rostro. Había aprendido a verla en otros humanos: era de esas testarudas que trataba de sobrevivir sin importar las posibilidades.

Suspiró. Tendría que quedarse hasta que acabara con ella también. Tal vez, le daría unos días; a lo mejor, sus heridas eran lo bastante graves como para que muriera sola. Se estaba cansando de matar a los habitantes de este mundo en particular.

En general, se aburría en algún momento, le pasaba en todos los mundos. No obstante, en este, le sucedió con mucha rapidez. Los humanos no eran muy resistentes, sus cuerpos no eran los mejores y sus mentes, tampoco. Aun así, sorprendía la rapidez con la cual se adaptaban y la tenacidad con la que se aferraban a la vida y a este planeta.

POR SUPUESTO QUE SABÍA que era probable que hubiera uno allí; después de todo, alguien había masacrado a todos los humanos de ese pueblo, ¿no?

«No a papá…».

Apartó ese pensamiento de su mente. No podía recordar aquello todavía.

Además, ahora estaba en otro pueblo. Y no estaba sola. El problema era que el otro habitante era uno de los extraterrestres. No

había podido verlo muy bien, pero estaba segura; ya había visto suficientes imágenes y, una vez, había visto otro a la distancia. Claro que había huido en la dirección contraria; por suerte, hacia donde quería ir.

No tenía dudas: era una de esas criaturas. Sus opciones eran quedarse en el pueblo y luchar contra ella o recoger todo lo que le fuera de utilidad y huir. Después de ver cómo mataban esas cosas, era poco probable que pudiera ganarle. Lo mejor era tomar lo necesario e irse, pero estaba cansada, necesitaba descansar bajo un techo un tiempo, utilizar un baño.

Estaba segura de que él la había visto, pero no la había atacado aún. Tenía la esperanza de que no lo hiciera durante un tiempo, ella no era una amenaza. Solo necesitaba un poco de tiempo para determinar qué hacer.

Decidió regresar a la casa que había elegido utilizar si no encontraba nada mejor, estaba bastante alejada del centro del pueblo y podía ver mejor si alguien se aproximaba, aunque no desde todas las direcciones. La puerta trasera estaba tapiada. Con todo, esperaba que fuera mejor de vigilar que otros edificios.

LA VOLVIÓ A VER en su segundo viaje por las tiendas del pueblo, ella estaba buscando provisiones, encontraría unas pocas. Él se había preocupado de dejar las suficientes como para que cualquier humano se sintiera seguro durante un momento; lo bastante para que él pudiera acorralarlo allí.

La observó. Cojeaba, pero caminaba un poco más erguida que el día anterior. Se estaba recuperando...

Prestó atención mientras ella elegía los alimentos; tal vez, justo escogía los que él había envenenado. La vio acercarse todo a la nariz, incluso probar algunos, no se llevó ninguno de los emponzoñados.

Él volvió a suspirar.

La siguió hasta su escondite.

ELLA PERCIBIÓ QUE LA SEGUÍAN. No podía estar segura de quién o qué. A veces, eran humanos; otras, no…

Los primeros podían querer cualquier cosa, desde compañía hasta sacarle todo lo que tenía. Si era uno de los otros, solo querían una cosa.

Aunque estaba segura de que sería eso…

Aferró con fuerza el puñal que llevaba en la mano, dentro del bolsillo; en realidad, era una navaja pequeña, no había mucho más. Todavía no entendía cómo habían hecho los invasores para desaparecer todas las armas. Por otro lado, al ser humano nunca le fue difícil fabricarlas.

Inspiró intentando no hacer ruido y retuvo el aire, tendría una sola oportunidad de golpearlo, si lo lograba, y necesitaba aplicar toda su fuerza en ese único golpe.

Se giró con brusquedad y apuntó hacia su perseguidor. Él se hallaba varios metros atrás, la miraba con la cabeza inclinada. Sabía lo que estaba pensando. A veces, algunos de ellos se demoraban un tiempo en matarlos, para jugar un poco. Este estaba analizando si la aniquilaba rápido o no. Bueno, ella no se quedaría a esperar. Con un grito que le rajó la garganta, se lanzó sobre él.

ÉL SONRIÓ Y SE HIZO A UN LADO. Le daba lástima que los seres humanos fueran tan lentos, tal vez se debiera a sus pequeñas piernas, que no podían compararse a la fuerte musculatura de las suyas y al enganche de sus garras traseras.

La mujer pasó a su lado y perdió el equilibrio. Él sonrió otra vez, hasta que sintió el pinchazo en el muslo derecho y luego una línea de dolor que bajó hasta el espolón. Sacudió la pierna y oyó el grito de la mujer y el golpe seco que dio contra el suelo. Tornó hacia ella con un rugido, pero ella ya no estaba allí. No la veía por ningún lado.

El río de sangre que recorría su pierna lo distraía. Gruñó mientras volvía a escudriñar a su alrededor. La mujer no estaba a la vista, pero sabía que estaba allí, aunque no pudiera olerla entre toda la basura.

Avanzó unos pasos hacia donde estaba seguro de que se escondía, pero luego decidió retroceder. No había apuro. Mejor dejarla sufrir un poco. A lo mejor, al día siguiente, la cazara o, tal vez, ella huyera y alguien más tuviera que hacer el trabajo.

Él ya estaba cansado.

¿ADÓNDE HABÍA IDO? No podía moverse tan rápido con semejante cuerpo, estaba segura de que superaba los dos metros y pesaba más de cien kilos. Giró en redondo, pero no había rastros de él. No había tantos escombros detrás de los cuales esconderse y solo unos

pocos árboles. Apretó los puños y las mandíbulas. Tenía que estar cerca, esperando a que ella se descuidara o se creyera a salvo para saltarle encima.

Hizo lo posible por contener un escalofrío, pero el miedo le convulsionó el cuerpo. Sabía que era posible…, no, que era más que probable que se encontrara con uno de ellos en algún momento. Después de todo, estaban buscando humanos para exterminarlos y ella era una humana que todavía andaba de un lado a otro. Sin embargo, aún había conservado la ilusión de que primero encontraría a algún otro grupo de humanos, personas que todavía resistieran. Incluso, algún ejército que la rescatara…

Le dieron ganas de reírse y llorar al mismo tiempo. Desde pequeña, su padre la había criado para que no dependiera de nadie, para que no esperara que la salvaran, y ella había estado orgullosa de haber transitado así toda su vida. Ahora daría cualquier cosa para que alguien fuera a rescatarla, por no estar sola. No quería estar sola con él, porque sabía que no tendría posibilidades de sobrevivir.

ELLA SEGUÍA PARADA en el medio de la nada, todavía a varios metros de la casa y sin nada detrás de lo cual ocultarse. ¿Qué estaba esperando? Seguramente, que él volviera a aparecer, que se lanzara contra ella. ¿Acaso estaba aguardando ser asesinada? ¿Intentaba suicidarse?

No sería el primer humano en hacerlo. En realidad, hacía poco había sucedido eso en ese mismo pueblo. Le daba asco que se rindieran con tanta facilidad. Después de todo lo que ellos habían hecho para sobrevivir: viajar años y años luz, pasar de planeta en planeta, reacondicionarse a sí mismos, transformar los mundos… Todo en el nombre de la supervivencia, de la permanencia. No podía entender a alguien que, simplemente, se entregara a la muerte. Si no fuera porque deseaba tener algunos días de paz, la mataría en ese instante. Tal vez, podría dejarla herida y esperar a que se muriera poco a poco, así podría estar tranquilo en su refugio.

CERRÓ LOS OJOS Y CONTUVO LAS LÁGRIMAS.

No podía empezar, en ese momento, a perder su fuerza, después de tantos años. Solo tenía que hacer un último esfuerzo. Así como había sobrevivido ella, podrían haberlo hecho algunos más, muchos

más. No había nada de especial en ella, había personas mejor entrenadas, otras con más suerte y algunas que no habían quedado solas, que no habían terminado solas como…

Solo debía sobrevivir un poco más. Si ese era el único extraterrestre en el pueblo, podría evitarlo. Él no parecía estar ansioso por matarla, lo hubiera hecho ya. Tenía que aprovechar cualquier oportunidad…

¿Qué era eso que brillaba a unos pasos? Parecía ser algo de metal. El débil sol reflejaba una pequeña luz. Se acercó despacio, podría ser una trampa, podía sentir que él seguía observando.

«Ah, parece que todavía no se rinde… ¿O algo llamó su atención? Son demasiado curiosos, y ni siquiera pueden protegerse de sí mismos».

Entornó los ojos. Ella todavía estaba en su rango de visión, podía distinguir todos los detalles. La mujer caminó solo unos pasos y se agachó a recoger algo, brillaba con la luz del sol, debía de ser metálico.

«Un puñal».

Él sonrió en silencio. Hacía milenios que no hacía ningún ruido, aunque podría hacerlo con tranquilidad; a esa distancia, ningún humano lo oiría con claridad.

Era un puñal. Eso era lo que había estado haciendo, buscando su arma. Todavía quería luchar. En ese solo segundo, había recuperado su respeto. La idea de un adversario le agradaba más que tener en el pueblo alguien que se había rendido. Podría darle un pequeño descanso, que pensara su estrategia, no estaba mal dejar que tuvieran una pequeña ilusión de triunfar. No le parecía cruel, sino que era lo que se merecía cualquier guerrero, al iniciar la batalla al menos.

Se alejó con calma. Estaba bastante seguro de que se quedaría en esa casa, era una buena ubicación, y si no, ya la encontraría en algún otro lado del pueblo o, tal vez, ella lo encontraría a él. Por lo menos, no estaría tan aburrido durante el día mientras esperaba a que sus otros planes se concretaran.

Era su navaja. ¿Cuándo se le había caído de la mano?

Se agachó y la aferró. Aunque era pequeña, la hacía sentirse un poco mejor. No se dejaría matar tan fácilmente; por lo menos,

intentaría hacer algún daño, tal vez lo suficiente para saber si aquellos seres sangraban, ver si sufrían.

Esperó a que él se acercara, pero, poco después, sintió que ya no la observaba. No podía estar segura, era solo una sensación: él se había ido, la había dejado vivir.

¿Por qué? ¿Acaso era un juego?

Imposible saberlo. Solo los había visto matar unas cuantas veces, ¿durante cuánto tiempo acechaban a sus víctimas? ¿Todos actuaban igual? ¿Sería posible que mantuvieran vivos a algunos humanos?

Sacudió la cabeza y se apresuró a llegar a la casa. La revisó de arriba abajo, no había nadie. Por suerte, tampoco había cuerpos. Quien fuera que viviera allí antes se había dedicado a tapiar ventanas y puertas. Solo se podía utilizar la principal. Aquello le hacía la tarea más fácil. Podría quedarse allí durante las noches mientras pensaba cuál sería su siguiente paso.

Sin embargo, tendría que conseguir más comida. En la casa, solo había encontrado unas pequeñas latas de conservas, ya vencidas. Sería un riesgo comerlas, aunque en un mundo invadido por extraterrestres, no había nada que pudiera hacer que no fuera riesgoso.

Atrancó la puerta lo mejor que pudo y juntó la madera de algunas sillas. Luego se inclinó sobre la chimenea, esperaba que no hubieran bloqueado la salida. No le importaba que se viera el humo, él ya sabía que estaba allí, pero, si tenía suerte, tal vez algún otro humano lo vería y ella dejaría de estar tan sola.

Acarició el filo de la navaja. Mientras tanto, seguiría peleando.

Extraterrestres V

DESPUÉS DE MATAR AL VIEJO, había decidido hacer lo mismo con el bebé o niño. Tendría que haberlo hecho inmediatamente.

Sabía que no sobreviviría sin un adulto. Aunque… nunca se podía estar seguro. Algunos lo lograban durante unos días y, entonces, eran tomados por los planificadores para estudios y otras actividades en las cuales nadie, incluso en su sociedad, le gustaba pensar.

Se miró las manos, no se parecían a las suyas desde hacía miles de años. La mayoría de las modificaciones genéticas implantadas en los soldados provenían de las razas o animales que encontraban en los planetas que invadían. Los científicos solían detectar algún rasgo que podía ser útil para la raza de guerreros, eran ellos los más modificados. Los demás parecían no ser afectados, pero claro, nunca encontraban razas que fueran más inteligentes que ellos. Se preocupaban por atacar solo los planetas que podían vencer con facilidad. Así que las mejoras siempre iban a los soldados.

Hacía tiempo que los guerreros sabían de esto y los niños y bebés solían desaparecer con bastante facilidad, a menos que hubiera alguna característica en la raza en cuestión que, en verdad, les atrajera. Algo que no había ocurrido en siglos.

Últimamente, el rumor era que no querían más cambios en sus cuerpos. El acondicionamiento que poseían les indicaba que no debía importarles cómo se veían; sin embargo, cada vez resultaban más molestas las modificaciones. Ya no eran funcionales, sino un capricho de los científicos para demostrar que su ocupación aún era importante. Aunque ya no era así. Ellos eran los soldados perfectos, podían matar cualquier cosa que se les pusiera enfrente, no había nada más que mejorar.

No obstante, antes de buscar al niño, decidió determinar dónde estaba el otro adulto. Quería medir sus fuerzas, si era igual que el viejo, sería combativo. Y si no, podría atraerlo hasta el niño; seguramente, despertaría sus instintos protectores. Aunque su destino fuera el mismo, cabía la posibilidad de que pudiera usarlo para divertirse un rato.

La señal en la pantalla mostraba que el humano estaba en la otra punta del pueblo. Ya era de noche, así que se acercó en silencio; probablemente, lo encontraría durmiendo. Bastaría un pequeño ruido para sobresaltarlo; en general, su reacción mostraría su personalidad, no haría falta que viera mucho más… todavía. Ya había eliminado su cuota diaria y podía estar tranquilo un tiempo antes de que en los monitores se informara que no había terminado de limpiar la zona.

Era otro hombre.

«Bien. Son más agresivos que las mujeres».

Lucía relativamente joven y sano. Estaba durmiendo en una de las casas abandonadas, en medio de la sala, y había dejado las ventanas abiertas. O era descuidado o creía que podía cuidarse solo, solo había una forma de averiguarlo. Buscó entre los escombros cercanos y pateó un pedazo de caño, algún tipo de artilugio con dos ruedas. El ruido resonó en la noche con más amplitud de la que había esperado. El humano se sacudió en sueños y se acurrucó en un rincón, sus ojos revoloteaban de un lado a otro mientras le temblaba el cuerpo.

«Descuidado, demasiado para el miedo que tiene».

—¿Quién está ahí? —murmuró el ser humano.

«O tal vez no tanto. —Se movió para tener un mejor ángulo. Tenía miedo, pero buscaba algo entre las sombras, y quería saber a qué se enfrentaba—. Tal vez…».

Observó cómo el hombre se ponía de pie. Aunque le temblaban las piernas y las manos, logró mantener el equilibrio. Poco a poco, sin dejar de tragar saliva ostentosamente, abrió los brazos, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Tómenme!

La palabra resonó en el silencio y no tardó en apagarse. No había ecos ni brisas. Las sílabas no tardaron en perderse en el olvido.

Él se quedó mirándolo con atención. ¿De qué estaría hablando? ¿Qué era lo que debía tomar? Tal vez, este humano pensaba que ellos comían personas; después de todo, sus animaciones y pasatiempos indicaban que creían fervientemente en que los extraterrestres comían personas, o tal vez lo deseaban. ¿Por qué lo desearían?, no importaba. Había dejado de intentar entender hacía varias razas atrás. Había quienes se entregaban a ellos, los idolatraban aun mientras los veían destruir su mundo y asesinar a sus familias. Otros, sencillamente, se rendían a lo que sucedía. Este no parecía ser del tipo adorador, más

bien se había dado por vencido.

Él se alejó un poco. No le gustaban esos individuos. ¿Para qué enviaban soldados cuando ni siquiera era necesario pelear? Este hombre se estaba rindiendo a él sin siquiera verlo o estar seguro de su presencia, esperando la muerte con paciencia. ¡Por favor! Tal vez, incluso, la anhelaba. No podía culparlo del todo, habían destruido su mundo y eliminado a gran parte de la población, pero aun así, uno debía pelear, ellos lo habían hecho cuando su planeta ya no los sostuvo. Habían luchado por cada cosa que tenían, ¿por qué este animal decidía no hacerlo?

No tenía sentido pensar en ello, no significaba nada. En pocos días, no serían más que un registro en una vasta red de información que casi nadie leía.

Sin embargo, tenía que hacer algo, le habían encargado la limpieza de ese pueblo y debía dejarlo vacío de humanos si quería irse. Y, sobre todo, si quería irse sin preguntas ni investigaciones. Pero no le gustaba matar a esa clase de presas, eran de las que disfrutaban ese momento.

Decidió alejarse, dejarlo sufrir unos días. No se iría; y, si lo hacía, mejor para él, que se encargara otro soldado.

—¡Vamos! ¿Qué esperas?

«Que muestres algo de coraje», pensó mientras se apartaba.

El humano parecía gritar cada vez más fuerte, incluso sonaba enojado, como si tuviera derecho a indignarse, como si hubiera sido traicionado.

Lo haría esperar unos días; a lo mejor, incluso hasta el final de su estadía.

Le molestó encontrarse con él a la mañana siguiente. Estaba esperando fuera de la casa que él había elegido ocupar durante su estancia en ese lugar. ¿Cómo lo había averiguado? ¿Lo habría seguido la noche anterior? No lo había notado. Aunque era cierto que no le había importado tenerlo en cuenta. Después de todo, no podría hacerle daño, no esperaba nada de aquel humano en particular.

Lo observó. Se encontraba a unos metros, aguardando a que él saliera de la casa por la puerta principal… Obviamente, no esperaba que él revisara por las ventanas (o en la pantalla) antes de atravesar el umbral. Aun cuando no tenía forma de perder contra ellos, sería estúpido e ineficiente no revisar las pantallas y confiar solo en las ventajas que se poseían.

Él salió por la parte trasera de la casa y dio un giro. Ahora observaba al humano desde atrás. Era un poco más grande de lo que le había parecido la noche anterior, pero no tenía una buena forma física, por lo menos no según los archivos. Iba descalzo y estaba agachado, oculto detrás de unos tachos de desperdicios, aunque se le

veían los pies y parte de la cabeza. Era innegable que no estaba entrenado.

Corrió hacia él en unos segundos y lo asió por las piernas y la cabeza a la vez. Se escuchó un *crac* antes de que el humano pudiera hacer cualquier otro ruido. Lo dejó caer al suelo.

Lo observó de nuevo durante un rato, debía llevarlo junto al viejo. Las normas indicaban amontonar los cuerpos para que los drones de limpieza se los pudieran llevar con más facilidad. Algunos de ellos serían utilizados para análisis, otros se aprovecharían como abono o parte del reciclaje del nuevo mundo. Esa era otra de las cosas en las cuales no le gustaba pensar cada vez que se asentaba en un nuevo hogar: los habitantes anteriores seguían allí; de una u otra manera, estaban presentes.

Se inclinó y agarró el cuerpo por las piernas. Lo arrastró hasta las afueras del pueblo. El cadáver del viejo seguía allí, el recolector debía de pasar pronto.

Regresó al pueblo. Solo quedaba otro ser vivo, si era que el niño había sobrevivido tanto tiempo. El detector no le indicaba edades exactas, así que no podía saber si ya tenía movilidad propia o no. Sin embargo, no lo comprobaría ese día, ya se lo había amargado aquel humano. No había podido extender su estancia, no había podido hacerlo sufrir, le había quitado todo. Ahora corría el riesgo de que lo asignaran a otro pueblo, si los demás no habían terminado su trabajo o, peor, que ya lo hicieran regresar a la nave. Decidió revisar el pueblo de nuevo, todavía debía de haber varios ítems para recolectar. Debía hacerlo lentamente, que siempre quedara algo para el día siguiente.

Las casas eran bastante sencillas y casi todas tenían los mismos aparatos electrónicos, las variaciones de tamaño y color eran mínimas. Recogió algunos, eran demasiado pequeños para sus manos. No podría manejarlos, aunque funcionaran. Había muy pocos que aún fueran útiles. Los cargó en su mochila. Luego regresó al supermercado, el viejo no le había dejado mirar los dulces con tranquilidad. Le había parecido que allí había algunos que no había visto en las otras ciudades que había visitado.

Recorrió los pasillos, solo había dos secciones de comida dulce, en una esquina y junto a las cajas. La mayoría eran caramelos y algunos chocolates, había otros que estaban congelados o, al menos, lo habían estado hacía unos días, ahora goteaban y contaminaban todo lo que tenían alrededor. Recolectó todos los chocolates secos que encontró y decidió probar también con varios paquetes de galletas, eran un alimento bastante seco y difícil de digerir; sin embargo, algunos tenían unos gustos extraños que valían la pena. Cuando hubo cargado todo, regresó al pasillo principal. Estaba a punto de salir por la puerta cuando un ruido a sus espaldas le llamó la atención.

Se quedó tieso.

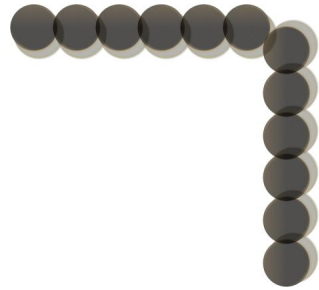
No podía ser otro humano, debía de ser algún animal. A lo mejor, alguno de esos domésticos que había leído les gustaban tanto a los humanos. El ruido se repitió, un poco más fuerte, parecía un gemido. Levantó la pantalla. Lo que fuera era pequeño y no se movía con rapidez, pero avanzaba, claramente, hacia él.

Dejó la mochila a un lado y se volvió con lentitud, dispuesto a saltar en cualquier momento hacia lo que se le pusiera a la vista.

«Claro —pensó cuando vio que un niño gateaba hacia él—, por eso el viejo atacó».

El niño se acercaba a él lloriqueante y parecía haber aumentado la velocidad cuando lo vio darse la vuelta. Debía de estar seguro de que había encontrado abrigo; después de todo, era un adulto: por fin, había encontrado a un adulto.

Él dejó que se aproximara. ¿Qué más podía hacer? De todas formas, sería más fácil si estaba cerca. Y, aun así, no quería hacerlo todavía. No quería llamar a los recogedores especiales, pero debía tomar una decisión: el niño ya estaba a sus pies.



Ambos X

SE DESPERTÓ y supo que era temprano en la mañana, no sabía cuánto, solo que era el instante en el cual el sol estaba fuera, pero todavía no empezaba a calentar y la noche aún se olía. Siempre le había agradado ese momento del día. Durante su infancia, había creído que era la hora más calma del planeta, como si solo ella estuviera despierta. Pasaron varios años antes de que se enterara de que siempre había alguien durmiendo y despierto alrededor del mundo.

Ahora esa paz le resultaba opresiva, porque sabía que su suposición de niña, en esos días, podía ser verdadera. En ese preciso instante, era la única persona que estaba despierta… la única viva en ese pueblo; tal vez, en todo el estado, incluso, en todo el país. Necesitaba saber si había más sobrevivientes. Estaba cansada de esperar a que llegara alguien; a lo mejor, no lo hiciera nunca; quizás, solo rescataban a aquellos en las grandes ciudades. Si era sí, sería ella la que tendría que aproximarse.

Decidió recorrer el pueblo otra vez, debía encontrar alguna forma de establecer comunicación, solo le bastaba un celular con un poco de batería, con algo de señal, solo quería enterarse de lo que sucedía. Deseaba saber cuándo podría salir de aquel pueblo y terminar con ese *impasse* en el cual los dos se evitaban día a día, a la vez que se vigilaban el uno al otro.

Tendría que matarlo, pero estaba segura de que no podría. Lo último que había logrado escuchar en las noticias era que no habían conseguido matar a ninguno de ellos ni hacer mella a sus naves, apenas si los conocían. Solo tenían unas imágenes difusas y algunos recuerdos de las únicas personas que los habían visto de cerca, y que

habían sobrevivido. Ella era una de esas personas, tal vez pudiera ayudar.

Miró el reloj pulsera: había tenido razón, era justo la hora que había esperado que fuera. Eso quería decir que no podía salir todavía, debía aguardar, él siempre deambulaba por el pueblo cuando el sol era más leve. Se preguntó por qué habrían despejado el sol si les parecía tan molesto. ¿Por qué no lo habían dejado oculto hasta que exterminaran a todos los seres humanos?

Se incorporó con un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y se quedó con ella largos minutos. Sintió tanto malestar que debió levantarse y caminar alrededor del pequeño cuarto. Debería estar agradecida de tener el sol de regreso. Aquello les daba una pequeña oportunidad.

—Una esperanza —musitó.

¡Eso era, justamente, lo que buscaban! *Querían* que tuvieran ilusiones de sobrevivir, que pensaran que había luz al otro lado del túnel mientras los mataban uno a uno, de la manera más rápida y eficaz que jamás habían visto. Lo mismo que hacía el extraterrestre en ese pueblo. Dejaba que ella tuviera expectativas de resistir, solo para torturarla…

Sacudió la cabeza.

No, no había forma de saber eso. Era imposible dilucidar qué pensaba. Probablemente, ni siquiera pensara en ella, era solo otra cosa más dando vueltas por ahí de la que no tenía que preocuparse, ya que podría matarla cuando quisiera y, mientras tanto, podía dedicarse a lo que fuera que estuviera haciendo.

Verificó otra vez la hora, todavía faltaba para que pudiera salir con cierta seguridad. Tal vez, debería intentar dormir un poco más. Miró el colchón en el piso, junto a la pared, y se volvió con un gesto de asco.

Subió a la cocina, intentando evitar todas las ventanas que había tapiado. Le quedaban unas latas de café helado. No le gustaba, pero era lo único que tenía para desayunar. Prefería guardar la leña para las pocas comidas que podía tener en el día.

Sacudió la lata que había empezado el día anterior y se bebió el resto, inclinó la cabeza hacia atrás y golpeó el fondo para que cayera hasta la última gota. Luego, volvió a revisar el comedor. Ya lo había hecho cientos de veces, no había nada más que pudiera serle útil, pero no sabía qué más hacer para pasar el tiempo.

Cuando ya no lo soportó, salió hacia el centro del pueblo. Aprovecharía la caminata para buscar algún animal pequeño que pudiera convertirse en su cena.

No encontró ninguno. A veces creía que los extraterrestres dejaban yerma toda el área alrededor de la cual se establecían.

Las casas comenzaron a juntarse y aumentar de tamaño a medida que se acercaba al centro del poblado, donde se encontraban los edificios oficiales y un pequeño centro comercial con un supermercado adjunto. Entró en uno de los primeros edificios de dos plantas que encontró. Las escaleras estaban bloqueadas, solo pudo visitar la parte de abajo. Entre los trastos, no había nada que funcionara, aun cuando hubiera electricidad. Tampoco había bidones de agua limpia o latas de conserva, pero encontró unos cuantos cables y decidió guardarlos, tal vez encontrara algo más en las demás casas. Esa vez, revisaría a fondo, lo que quería decir que tendría que mover cuerpos y entrar en las habitaciones que había evitado por el olor.

Intentó acceder al segundo piso; sin embargo, luego de unos cuantos pasos, los escalones se derrumbaron bajo sus pies. Tuvo suerte de salir de allí sin ningún hueso roto. No obstante, le quedaba la duda de si arriba habría algo de utilidad.

Recorrió todas las casas hasta la media tarde, cuando el sol estaba en lo más alto. Recién entonces, se animó a mirar hacia afuera y captó el supermercado. Decidió que siempre valía la pena volver a revisarlo, por si hubiera algo que no hubiera visto en todas las visitas anteriores. Cruzó la calle sin preocuparse por él, el sol era muy fuerte.

REBUSCÓ ENTRE LA MONTAÑA de aparatos eléctricos de los humanos. Aunque eran primitivos, les permitía comunicarse a lo largo del planeta. Intentó prender alguno, pero las teclas eran demasiado pequeñas para sus toscos dedos, tuvo que ayudarse con otro aparato. Sabía cómo hacerlo, sabía todo sobre tecnología humana; por lo menos, la básica, la que encontraría en el día a día de la gente que debía eliminar.

Con la radio encendida, trató de captar alguna frecuencia humana. Después de varios intentos, halló una que se oía bastante bien, la interferencia era mínima y la claridad, suficiente para entender las palabras. Escuchó atentamente el discurso. La voz era humana, de ese tono chillón que compartían ambos géneros, aunque no tan molesto, debía de tratarse de uno del género masculino. Primero, se concentró en encontrar las locuciones que sabía que estarían allí si fuera…

«Ah, sí…», pensó con cierto orgullo y también algo de desilusión.

El mensaje podría haber sido creado por cualquier humano; sin embargo, era uno de los suyos quien lo transmitía. Había ciertas palabras clave que se incorporaban en esa clase de discursos; sobre todo, para que los soldados no perdieran el tiempo persiguiendo

humanos que no existían. Esas transmisiones se realizaban para atraer humanos en vez de tener que buscarlos en todos los recovecos.

Cambió el dial en busca de otra señal. Luego de unos minutos, encontró una lejana, el volumen era bajo y la calidad del sonido, mala, sin bien aún comprensible; por lo menos, para sus oídos. Escuchó atentamente hasta que oyó las palabras. Suspiró. No debía de quedar ningún humano transmitiendo. Eso quería decir que todo iba según lo planeado. Y ¿por qué no? Así había sido desde hacía milenos y, si no lo fuera, no le avisarían a él. No se enteraría hasta que llegara la orden de extracción prematura.

Recordaba una única ocasión en la que había ocurrido. De todas formas, esa raza tampoco había sobrevivido, solo habían logrado que su planeta fuera eliminado junto a ellos. Por su parte, ellos habían tenido que navegar hasta el siguiente destino antes de tiempo. Nunca supo cuál había sido la causa de la derrota o de la necesidad de retirarse. En ese momento, no le había parecido importante, solo lamentaba no haber podido matar más. Ahora se preguntaba qué había sucedido, pese a que no había forma de saberlo. En los *logs* de misiones anteriores, no aparecía esa y, cuando algo no aparecía, era mejor no preguntar por ello. Al menos, no si uno no quería ser lo próximo en desaparecer.

Le llamó la atención la siguiente transmisión que había logrado captar. No era una voz humana, sino una serie de golpes. Se repetían a intervalos regulares y tenían una frecuencia predecible después de las primeras reproducciones. Había estudiado aquello también. Se concentró en recuperar sus recuerdos. Sí, era un código que utilizaban todos los países antes de que descubrieran internet y pudieran comunicarse eficazmente con palabras. Accedió a la lección pertinente y tradujo el mensaje:

«No se dejen engañar. Mensajes de radio no son de humanos. Trampa».

Las mismas frases se repetían una y otra vez.

«Impresionante», se dijo y miró alrededor como si alguien pudiera oírlo.

Lo habían descubierto. La mayoría de las razas no lo hacían. Pese a ello, ¿de qué servía esa transmisión? Había aprendido que la mayor parte de los humanos no reconocía el código.

¿Debía informar de esa transmisión o ya se habrían enterado en las naves y enviado a un soldado a terminar con esa situación?

Apagó la radio.

Al final, luego de cierta vacilación, decidió hacerlo. Sería sospechoso no decir nada, ellos sabrían que, desde su localización, era un mensaje que podría escuchar, que *debería* escuchar si estaba monitoreando su zona. Si aquel mensaje atraía a humanos, debía

matarlos lo más rápido posible. Una de las prioridades era que no descubrieran lo que pasaba y que no supieran que los anteriores en llegar habían perecido.

Una vez que envió la notificación y recibió la confirmación, volvió a pensar en ella. Sabía que solía recorrer el pueblo en busca de alguna forma de comunicarse con otros humanos, la había visto intentarlo con diferentes aparatos. Él no había dejado ninguno que funcionara, se había encargado de que solo hubiera por allí algunos irreparables. Eso llamaría menos la atención que si desaparecieran todos.

Ella no podría haber escuchado esos mensajes, estaba seguro. Si no, seguramente ya se habría ido, en busca de otros humanos, en busca de esperanza, en busca de algo que nunca más encontraría. No, no creía que lo hubiera escuchado, no se hubiera quedado allí si lo hubiera hecho.

Eso le proporcionó cierta calma. Aún no tenía ganas de que terminara esa etapa, necesitaba unos días más de paz. Con suerte, tendría otra oportunidad de comunicarse con el grupo, necesitaba hablar con ellos antes de regresar a la nave. No quería tener que esperar hasta que el mundo fuera habitable o hasta que estuvieran en una nueva ubicación, eso podría demorar milenios. No creía que pudiera esperar tanto.

Rebuscó por la pulsera y la sostuvo en las manos, en todas ellas. Anhelaba encenderla, solo ese sentimiento estaba mal, no debería haber tenido ninguno. Lo único que servía era la rabia, la que le permitía terminar antes con su trabajo, todo lo demás era inútil. Volvió a guardar la pulsera y prendió la radio. Si se ocupaba de lo que *debía* hacer, tal vez podría olvidarse de lo que, en realidad, *quería* hacer.

Buscó y buscó en el dial, pero no escuchó más voces humanas ni otras. La estación del código ahora estaba en silencio como casi todo el resto del planeta. Las luces en su pantalla no dejaban de apagarse.

Humanos V

SE QUEDÓ QUIETA. El dron estaba a solo unos centímetros de ella, pero bastante alto en el cielo. Casi no se veía entre las copas de los árboles; si no fuera por el movimiento, no lo hubiera notado. Al principio, había pensado que era un pájaro; sin embargo, su vaivén era demasiado errático e intencional a la vez.

Contuvo la respiración. No podía saber dónde tenía las cámaras o si solo detectaba movimiento. De lo único que estaba segura era que su diseño no era humano o, por lo menos, no era uno que hubiera visto antes. Desde esa distancia, el material del cual estaba hecho se parecía más a las imágenes de la nave espacial que había visto.

El dron se movía más rápido por momentos y luego se balanceaba lentamente, casi hasta quedar estático. ¿Qué estaba esperando? A lo mejor, estaba marcando el lugar donde ella estaba para que uno de los extraterrestres la encontrara. Si le dron no atacaba, esa sería la mejor explicación. Con lo cual, ella debería salir corriendo; por otro lado, tal vez solo detectara movimiento y, por ahora, estaba a salvo.

Se mordió los labios a la vez que se clavaba las uñas en las palmas. Era tan difícil determinar cuál era la mejor opción. Tenía ganas de gritar, pero se forzó a sí misma a mantenerse callada y en calma, a focalizarse en su objetivo: debía alcanzar la casa de su padre, aunque fuera para verlo solo una vez más. Él, seguramente, tendría un buen consejo para tratar con todo, era quien la había hecho fuerte. Si no hubiera sido por él, podría haber tenido el destino de muchas de sus compañeras de escuela, que dependían de un hombre y ni siquiera eran felices de esa manera. ¿Qué le diría su padre en esa situación?

Notó que el miedo remitía un poco a la vez que sus labios sonreían por sí solos. Le contaría la anécdota de cuando se había ido

de campamento solo y se despertó para encontrar un oso fuera de su tienda. El animal era más grande cada vez que contaba la historia y, en algunas ocasiones, se trataba de una madre con su pequeño osezno. No creía que fuera mentira el hecho de haberse encontrado al oso, solo había adornado la narración porque se sentía orgulloso y tenía razón de estarlo. Había sobrevivido sin un solo rasguño y tampoco había dañado al animal.

Lo primero, le había dicho su padre, es controlar el miedo, el instinto de huir.

—Verás, hija, un instinto dispara el otro y si tú huyes, el animal determina que él es quien debe perseguir. Si actúas como presa, él lo hará como depredador.

—Entonces, ¿la respuesta es atacar? —había preguntado ella de niña.

—Solo si sabes que puedes ganar o engañarlo sobre que podrías hacerlo, lo que también es un riesgo. El camino más sabio es el más difícil, se trata de transitar la línea entre ser una víctima y un depredador. No estás allí para desafiarlo, pero tampoco para someterte. Es caminar erguido sin ser prepotente.

Las palabras de su padre rodaban por su cabeza a la vez que ella se levantaba poco a poco, siempre con la espalda apoyada contra el árbol y sin dejar de mirar al dron. Aunque, cada tanto, intentaba echar un vistazo de refilón para captar cualquier movimiento cercano. Cuando ya estuvo de pie, se irguió y observó al dron de frente, dejó salir el aire con calma, en forma estable y silenciosa. El dron no se había movido de su lugar ni había cambiado su comportamiento. Podía significar que no la había detectado o que ya lo había hecho antes y esto no representaba nada.

Con cuidado, intentó inclinarse hacia un lado, no iba a huir, no iba a dar la espalda. Haría un movimiento lateral, sin dejar de mirar al frente y mantenerse erguida. Se alejó del árbol poco a poco. Ya no sentía la seguridad de su soporte detrás de ella, estaba expuesta. Tuvo que reprimir el deseo de darse la vuelta de un golpe para mirar atrás. Tuvo que reprimir el deseo de encorvarse como si estuviera a punto de recibir un golpe. Tal vez no sucediera nada o tal vez todo terminara en un minuto, lo importante era mantenerse con la misma actitud.

Poco a poco, fue rotando su cuerpo para poder ver alrededor sin quitar su mirada del dron. Cuando sentía que era seguro desviar sus ojos durante un segundo, lo hacía con lentitud y confianza: no encontraría nada.

Y no lo hizo. El bosque estaba solitario, solo árboles y silencio.

De repente, oyó un zumbido cercano. Cuando miró hacia un costado, el dron estaba a escasos treinta centímetros de ella.

«Lo siento, papá, es momento de correr».

Lo hizo en dirección a la carretera. No se molestó en ocultar sus

pasos. Si el dron la había detectado, ya habría difundido su ubicación. Quien fuera que había sido avisado, estaría pronto por allí. Si no era que el dron también tuviera capacidad de matarla, lo cual no dudaba ni por un momento.

Cuando llegó a la ruta, dobló a la izquierda y siguió corriendo hasta que le faltó la respiración y las piernas le dolieron. Tuvo que parar cuando el aire era como fuego a través de su garganta. Miró hacia atrás, no veía el dron. Ni alrededor ni por encima de ella. No creía que lo hubiera perdido, tendría que ser tan rápido como ella o, tal vez, un poco más. No tenía sentido que tuviera un alcance limitado; después de todo, habían construido naves que atravesaban el espacio, ¿por qué no podrían construir un dron que atravesara kilómetros?

Volvió a sentir el zumbido a su espalda y cerró los ojos un instante antes de darse la vuelta, sabía lo que iba a encontrar. El dron estaba, otra vez, a pocos centímetros, creía que incluso más cerca que la última vez. Era capaz de ver su reflejo en su superficie. Lucía terrible y asustada.

«No, no puedo estar asustada, no pueden ver que estoy asustada».

Con furia, lanzó un golpe al dron, que la esquivó con facilidad. Siguió lanzando golpes al aire hasta que se cayó al suelo, vencida por el cansancio.

«Es el fin», pensó.

Si no era el dron el que la matara, en cualquier momento llegaría un extraterrestre, esas sombras rápidas que mataban en pocos segundos.

«Al menos, será rápido».

Allí estaba el zumbido otra vez.

«Solo unos segundos», se dijo y apretó los párpados.

El zumbido se hizo más fuerte, podía sentir la proximidad del dron. Estaba segura de que, si estiraba el brazo, podría tocarlo. Lo hizo casi por inercia, solo porque el pensamiento había atravesado su mente y ella estaba casi dispuesta a dejarse ir. Rozó una superficie extremadamente fría durante un segundo y luego, silencio.

Cuando abrió los ojos, el dron estaba más lejos y se movía de forma errática.

«¿Por qué? Apenas lo rocé —se miró la mano—, no pude hacerle daño».

El dron, sin embargo, se movía con más locura cada vez, hasta que, al final, cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Ella se acercó con cautela y lo observó. Luego lo pateó. Estaba muerto. ¿Qué habría sucedido? ¿Una falla? Ella no había hecho nada, solo lo había rozado con los dedos. Lo pateó otra vez y, al ver que seguía inerte, decidió acercarse para abrirlo.

—¡NO! —escuchó un grito desgarrador.

Cuando se dio la vuelta, sobresaltada, encontró a un hombre que corría por la carretera en su dirección.

—No lo toques.

Ella se alejó unos pasos y esperó, en tensión, no podía estar segura de las intenciones de ese hombre. Podían ser tan mortíferas como las del dron o algún extraterrestre.

—No lo toques —repitió el hombre a la vez que se acercaba y aminoraba la velocidad—. Lo sigo hace días —jadeaba—, es un dron de limpieza o algo así, lo vi llevarse cuerpos —hizo una señal hacia arriba—, a la nave supongo. Pero cuando encuentra a alguien vivo, que no esté cerca de la muerte, los envenena. En general, lo hace así —señaló al dron a cierta distancia—: simula estar descompuesto. Cualquiera se acercaría para intentar abrirlo y, cuando lo hacen, se libera un gas tóxico.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Y quién eres?

—¿Qué importancia tiene quién soy o quien fui? Ahora solo soy otro sobreviviente. Y sé todo esto porque hace días que lo sigo y lo vi matar —su rostro perdió algo de color—, no llegué a tiempo esa vez.

—¿Por qué lo sigues?

—¿Para qué? Para que me lleve con un extraterrestre, ¿para qué más? Y cuando llegue con uno —sonrió y sacó una granada del bolsillo—, tendré el último placer de mi vida. Si tengo que irme, me llevaré a uno de ellos. Es muy difícil encontrarlos, apenas si se dejan ver a menos que estén a punto de matarte.

Ella apretó los labios.

—¿Viste a alguno…?

—Solo a la distancia. Demasiado lejos para hacer algo. Intenté encontrarlo entre los escombros y las casas vacías, pero fue inútil, no había nada más que cuerpos humanos. Aunque no tantos como habitantes de ese pueblo. Fue entonces cuando vi a este —señaló al dron de nuevo— y entendí lo que hacían con los cuerpos. Si fue allí a limpiar detrás del extraterrestre, pronto iría a otro lugar a hacer lo mismo y, tal vez, entonces tendría mi oportunidad.

Ella no supo qué decir: ¿que estaba loco?, ¿que no lo lograría?, ¿que no tenía sentido? ¿Qué podría decirle a ese hombre? ¿Quién era ella para decirle cómo tenía que terminar su vida? Al menos tenía un objetivo, era lo máximo que podía tener cada uno de ellos en esos momentos. Y, en cierta forma, aprobaba que no hubiera usado la granada sobre sí mismo.

—Espero que lo consigas —dijo al fin y amagó con retirarse.

Él no hizo ningún intento de seguirla, sino que se concentró en el dron; seguramente, esperando que volviera a activarse.

—Gracias —lo escuchó murmurar cuando ella ya había empezado

a caminar.

Al principio, sentía ganas constantes de darse la vuelta para ver si la seguían, ya fuera el hombre, el dron o ambos. Conocía lo suficiente a la raza humana para saber que algunos colaborarían con los extraterrestres si estos los dejaban. Aunque por su comportamiento hasta ahora, no parecían querer o necesitar aliados, se bastaban a sí mismos y su método era mucho más rápido que el de cualquier película: llegar, aniquilar, listo, ¿para qué más vueltas?

Otra vez, tenía ganas de reír, quizás se estaba volviendo loca o tal vez todavía tenía cierta esperanza. Esta se acrecentó cuando vio el cartel que indicaba que estaba a dos kilómetros de su hogar, el que la había visto nacer. Se sentía inquieta, como siempre que regresaba al pueblo, pero también feliz de poder ver a su padre. No le vendría mal un rostro conocido, querido, y un par de consejos. Aceleró la marcha.

Ambos XI

CUANDO DESPERTÓ, estaba dentro de la casa, en el piso. La puerta estaba cerrada. Estaba bastante segura de que se había caído en la zanja, recordaba el momento en el cual había perdido el equilibrio y luego el instante cuando llegó el dolor y, poco después, el alivio. Había perdido la consciencia casi de inmediato, no era difícil de adivinar que se debía al cansancio, el estrés, la mala alimentación y el golpe. Incluso se había sentido feliz mientras se le cerraban los ojos. Parte de ella quería rendirse, pero aún había otra voz que la empujaba a continuar. Estaba demasiado cansada en ese momento para participar en esa pelea y se dejó ir.

Movió el cuerpo tentativamente, estaba adolorida, pero no era la magnitud de una fractura. Conocía ese dolor. Revisó cada una de sus extremidades a la vez, cada brazo, mano, pierna y pie: nada roto. Se palpó el estómago y la cabeza, las magulladuras eran pequeñas, ya todas habían dejado de sangrar. Se incorporó y le sobrevinieron arcadas, tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo, con calma, para sentirse un poco mejor. Ya de pie, sentía las piernas débiles, pero soportaban su peso.

Se acercó a la puerta principal y miró por la pequeña ventana que estaba un poco más arriba de su línea de visión. No se veía a nadie fuera de la casa, aunque era muy limitado lo que se podía observar desde ahí.

Trabó la puerta. Revisaría primero dentro de la casa.

Apenas llegó a la cocina, su mente le dijo, demasiado tarde, que atrancar la única salida *antes* de revisar si había alguien más con ella dentro no había sido el movimiento más inteligente. Miró la puerta de reojo, podría volver para abrirla, pero ¿si había algo fuera? Era poco

lo que podía hacer en ambos casos. Sin embargo, no creía que él estuviera dentro. Si había alguien más con ella, sería un humano y si la había sacado de la zanja para dejarla en el interior, entonces no quería dañarla o, al menos, no de momento.

Recorrió cada una de las habitaciones: estaba sola.

Entonces, decidió revisar el exterior. Ya se sentía bastante mejor y los dolores se habían amortiguado un poco con el movimiento. Se puso el puñal a la cintura y también el arma antes de abrir la puerta. Asomó solo la cabeza y miró de un lado a otro.

Ya comenzaba a oscurecer. El exterior estaba tranquilo, no se distinguía ningún movimiento. La pala que había usado para cavar la zanja seguía tirada al lado de esta. Salió de la casa lentamente y caminó hacia allí, sin dejar de echar vistazos alrededor. Todo seguía en silencio y no presentía que hubiera nadie cerca. Llegó hasta la pala y, con cuidado, se acercó al borde de la zanja y se inclinó sobre ella. No encontró nada, solo restos de tierra, tampoco estaba la rata que había estado persiguiendo cuando cayó. Si bien era ridículo creer que todavía estaría ahí (habían pasado un par de horas desde que se cayera), la esperanza había crecido igual. Ahora no tenía ninguna excusa para no pensar en la pregunta más obvia: ¿quién podría haberla sacado de la zanja?

«No, no puede ser, ¿por qué *él* haría eso?».

EN ESTA OCASIÓN, había ido demasiado lejos. Ya se lo habían advertido. En el grupo, le habían dicho que cuando uno comenzaba a cuestionarse el camino que transitaba, cada vez tomaba decisiones más arriesgadas. Por eso, había varias normas que se ejecutaban en el instante en que se detectaba que uno de los soldados había comenzado a derrapar. A nadie le sorprendían, era necesario para proteger al grupo. En el otro extremo, había varios que lograban mantenerse dentro de la coherencia. Era fundamental encontrar más como ellos, para llevar los cuestionamientos hasta el final, para ver cuál sería la última evolución, una no planeada… Aunque había algunos que pensaban que sí lo eran, que todo había sido planificado. La única forma de saberlo era seguir avanzando.

Continuaba encorvado frente a la pantalla. Había pasado un dron recolector y había sobrevolado la casa de ella, lo había hecho durante varios minutos. Luego se había retirado. Podía determinar, por sus colores, que se había ido sin nada. Revisó el resto del pueblo con rapidez. Esperaba a que hubiera alguna comunicación, a que apareciera un segundo dron, uno de vigilancia, a que apareciera otro

soldado, el encargado de llevarlo de vuelta a la nave o de aniquilarlo si no tenía recuperación, lo que era más probable que sucediera. Pero las horas pasaban y no sucedía nada. Cuando llegó el anochecer, decidió que era mejor relajarse. Si algo iba a ocurrir, ya habría pasado, esas cosas no se dejaban sueltas durante mucho tiempo y, si lo estaban estudiando, no podría hacer nada al respecto de todas formas, solo seguir con su propio plan.

Dejó la pantalla a un lado y se acercó a su pila de golosinas, se merecía al menos unas diez después de todo lo que había hecho.

YA ERA ENTRADA LA NOCHE cuando regresó a la casa. Esa vez, dejó la puerta entornada mientras revisaba el interior. Lo encontró tan vacío como la última vez. Resignada, cerró la puerta, la trabó y suspiró. Tendría que comer una de las últimas latas de conserva que tenía, ni siquiera sabía qué era y estaba pasada, pero, hasta ahora, ninguna la había enfermado. La calentaría un poco y luego descansaría. El cuerpo todavía le dolía.

EN MEDIO DE LA NOCHE, se acercó a la casa de ella. Todas las luces estaban apagadas, por supuesto; tampoco salía humo de la chimenea. No tendría nada para cocinar, él se había encargado de eso. Por lo menos, había hecho algo dentro de los parámetros de su misión y ella todavía estaba viva, lo cual le daba tiempo para seguir con su propio plan. Sin embargo, tal vez tendría que recordarle su presencia, no quería que creyera que estaba a salvo, porque no lo estaba. El final sería el mismo, eso no había cambiado, él solo había decidido posponerlo, nada más.

SE DESPERTÓ AGITADA. Le llevó unos momentos darse cuenta de que había escuchado un ruido en el piso de arriba, o sea, a nivel del suelo. ¿Dentro de la casa? No estaba segura.

Se levantó y apretó los labios para que no se le escapara un gruñido. Con la frescura de la noche, los músculos se habían quejado del movimiento repentino.

Se acercó a la puerta que llevaba a la casa y esperó. No hubo más

ruidos. Así que se animó a abrir; en la mano, llevaba el arma.

Caminó en penumbras, inquieta, sin dejar de mirar alrededor, aunque no era mucho lo que veía. En general, no entraba casi luz de afuera y la luna apenas estaba a la mitad aquella noche.

Llegó a la entrada principal, seguía cerrada con traba. Miró por la ventanilla. La noche estaba llena de sombras, pero le llamó la atención una que se movía bastante cerca de la casa, por la zona de la zanja. Fue solo un momento, pareció darse la vuelta para mirarla y luego desapareció. Había sido él, estaba segura. ¿Para qué había venido? ¿Acaso querría explicar lo que había pasado, por qué la había salvado? Ya le gustaría saber eso, pero no se atrevía a salir de la casa. No con él fuera, en medio de la noche. Ya tenía desventaja de día; de noche, no tendría ninguna oportunidad.

Recorrió la casa para verificar que todo siguiera tapeado y regresó al sótano. Pero no pudo volver a dormir, no dejaba de pensar en qué estaría haciendo él al lado de la zanja. Tal vez, le había dejado un mensaje. Tendría que esperar a la mañana para verlo.

CUANDO REGRESÓ A SU SÓTANO, se sentía mejor. Actuar de acuerdo con la programación traía su propia recompensa. Se acostó sobre la cama que había armado en uno de los rincones y cerró los ojos. Se durmió unos instantes después y no se despertó hasta que lo llamó el sensor que tenía implantado dentro. Estaba configurado para levantarlo al menor peligro cuando estaba de cacería y a la misma hora predefinida, si lo configuraba en modo «zona pacificada».

Cuando salió de la casa, a la mañana siguiente, ella estaba esperando fuera. La vio avanzar con lentitud, rengueaba un poco, no se había recuperado de sus heridas por completo. Lo que no era una sorpresa, no la había curado del todo, solo lo suficiente para que no se muriera pronto.

Ella no se acercó demasiado. Se mantuvo a varios metros. Lo estaba observando, estaba seguro de eso; tal vez, incluso, esperándolo. Sin embargo, cuando él abrió la puerta, la vio salir corriendo, con torpeza.

Se acercó al lugar donde ella había estado parada. Quería saber qué había visto desde ahí, por qué se había quedado tanto tiempo allí parada, observando la casa.

No vería nada particular desde esa distancia o ese ángulo, en realidad. No fue hasta que llegó al lugar exacto que lo descubrió, y sonrió.

LAS HORAS SE ESTIRARON hasta la mañana. En parte, había deseado que la venciera el cansancio y pudiera dormir un poco, pero se había mantenido alerta todo el tiempo, con su mente pasando por todos los escenarios y todas las posibilidades de lo que había sucedido en la zanja. Intentaba discernir por qué él le había salvado la vida, por qué había vuelto a visitarla a la noche, pero no había iniciado ningún contacto. No quería que la esperanza se le acrecentara demasiado, no sería ella la primera persona que hiciera un contacto civilizado con un extraterrestre, ¿cuáles eran las posibilidades?

Otra parte de ella pensaba que sí, que tal vez se habían dado las condiciones favorables: él no la había matado tan rápidamente, ella se había mostrado también bastante pacífica. Tal vez podrían hablar, tal vez podrían llegar a un entendimiento.

«No, no puedes pensar así. Levantarte los ánimos y después quedarte en la nada. Ya bastante tienes soñando con un ejército de humanos que llegará en cualquier momento a salvarte».

Suspiró y volvió a mirar la hora, todavía faltaban dos para el amanecer, pero ya no podía esperar sentada. Decidió levantarse y hacer un poco de ejercicio, tenía que mantenerse en forma y flexible.

A la hora, no lo soportó más y salió de la casa. Si bien la luz todavía era escasa, lo que fuera que encontrara podría llevarlo dentro de la casa para estudiarlo. Salió con cautela, no había nadie en el exterior, estaba segura. La zanja le pareció más lejos de lo que, en verdad, estaba y le dolía el estómago más a la vez que se acercaba.

Alcanzó el hueco y miró hacia el fondo. Esparcida en diferentes pedazos machucados, estaba la rata que había estado persiguiendo. Inservible ahora para ser consumida, pero lo bastante visible para que se entendiera el mensaje.

Extraterrestres VI

LOS PRIMEROS MILES de millones habían sido fáciles. El problema consistía en aquellos que no vivían en grandes ciudades o que habían logrado huir antes de la destrucción. Él todavía lamentaba cada vez que las ciudades quedaran arrasadas. Siempre había apreciado vivir en las construcciones de otras especies. Si bien algunos las encontraban incómodas, para él, formaba parte de la experiencia de la nueva vida.

Esa vez, le había tocado una ciudad pequeña en el interior de un país que no era de las principales potencias. Se instaló en una de las casas más grandes. Tardaría solo unos días en terminar con la gente que quedaba en la zona, los sensores indicaban solo tres señales de vida y una de ellas era un niño.

«Fácil», se dijo él y casi sonrió, ya se le estaban contagiando las costumbres humanas.

La única desventaja consistía en que no podía acondicionar la casa a algunas de sus necesidades. Este mundo era un poco más caliente que el suyo, o de lo que recordaba del suyo, y la casa no contaba con un buen sistema de climatización; en realidad, ninguna lo hacía. Era casi como vivir a la intemperie y sufrir cada una de las variaciones climáticas del planeta. Eso cambiaría cuando ellos se asentaran, les llevaría un par de años deshacer el impacto causado por los seres humanos; solo eso bajaría la temperatura; sin embargo, tendrían que disminuirla un poco más para adecuarla a sus necesidades y luego instalarían la tecnología para controlar el clima. Eso demoraría un año más, por lo menos.

Miró alrededor, al pueblo destruido. En una década, sería totalmente diferente. Se vería igual a una de sus propias ciudades, no

quedaría nada reconocible de aquella cultura. En cierta forma, le resultaba bastante aburrido. Era un desperdicio trasladarse a otro planeta e invertir en él para que fuera exactamente igual al anterior e igual a la nave en la que vivían entre planetas…

Se quedó inmóvil un momento mientras limpiaba esos pensamientos de su cabeza. Eran improductivos e innecesarios. No podría cambiar nada. Solo podía seguir con el plan.

Revisó las dos plantas de la casa y decidió quedarse en el sótano, era bastante amplio y contenía una colección de botellas. Probó algunas, eran demasiado aguadas para su gusto. Las llevó a los pisos superiores y guardó en el sótano toda la comida y tecnología que había recuperado del pueblo.

Estudió el mapa en la pantalla. Según la descripción, se trataba de una ciudad pequeña, pero después de verla, para él, no era más que un pueblo. Trazó las rutas tentativas. En las primeras veinte horas, terminaría de recorrer todas las casas en busca de aparatos. También tendría que matar cualquier humano que se le cruzara, aunque no era la prioridad en ese momento. Y, en general, prefería que no lo vieran en esa etapa. Si bien no importaba que se dispersaran o trataran de huir; en realidad, era más sencillo si los encontraba a todos en una misma casa.

Después de asegurar su ubicación, sobre todo el sótano, salió al pueblo. Ya se había ocultado el sol, esperaba hacer la mayor parte del trabajo durante esas horas. Comenzó desde el norte y fue bajando hacia el centro. Los aparatos tecnológicos que encontró eran igual en todas las casas, una especie bastante aburrida. Ya no funcionaba ninguno y varios estaban rotos, solo recogió los que podrían volver a activarse o tuvieran partes reutilizables.

Al llegar a la mitad del pueblo, decidió regresar a la casa para guardar lo que ya había recolectado. También se había hecho con algunos recuerdos, artículos que no sabía qué eran, lo investigaría después, y algunas comidas en reserva, todo lo que pudiera mantenerlos alimentados durante un tiempo, las cosas pequeñas. Ya haría un segundo rastrillaje para terminar con los restos de comida; aunque, en esa ocasión, comenzaría con el supermercado más grande que había en aquella ciudad.

Cuando salió de la casa otra vez, sintió un olor diferente en el aire. Se movió con rapidez para ocultarse detrás de un auto cercano. Todavía estaba oscuro, así que, si no se movía, sabía que los humanos no lo verían, era muy poco lo que distinguían en la oscuridad. Desde allí, vio a un humano caminando entre los escombros, era bastante viejo y se movía con dificultad. No parecía preocuparle que lo vieran o, tal vez, no creía que hubiera nadie que pudiera hacerlo. No llevaba linterna, por lo cual tropezaba bastante, aunque avanzaba con cierta

rapidez.

Se acercó al viejo poco a poco, quería observarlo antes de aniquilarlo. Tal vez fuera la única oportunidad que tendría de ver un espécimen vivo durante un tiempo, la única que tendría para siempre, luego solo serían un registro más en la base de la nave. Era bastante endeble, anciano y con la mirada perdida, avanzaba sin preocuparse por echar una ojeada alrededor, no parecía buscar nada en particular. ¿Qué podría estar haciendo por la calle de noche? En general, los humanos no salían a esas horas, por lo menos no los que no tuvieran buenas intenciones.

Se acercó un poco más y el viejo se paró de repente, se giró en su dirección y lo atravesó con la mirada.

Al principio, él se sorprendió; el oído de los humanos era el peor de sus sentidos, no había razón para que lo hubiera escuchado. Se quedó quieto, a la expectativa del siguiente movimiento. Si lo mataba ya, solo quedarían dos humanos y su tarea terminaría muy pronto; o, mejor dicho, solo uno, bastaba con que matara al adulto para que el niño no sobreviviera.

El viejo lo observó por otro instante, atento, el cuerpo tenso. Luego se giró y siguió avanzando, con el mismo cuidado que antes, aunque con un poco de prisas.

Él se movió con más cautela y se paró justo delante de él, como invitándolo a que hiciera algo.

El viejo se quedó inmóvil otra vez.

—¿Eres tú? —musitó.

Lo estaba mirando de frente, pero no lo veía.

«Está ciego», pensó.

Por eso no lo veía y lo había oído. Cuando los humanos perdían la visión, les prestaban más atención a los demás sentidos. No había esperado que lograran adaptarse lo suficiente como para caminar…

«De noche, de día: es lo mismo para él. Por supuesto».

Podría matarlo en ese mismo momento. El viejo no tenía cómo defenderse, ni siquiera podría anticipar el ataque; aunque, claro, la mayoría no podría. Sin embargo, le pareció más interesante descubrir a dónde iba, qué buscaba. Tal vez, lo guiaría hasta el otro humano o algún otro escondite o algún trozo de tecnología o más comida que debía tomar.

El viejo esperó un poco y luego continuó caminando.

Él notó que le temblaban las manos y se tropezaba con más frecuencia. Tenía miedo. Sabía que no estaba solo, no estaba seguro de quién estaba con él. De todas formas, no tenía manera de sospechar que no era un ser humano, estos también se peleaban entre sí. Decidió seguir al viejo a mayor distancia.

Después de unos momentos sin incidentes, pareció recuperar la

confianza, aunque su cuerpo seguía tenso. El hombre llegó al supermercado.

«Claro».

Lo siguió dentro.

El viejo recorrió los pasillos con agilidad, debía de vivir allí desde hacía tiempo. Alcanzó uno de los últimos instantes y tomó algunos de los paquetes grandes de…

Pañales, alcanzó a leer y se preguntó si lo habría hecho bien. Solo aprendían lo básico del idioma de la región asignada. De esa manera, resultaba más sencillo comunicarse con los demás y entender lo que decían sin la necesidad de un traductor, excesivo para ese tipo de misión. Preferían bajar a los planetas con la menor cantidad posible de tecnología, una norma que se había impuesto después del Desastre.

Sacó su pantalla personal y realizó una rápida búsqueda. La apagó casi de inmediato.

El viejo cuidaba al niño. Si lo hubiera matado, hubiera acabado con dos a la vez; por suerte, se había contenido. Podía disfrutar de unos días más de esa manera. No hacía falta que cumpliera esta etapa si no completaba primero las otras dos. Aunque pudiera terminarlas después, resultaba muy tedioso limpiar una zona en la cual ya no quedaban seres vivos. ¡No era el trabajo de un guerrero!

Varias veces, había expresado su opinión de que esa parte debería ejecutarla alguna de las otras especialidades. No obstante, el comandante siempre había sido muy receloso y quería que solo hubiera soldados en el planeta en esa etapa. Con lo cual, no les quedaba más opción que realizar las tareas más aburridas. Aunque había algunas ventajas con la comida, les daba la oportunidad de probar sabores nuevos; pocas de ellas se incorporarían a la base global de alimentos. La mayoría sería etiquetada y guardada para siempre en una sección que no veía nadie más que los planificadores.

El viejo agarró otros paquetes, más pequeños que el primero, y los guardó en un bolso que luego se colocó a la espalda. Para entonces, ya parecía más relajado y salió del supermercado con calma. No era necesario seguirlo.

Ya que estaba allí, aprovechó para echar un vistazo a los productos regionales. Este supermercado tenía pasillos más ordenados y con más bienes que el último que había visitado. La parte más interesante de aquel había sido la sección de dulces, así que buscó lo mismo en este. Recogió varias de las barras de chocolate, eran bastante grandes. Se sintió un poco más emocionado con aquella tarea. Sin duda, se merecía comer otra de esas delicias. Abrió el paquete sin preocuparse por si hacía ruido o no. Estaba seguro de que el viejo se había ido.

Por lo menos, lo estuvo hasta que recibió el primer golpe en la

nuca. Tardó en girarse, no quería tener que hacerlo ahora. ¿Por qué había regresado? ¿Cómo lo había sabido? No había hecho ruido, en realidad.

Esquivó el segundo golpe y no pudo evitar ver dónde se escondía el viejo. No lo había hecho muy bien. No podía saber dónde estaba realmente y lo que tenía alrededor. Tampoco debería haberle acertado; aunque apuntara muy bien, ¿cómo podía saber dónde estaba ubicado él con exactitud? ¿Cómo podía saber a qué parte del cuerpo estaba…?

«Claro, cree que soy humano y apunta donde estarían mi cabeza —el tercer golpe le dio en el pecho—. ¿Por qué pensaría otra cosa? Aunque no entiendo por qué ataca primero, no está acondicionado como nosotros para… O tal vez sí, tal vez también sea un soldado».

Se acercó con cautela al viejo detrás de unos carteles de promoción, las imágenes eran grotescas, ¿quién querría ver un rostro humano de ese tamaño? El viejo respiraba con agitación. Tenía la mochila a un lado y una lata de conservas en la mano, probablemente, lo próximo que iba a lanzarle.

—Sé que estás ahí —murmuró el viejo.

Él ladeó la cabeza. Por más que entendiera su idioma, no podía contestarle, hacía miles de años que había perdido las cuerdas vocales, no eran necesarias para los soldados. Solo debían obedecer. La poca comunicación que se daba entre ellos o con sus superiores se podía realizar a través del transmisor neural que llevaban todos o sus pantallas.

—No eres humano.

Se sorprendió. Esos seres debían de tener más sentidos de los que informaban las especificaciones.

—No me ganarás sin una pelea.

«No sería justa, no tendría sentido».

El viejo se levantó a duras penas y lo enfrentó. Se apoyaba más sobre una pierna que la otra, aunque no había ninguna herida visible. Levantó ambas manos sobre su cabeza, con la lata entre ellas.

Él suspiró y le dio un solo golpe.

El cuerpo voló hacia atrás y golpeó contra la pared. Se oyó cómo se quebraban varios huesos, incluido el del cuello.

Echó un último vistazo a la mochila y decidió ir en busca del bebé, ya que había sido compasivo con uno, podría serlo con el otro también.

Ambos XII

OBVIAMENTE, NO ERA LA PRIMERA VEZ que lo veía. Lo había hecho decenas de veces y él la había visto a ella. Sin embargo, era la primera vez que lo observaba de cerca, que sentía su olor y percibía su respiración. Él estaba sentado a la vuelta del principal supermercado, donde las personas que habían vivido allí dejaban sus autos para hacer las compras; aunque, por la extensión del pueblo, no valía la pena tener un auto, a menos que uno trabajara fuera.

Ella había ido en busca de comida. Sabía que el *stock* no se renovaba, pero la esperanza la empujaba a revisar una y otra vez, deseando encontrar algo que no hubiera visto antes. Él no solía andar por ahí a esa hora, era media tarde y el sol estaba en lo más alto. Ella estaba segura de que no le gustaba el sol, aunque no parecía afectarle de ninguna forma evidente.

Tal vez, se estaba volviendo descuidada después de varios encuentros en los cuales él no había intentado matarla. Trató de recordar su aproximamiento; si bien no había visto nada raro, ahora que lo pensaba, no había revisado el perímetro del edificio antes de entrar ni había intentado asomarse a través de las ventanas por si había sombras moviéndose dentro. Incluso, había hecho bastante ruido mientras revolvía entre los estantes que estaban en el suelo y revisaba cada recoveco de los muebles accesibles. Cuando se había rendido, después de encontrar nada más que una pequeña lata de choclo en granos, bastante golpeada, salió al pequeño estacionamiento a mirar el sol. Desde que habían pasado tres días sin él, le gustaba observarlo cada tanto, como si necesitara comprobar que siguiera allí y que fuera visible.

Estaba tan ocupada mirando hacia arriba que no notó lo que tenía

al lado. Cuando bajó la mirada para leer otra vez lo que decía la lata, el borde de su ojo detectó un bulto y, luego de echar un vistazo hacia el costado, se quedó inmovilizada. Él estaba allí, sentado en el piso, contra la pared, con los ojos cerrados. ¿Estaría durmiendo? No lo creía, jamás dormiría bajo el sol cuando se preocupaba tanto de evitarlo. Por lo menos, todos los de su especie que había visto y lo que había leído sobre ellos era que lo evitaban. Durante los primeros días, esa había sido una leve esperanza que se desvaneció casi tan rápido como todas las demás.

Se quedó inmóvil, apretando la lata en la mano y los dientes hasta que las mandíbulas le estallaron de dolor. Llevaba el arma a la espalda. Solo tenía que estirar el brazo hacia atrás y podría tomarla lentamente por la culata. Le quedaban solo dos balas, pero no creía que pudiera usar más de una. Eran más rápidos de lo que indicaban sus abultados cuerpos.

Él seguía sin moverse y sin abrir los ojos. Aun así, ella sabía que había detectado su presencia; sencillamente, no le importaba. ¿Tan seguro estaba de sí mismo? Eso la llenó de rabia y casi estiró el brazo con violencia para…, no, tenía que tener cuidado, si fallaba…, si lo hacía enojar…

No importaba lo que ocurría en el mundo, lo que había sucedido, ella no estaba lista para morir. Quería creer que aún había humanos en algún lado, resistiendo; todo era cuestión de encontrarlos. Después de todo, eso era lo que se había propuesto cuando abandonó el hogar de su padre, después de la mísera tumba que había cavado a un costado. ¿Cuándo había decidido quedarse en ese pueblo? ¿Cuando él le había perdonado la vida? ¿Solo eso había hecho falta para que ella perdiera toda la resolución de seguir luchando?

Inspiró y contuvo la respiración. Se arrepintió al momento, no quería hacer ruido. Mientras trataba de largar el aire en silencio, lo observó. Su olor era raro, a animal salvaje, casi como un lobo. Aunque no se parecía en nada a ellos. Probablemente, medía más de dos metros y pesaba unos 200 kilos. El cuerpo parecía fofo; sin embargo, esos cuatro brazos se movían con más velocidad que la lengua de un sapo. Las piernas lucían similares a las de un canguro; sin duda, no le costaba correr ni saltar. Se preguntó si estaría cómodo en su posición actual, no parecía la mejor para su cuerpo. De todas maneras, estaba listo para saltar en cualquier momento, de eso estaba segura. Y, sin embargo…, no lo hacía.

POR SUPUESTO QUE LA HABÍA VISTO entrar en el

supermercado, lo había hecho sin revisar nada a su alrededor. Era la primera vez que cometía semejante equivocación. Se estaba volviendo confiada y no debería hacerlo. Si estaba viva, se debía solo a que él deseaba unos momentos de paz antes del próximo paso. Antes de tener que ir a otro pueblo o encerrarse en la nave, quería unos minutos que fueran suyos, sin tanta observación. Además, ella le resultaba curiosa. Hacía tiempo que no prestaba mucha atención a las razas a las cuales mataba para tomar sus planetas. Había perdido el interés luego de tantos ciclos, incluidos varios intentos fallidos de compartir mundos. Era más sencillo arrasar y construir de nuevo, así como era más fácil consumir los recursos de un planeta y moverse al siguiente, en vez de reciclar y mantener.

Había pasado tan cerca de él y no lo había visto. Ya había sospechado que ella no creía que él saliera con el sol de mediodía y, justamente, por eso lo había hecho. Deseaba practicar un poco de resistencia; cada tanto, era bueno para su entrenamiento. No tenía planeado buscarla ese día aún (le gustaba acecharla un poco todos los días). Esa vez sería más fácil, nada más debía asegurarse de que ella lo viera, solo con eso estaba seguro de causarle el temor necesario.

Cuando ella entró en el supermercado, cambió de ubicación y se sentó contra la pared del edificio, cerca de la entrada que ella solía usar. La había estudiado, estaba seguro de que ella pensaba que cambiaba el lugar de acceso, lo cierto era que seguía un patrón y él sabía que saldría por allí. La oía revisar entre las latas, estaba haciendo demasiado ruido.

«Demasiado confiada —pensó—, se merece un buen recordatorio».

La sintió pasar a su lado y notó que le llevó unos minutos darse cuenta de su presencia. Cuando lo hizo, perdió la respiración. Él percibía la tensión de su cuerpo aun cuando los separara el aire. Dejó que ella lo observara, que entendiera quién era, y contemplara su fuerza. Tal vez fuera la primera vez que viera a un soldado de cerca… y, a lo mejor, la última.

Ella, probablemente, intentaría atacarlo, si todavía tenía la urgencia, si no se había *acomodado* demasiado. Podía sentir cómo se movía, la oyó inspirar y contener la respiración; supo que se preparaba para hacer un movimiento, así que abrió los ojos.

ELLA DEJÓ SALIR EL RESTO DEL AIRE. No le había visto los ojos a ninguno, no tenían parte blanca, eran por completo azules, casi iguales al cielo, con diferentes tonalidades que se movían dentro, como círculos concéntricos que nunca se quedaban quietos. La

observaba con calma, la miraba solo al rostro, pero ella sabía que había notado que se había llevado la mano a la espalda y acariciaba el arma.

Él se levantó poco a poco y ella retrocedió con tanta presteza que terminó en el suelo, la lata de comida se le cayó de la mano.

Él se acercó un paso, era todo lo que necesitaba, con sus piernas, para cubrir la distancia que los separaba.

Ella intentó sacar el arma, pero su cuerpo no le respondía.

Él se movía demasiado despacio; se inclinó sobre ella.

Ella se preparó para sentir el golpe, pero él recogió la lata de comida y se alejó con la misma lentitud con la cual se había acercado. Le daba la espalda y no se molestaba por mirar atrás o por cubrirse.

Ella rodó sobre el suelo y se puso de rodillas. Le llevó varios intentos recuperar el arma y muchos más poner el dedo en el gatillo. Cuando disparó, estaba segura de que él seguía en su rango de visión, en su línea de tiro. Sin embargo, cuando oyó que la bala silbaba, advirtió el vacío que él había dejado.

Se giró, no lo veía por ningún lado.

«Demasiado rápido».

Había fallado y había perdido la bala, ahora solo le quedaba una. No sería suficiente, estaba segura de que no bastaría para matarlo. Tendría que hacerlo con otras herramientas y ella no era buena para el combate cuerpo a cuerpo ni le gustaba, era poco lo que había aprendido, lo básico para personas de su tamaño…

Se puso de pie y suspiró.

Se había llevado la única lata de comida que había encontrado, la única que quedaba. ¿Por qué? Él tenía suficiente.

«Tonta. ¿Por qué te preguntas por qué? Quiere que te mueras, después de todo. A lo mejor desea que lo hagas de la forma difícil: de hambre o de locura».

Pateó un chango cercano y unos trozos de madera y se cayó al piso otra vez. Siguió golpeando el asfalto hasta que le sangraron las manos y se le cortó la respiración. No le importaba si él estaba mirando, necesitaba descargar su furia, necesitaba… Debía huir, alejarse de él o matarlo, eran las únicas opciones. No podía continuar así, no podía seguir evitándolas, debía decidirse por alguna acción. Tal vez, él quisiera jugar un poco más, pero ella no estaba dispuesta a darle ese placer, no también ese placer.

Humanos VI

¿QUÉ HABÍA ESPERADO ENCONTRAR al llegar a su pueblo? No estaba segura. Una parte de sí creía que lo hallaría semidestruido, era probable que hubiera caído alguno de esos rayos que atacaron la ciudad. O, tal vez, estuviera intacto, llego de gente que no sabía qué estaba sucediendo. Si bien deseaba que fuera la segunda opción, lo dudaba. Además, había internet y tendrían que haber visto las primeras imágenes… y también las últimas. Los aparatos electrónicos habían vuelto a funcionar durante un tiempo, el suficiente. El pueblo sería un hervidero de gente intentando huir sin saber muy bien dónde y de qué.

Esperaba que nadie se hubiera aprovechado de su padre. Era un hombre bastante mayor y, aunque él renegara, había días en los cuales apenas podía caminar. Era un blanco fácil; sobre todo, por la provisión de comida enlatada que guardaba en el garaje donde hacía años que no había ningún auto.

No estaba preparada para encontrar el pueblo casi intacto y casi vacío. No había gente por las calles ni en los negocios, que estaban, en su mayoría, abiertos. No había electricidad, pero algunos aparatos aún tenían algo de carga. Sin embargo, lo único que logró encontrar fueron los videos que ya había visto en aquella estación de servicio. Había comenzado a creer que los extraterrestres los habían implantado en internet para que ellos los vieran y estallara el pánico. Algo así tendría que haber sucedido en el pueblo, porque había muchas cosas destruidas en el medio de la calle: autos, televisores, computadoras, mesas, incluso heladeras. La gente había enloquecido y luego había desaparecido.

No obstante, sentía que la observaban. Todavía había gente allí,

¿qué esperaban? ¿Sería una emboscada?

«O, tal vez, están vigilando, por si aparece algún extraterrestre. No querrán que los vean. Deberán validar que yo no atraje ninguno y están a salvo».

No pudo evitar sentir un poco de esperanza. Era probable que estuviera a solo unos minutos de encontrarse con un grupo de humanos, una resistencia, alguien que organizara el contraataque o la huida. No importaba, solo quería un grupo con el cual intercambiar ideas sobre lo sucedido y sobre lo que sucedería.

Pero seguía avanzando hacia el centro del pueblo y nadie aparecía.

Empezó a preocuparse. Si no eran humanos quienes las observaban, tendrían que ser extraterrestres o, tal vez, aquellos malditos drones.

Había visto más de ellos en el último tramo antes de llegar al pueblo. La seguían un tiempo y desistían cuando ella no caía en la trampa de la cual le había advertido aquel hombre. Los había visto trasladar cuerpos humanos.

La primera vez había sido toda una sorpresa. Sospechaba que debían de estar haciendo algo así ya que había pruebas de que los humanos morían, pero nunca se encontraban sus cuerpos ni se sentía olor a descomposición, excepto en esa otra estación de servicio. Aquello tendría que haber sido obra de otro ser humano. Sacudió la cabeza, jamás entendería por qué las personas se agredían unas a otras justamente cuando estaban siendo atacados desde el exterior, como si quisieran tener la primicia de la muerte de otro ser humano.

Apartó ese pensamiento de su mente y se concentró en el camino. Avanzaba por el pueblo de forma que, esperaba, pareciera despreocupada. Era difícil simular eso cuando debía estar atenta, esos drones salían en los momentos menos esperados, siempre intentando encontrarla desprevenida. Aunque nada la sorprendería tanto como cuando vio a uno de ellos acercarse al cuerpo de un hombre, debía de tener más o menos su edad y no mostraba heridas externas, tal vez hubiera muerto de algún otro tipo de ataque o ¡quién podía saberlo!, incluso lo podría había matado el mismo dron que ahora lo revisaba con pequeñas miles de agujas que verificaban todo el cuerpo. No sabía qué buscaba, podría estar tomando muestras…, no quería pensar para qué. ¿De qué le servirían esas cosas ahora que estaba muerto?

«Tal vez para matar a los que faltan, para encontrar la forma definitiva de terminar con toda la población humana».

Cuando terminó lo que fuera que estuviera haciendo, el cuerpo del hombre seguía luciendo sin daño aparente… Hasta que, de repente, comenzó a encogerse… No, se estaba comprimiendo, se veía como si lo hubieran puesto en una de esas bolsas de aire comprimido que

logran que el tamaño de su contenido quede mucho más compacto que el original. Este cuerpo se redujo hasta la dimensión de una pelota de tenis.

Ella no había podido evitar ver todo el procedimiento, uno que había sido extrañamente silencioso. Ni siquiera había querido pestañear para no perderse ni un solo segundo de lo que sucedía mientras su cerebro intentaba entender cómo podían hacer aquello, cómo podían romper huesos y comprimir órganos con semejante facilidad, sin ruido ni restos ni destrozos. La pelota de humano entró en el dron y este osciló un poco más en el aire antes de levantar vuelo en otra dirección.

Ella miró el suelo, donde había estado el cuerpo, no quedaba ni el más mínimo rastro de que un ser humano hubiese muerto allí. Esos drones sí que eran eficientes. Todo lo que hacían los extraterrestres era eficiente. No hacía ni una semana desde que habían llegado de la nada y ocultado el sol cuando ella ya no había visto a casi ningún otro ser humano, ni vivo ni muerto, y estaba en unos de los países más poblados del mundo.

Se preguntó si ese proceso que había visto también lo podrían utilizar en cosas inanimadas, eso explicaría por qué las rutas estaban tan vacías. Muchos humanos tendrían que haber huido apenas vieron la nave, no todos se habrían quedado a ver qué pasaba luego. Al igual que ella, tendrían que haber salido a tiempo, o a lo mejor incluso antes, y lo habrían hecho en autos. Ella se había demorado en el periódico en un intento de convencer a los demás, casi dejándose convencer de que podía hacer esa nota. Si no hubiera salido del edificio en ese momento…

—Qué importancia tiene ahora —susurró y se tapó la boca.

Su voz sonaba demasiado fuerte en el silencio del pueblo. En el silencio que se había instalado en todas partes desde que aparecieron las naves.

Cada vez, estaba más convencida de que la seguía un extraterrestre, esperando para matarla. A lo mejor, pensaba que lo guiaría a otro ser humano y podría matarlos a todos justos. Pero eso querría decir… que había otra persona en el pueblo, tenía que haberla.

Estaba segura de que su padre sobreviviría, estaba bien equipado. Lo peor que pudiera pasarle era que un amigo o vecino se le pusiera en contra. Esperaba que aquel no fuera el caso, su padre tenía armas, solo necesitaba tiempo para llegar a ellas y defenderse.

Había llegado al centro del pueblo cuando la vio. Era una pila de cuerpos y estos sí mostraban heridas, algunas bastante grotescas.

No quería aproximarse, no quería verlo de cerca, pero tenía que hacerlo, tenía que saber. El olor creció a medida que caminaba. No

pudo acercarse a más de dos metros y tuvo que utilizar un palo para tocar los cuerpos. Debía revisar si alguno de esos era de su padre.

Suspiró aliviada cuando notó que no era así, pero había algunas personas que conocía, como una de sus profesoras de la secundaria y el hombre del correo, ese anciano tendría como cien años. ¿Por qué matarlo? No lo entendía. Podrían quedarse con parte de la Tierra, no era necesario que los exterminaran, podrían mantenerse separados.

Si esos cuerpos estaban allí, era porque había pasado un extraterrestre; entonces, no encontraría a nadie en el pueblo. Tal vez su padre había huido, tendría que haber sobrevivientes, esos no cubrían la población del pueblo…

«Pero tal vez los drones…».

No había terminado de pensar en ello cuando oyó los que llegaban. Eran seis y todos se pusieron a trabajar de inmediato en los cuerpos. Ella no se quedó a ver lo que hacían; ellos la habían ignorado por completo, tenían otro trabajo.

No podía estar segura de si el extraterrestre se habría ido o si solían quedarse en los pueblos por si aparecían más humanos. Debía llegar a su casa, tenía que saber qué había pasado con su padre, toda la familia que le quedaba. Si había huido con los sobrevivientes, le habría dejado un mensaje. Él jamás se iba sin decirle adónde; a veces, incluso le gustaba dejárselo en código para que ella descubriera su ubicación y fuera a buscarlo. Eso le gustaba tanto como le irritaba. Esperaba que ese fuera el caso.

Aceleró el paso pensando que pronto podría reunirse con él y otros humanos. No podían haberse irse lejos; a menos que hubieran hecho funcionar algún auto, su padre no podía moverse con demasiada velocidad.

Distinguió su casa a la distancia. Tenían pocos vecinos y a su padre no le gustaba tener árboles muy grandes que ocultaran la vista, así que podía verse bastante bien a unos kilómetros. Lucía apacible, ninguna luz, pero no lo esperaba. Se sentía con fuerzas, así que decidió correr un poco, no podía esperar a encontrarse con su padre. Necesitaba ver otro rostro humano, uno amigo, uno que tuviera más ideas que correr, llorar o inmolarse.

Cuando estaba a casi un kilómetro, notó que la puerta de entrada estaba abierta, más bien entornada. Su padre jamás la dejaría así si estuviera dentro o por volver; obviamente, se había ido con la idea de que no regresaría.

Ella se paró e inspiró. Tenía sentido; probablemente, tardarían años en regresar si es que alguna vez lo hacían. Pero eso quería decir que no estaba en casa. Se sintió decepcionada, aunque no debería, había esperado que él huyera apenas se enterara de los extraterrestres, era un superviviente, después de todo. Si había sobrevivido a la guerra

de su país, si había sido el último de su familia en quedar con vida, por supuesto que podía hacerlo ahora que tenía más experiencia y más cosas a su alcance.

Estaba feliz de que se hubiera librado, pero también triste por no poder reunirse con él todavía. Al menos, tenía esperanzas de poder descansar un poco en su casa, aunque fuera unos días, para poder pensar en cuáles eran los pasos por seguir… Pero no, no podía quedarse, el extraterrestre que había dejado aquellos cuerpos podía regresar en cualquier momento, si era que se había ido. Todavía tenía la sensación de que la observaban. Corrió un poco más.

Ya casi estaba en su casa y, allí, su padre seguramente le habría dejado un arma; tenía que saber que ella iría por él.

Abrió la puerta.

Ambos XIII

AL PRINCIPIO, ERA COMO UN JUEGO, no estaba segura de cuál de los dos lo había instalado. No, eso no era cierto, estaba bastante segura de que no había sido ella. ¿Por qué querría jugar a aquello? Pero lo había seguido y se dio cuenta de que lo había hecho con entusiasmo. Había cierta alegría al notar que uno conectaba con otra persona.

«No, no es una persona. Tengo que recordar eso».

Aun así, seguía con lo que fuera que hubieran empezado, era casi un busca y encuentra. Ella buscaba cosas que le sirvieran en aquel pueblo, algunas que debería haber tomado de su pueblo natal antes de haberlo abandonado. Claro que entonces no había sabido que tendría que huir en medio de la noche para no ser asesinada.

Todavía había algunos artilugios que podían ser útiles. Aunque él había hecho una limpieza bastante buena del pueblo, quedaban algunos. Para ella, los había dejado a propósito. Tal vez fueran un señuelo para atraer humanos, tal vez solo fuera su forma de crearles esperanza para después machacarla, tal vez así era como se divertían los extraterrestres. Solo sabía que las posibilidades estaban allí y que él, muchas veces, le dejaba que las vislumbrara, que se acercara a ellas e, incluso, que las alcanzara. Por supuesto que luego se daba cuenta de que, al final, no le servía de nada, y por eso él se lo había dejado alcanzar.

Sin embargo, esa vez estaba segura de que él se había equivocado. Después de todo, no era humano y no sabía realmente qué les servía a ellos o todas las formas en las cuales podían utilizar algo.

Estaba en uno de los estantes al final del supermercado, cerca de la zona de objetos perdidos recuperados. A lo mejor, siempre había

estado allí y había permanecido oculto por las constantes revisiones que había tenido el supermercado. Le había asombrado encontrarlo tan desordenado y que no hubiera ningún ser humano cerca (ya sabía que no encontraría cuerpos). No le había parecido que él fuera así de desordenado; por sus acciones, parecía más bien del estilo metódico. Así que, al principio, había tenido bastantes ilusiones de encontrar otra persona. Si él le había perdonado la vida a ella, ¿por qué no se la perdonaría a alguien más? Aunque, a lo mejor, solo necesitaba uno para jugar. Le recorrió un escalofrío. ¿Y si la persona anterior había muerto porque ella había aparecido? Ella era su reemplazo.

«No, no puedes pensar en eso, estas muertes no son tu culpa, sino de ellos. Ellos tienen la culpa de todo esto».

Aunque creía que los humanos también habían fallado. Si hubieran pasado menos tiempo peleando entre sí, podrían estar mejor preparados para las posibles amenazas que llegaran desde el espacio.

Ahora era demasiado tarde.

Sabía que él no estaba en el supermercado, pero la había visto entrar, de eso estaba segura. Y aun así, no había hecho ningún movimiento. Entonces, o no sabía que había dejado algo de valor o no creía que ella pudiera conseguirlo o que en verdad le sirviera. Corrió hacia el fondo del supermercado. No podía evitarlo, cada vez que estaba fuera de la casa, sentía la necesidad de moverse con rapidez hacia cualquier destino. Estaba a punto de agarrar lo que buscaba cuando le llamó la atención una habitación entreabierta, debía de pertenecer al dueño del supermercado. Había unas mantas en el piso, mantas de bebé…

Abrió más la puerta, había mantas y juguetes y unas mamaderas semivacías. Se llevó la mano a la nariz, el olor a podrido era bastante fuerte. Él podría haberlo limpiado, pero lo había dejado así, había querido que ella lo encontrara. Que encontrara la manta y los pañales y los juguetes. Quería que supiera que antes había un bebé allí y ahora ya no.

Aunque también había otra posibilidad: al bebé podría habérselo llevado un ser humano. Estaba segura de que algunos tendrían que haber huido de ese pueblo, así como ella había huido de su ciudad y del pueblo anterior y de todo lo que había sucedido en el medio. De allí también tendrían que haber escapado algunos humanos, al menos uno, y ese podría haberse llevado al bebé.

«No puedes pensar lo peor», se dijo a sí misma mientras se acuclillaba al lado de las mantas y pasaba los dedos por algunos de los juguetes. No podría tener más que unos meses, tal vez un año, por el tamaño de la ropa que había quedado tirada. Si bien también cabía la posibilidad de que esa ropa no fuera del bebé o de que el bebé no fuera real, de que él hubiera preparado esa escena para…

Se puso de pie y se giró con tanta velocidad que casi perdió el equilibro. La puerta de la habitación seguía abierta. Intentó oír lo que sucedía en el supermercado, si había aparecido algún ruido que no estaba antes, si había escuchado algo mientras estaba agachada de espaldas a la entrada.

«Maldición».

Había bajado la guardia. Él podría haberla atacado en cualquier momento. Tal vez, eso era lo que quería hacerle notar, que ella estaba a su merced, que era fácil distraerla con lo que fuera que él pusiera en su camino, que todo estaba bajo su control.

Tiró la manta a un lado y salió de la habitación. Cerró la puerta tras de sí. No importaba lo que hubiera sucedido allí, si el bebé era real o no, si había huido antes o él lo había encontrado. No había nada que ella pudiera hacer, el bebé ya no estaba y ella sí; ella y él estaban ahí.

Se volvió hacia el estante donde estaba lo que había entrado a buscar, seguía allí. Lo agarró con manos temblorosas. ¿Por qué estaba temblando?

No podía sacarse al bebé de la cabeza, por lo que representaba: era el futuro de la humanidad. Sabía, hacía tiempo, que no habría futuro para ellos, pero uno siempre pensaba que, si había bebés y niños, había una oportunidad, una esperanza de recuperación, de salvación.

Se limpió las mejillas e inspiró con fuerza mientras guardaba lo que había recogido en la mochila. Había planificado volver a revisar el supermercado, pero ahora solo quería irse de allí.

Recorrió los pasillos velozmente y solo se paró un momento frente a la puerta de salida para intentar ver del otro lado de cristal. Era poco el rango de visión que tenía, pero, por lo menos, él no estaba en la entrada. A menos que estuviera a uno de los lados y…

«Siempre pensando cosas agradables», inspiró y abrió la puerta.

Salió al trote. Para cuando llegó a su casa, estaba corriendo.

¿POR QUÉ ESTARÍA TAN ASUSTADA de repente? Él ni siquiera se había acercado al edificio. Había observado a cierta distancia. Ella había estado un rato dentro, en busca de uno de los objetos que él había dejado a propósito para que tuviera algo que hacer, así él también tenía algo que hacer y podía demorarse un rato más en esa ciudad.

Sin embargo, ella había tardado demasiado. A lo mejor, había revisado el supermercado otra vez, por otras cosas que le sirvieran,

pero la luz de la pantalla no se había movido mucho. Solo había avanzado unos metros y ahí había permanecido largos minutos. ¿Qué habría sucedido?

No era común que sintiera curiosidad.

Se acercó al supermercado, estaba seguro de que ella no regresaría pronto. La mayoría de las razas no volvía a los lugares de los cuales habían salido corriendo; y si lo hacía, no regresaban solos.

El supermercado estaba como siempre, aunque hedía con más intensidad, había una gran variedad de olores en el aire, no podía distinguirlos todos. La mayor parte pertenecía a diferentes comidas de los humanos, ninguna de las cuales le llamaba la atención. Por suerte, ya había sacado todos los dulces que le interesaban. Llegó al estand del fondo. No había nada extraño allí, nada que no hubiera estado así desde hacía días. Ella ya lo tendría que haber visto.

Miró alrededor, lo único diferente era la puerta cerrada de la pequeña habitación del fondo. Esa puerta había quedado abierta, a él no le había parecido importante cerrarla, el olor a podrido era fuerte en todos lados de cualquier forma. Revisó la pantalla antes de abrir la puerta. Estaba vacío. Solo estaban los artilugios de aquel bebé, nada que pudiera ser utilizado por un adulto: unos juguetes, ropa, comida vencida y unas mantas.

«Esa manta… está diferente, antes estaba extendida y ahora está arrollada, ¿para qué arrollar la manta?».

Se acercó y la levantó, no tenía nada de especial. Eran solo cosas que utilizaban los bebés, en realidad, eran muy similares para todas las razas. Aunque esta parecía bastante apegada a sus infantes, los tenían consigo más años que la mayoría de las razas. Eso no era eficiente, tal vez por eso no habían desarrollado demasiado la tecnología, no habían agrupado a los individuos según sus mejores habilidades, no los habían capacitado desde pequeños en estas. Dejó caer la manta al piso. Debía de ser eso, habría creído que había un bebé, tal vez lo había buscado, hasta que llegó a la conclusión lógica.

«Eso no debería asustarla, no más que de costumbre, ya sabe para qué estamos aquí, ¿o acaso creería que omitiríamos a los niños? —Vaciló—. No, eso, en realidad, no es omitir y ella no lo sabe. Solo vio los indicios de que hubo un bebé y ya no… Claro, cree que yo…».

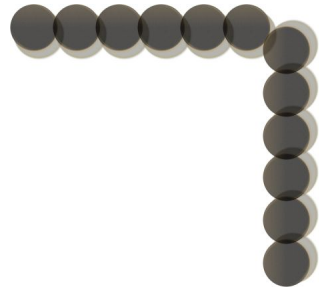
Sin embargo, no era así. No había dejado esas cosas allí a propósito como una amenaza; no le había parecido importante. De todas formas, no le molestaba que lo tomara como una; después de todo, era cierto que había acabado con la vida de aquel bebé, era irrelevante que el dron se lo hubiera llevado vivo a la nave, su vida estaba acabada.

Volvió a dejar la puerta entornada. Si aquello le molestaba, tal vez la mantuviera con vida un poco más, buscaría venganza, estaría

furiosa… Como fuera, no se rendiría, no se iría. Necesitaba que se quedara un poco más.

Revisó la pantalla una vez más antes de salir del supermercado. Ella seguía dentro de su casa y él no había recibido ninguna notificación. Se estaban demorando demasiado, la invasión terminaría en unos cuantos días, por lo menos, la única etapa en la cual los soldados podían comunicarse entre unos y otros con cierta libertad, aun así, era muy arriesgado.

Las condiciones no se habrían dado todavía, pero tampoco se habían dado en la invasión anterior. Llevaban demasiadas décadas sin comunicación verdadera. En la nave, apenas si habían podido verse casualmente entre ellos. Necesitaba hablarles, verlos al menos una vez y comportarse como realmente quería; si no, se volvería loco y no quería estar encerrado en la sección científica de la nave de nuevo. Lo usarían para más experimentos, tal vez incluso, para ponerle implantes de los nuevos genes humanos. Realmente, no quería oler como ellos, le hacía perder todo su apetito…, aunque las mujeres tenían un tufo un poco más débil.



Extraterrestres VII

El desembarque había ido según lo planeado.

«¿Están listos?», preguntó el comandante de la misión a tierra, quien los llevaría a sus coordinadas asignadas mientras los demás continuaban segando las áreas que les tocaban.

Él asintió junto con los demás soldados. No hacía falta decir nada en voz alta.

Y tampoco podían.

Las naves los iban liberando por región y cada uno corría hacia la ciudad o pueblo que tuviera asignado. En esa ocasión, a él solo le habían dado tres. Había pensado que eran muy pocos para la cantidad de ciudades que poseía esta raza en el mundo, pero también era cierto que habían salido con todos los soldados, algunos con las últimas mejoras por primera vez desde la última modificación y que no invadirían todo el mundo a la vez. Las naves recorrían el globo por zonas, perpetuando una noche durante días antes de permitir de nuevo el sol y soltar a los soldados y a los drones. Era probable que luego lo hicieran ir a otro continente, aunque no era seguro, dependía mucho de su efectividad y él se mantenía debajo del radar, no quería volver a estar en la mira nunca más.

Apenas la nave tocó el suelo, los soldados salieron en grupos de dos decenas, todos a unos metros de distancia entre ellos. No se miraron entre sí, se cuidaron de no tocarse ni tener ningún tipo de contacto visual. Solo cuando se hubo separado lo suficiente, él miró la pantalla. No había quedado ningún solado cerca, eso era bueno, quería decir que no lo estaban vigilando, que confiaban en él y también que no tendría que tratar con ningún soldado rebelde o que hubiera perdido el control. Le había tocado uno demasiado deseoso en

la invasión anterior, debía reconocer que no había tenido la paciencia que había tenido su amigo con él y lo había matado a los pocos minutos. Había tenido que quedarse allí hasta que aparecieran los drones de control, hasta que determinaran que él podía seguir con la invasión. Por un momento, había pensado que lo devolverían a la nave. No estaba listo para ello. Si lo hacían, tendría que permanecer en la enfermería durante un tiempo, hasta que se disipara el efecto de la caza que no había podido hacer.

Pero esa vez era libre.

La primera ciudad que le habían asignado estaba bastante lejos del lugar de desembarque, así que disfrutó de la sensación de correr ora a través de bosques ora a través de carreteras. Esa raza tenía rutas por todos lados, aunque con trazados caprichosos. Si bien no había querido mirar la pantalla mientras corría, le parecía que no seguían ninguna lógica en especial. Sabía que tenía que seguir corriendo en línea recta durante varios kilómetros. Casi sentía que podía volar, pero tenía que cuidarse de no hacerlo, eso podría mostrar demasiado entusiasmo, a nadie le gustaba que los soldados se vieran tan entusiasmados, ya fuera por estar fuera de la nave o por tener que matar a sus blancos, así era como comenzaban a descarrilarse.

Cuando llegó a su primer destino, notó que era una ciudad bastante pequeña, podría terminar con ella en un par de días. Había pocos humanos merodeando y, por lo que observó, la mayoría lucía desconcertado, caminando en grupos a plena luz del día. Sin duda, creían que con el regreso del sol estaban a salvo, era justamente lo que los estratégicos esperaban que pensaran. Todas las razas se comportaban igual, al menos todas aquellas que vivían la mayor parte de sus días a la luz de su astro.

Se abalanzó sobre el primer grupo de humanos que encontró y los destrozó en minutos. Debía actuar con rapidez si quería que le quedaran unos días para su verdadera misión.

Hacia la noche, había terminado de matar a todos los humanos en las zonas exteriores. Solo le quedaban unos grupos en el centro. Había merodeado alrededor de ellos hasta concentrarlos en las áreas interiores de la ciudad. Si bien no estaban todos juntos, se encontraban lo bastante cerca unos de otros como para vigilarlos con comodidad. No sabía por qué no estaban juntos, tendrían más posibilidades de esa manera. Resultaba más complicado matar a muchas presas a la vez y, posiblemente, tendría que hacerlo en partes. Era agotador quedarse en el centro de tantos objetivos, aunque la ventaja consistía en que, si eran demasiados, podría convencer a algún dron para que fuera hacia ellos en vez de tener que arrastrarlos hasta las zonas de recolección.

Analizó los puntos luminosos en su pantalla. La mayoría estaba

quieta, solo algunos de cada grupo se movían alrededor de los demás. Debían de estar durmiendo, ese sería un buen momento. Cambió la visión de la pantalla para tener más detalles, atacaría primero al grupo que tenía más hombres, sería el que ofrecería más resistencia, el más divertido también. Esperaba que duraran al menos un tiempo, necesitaba sacarse mucha energía de encima. El siguiente poblado no estaba demasiado lejos y llegaría demasiado rápido. Tendría que comenzar rápido con los exterminios. Si tenía suerte, en el último pueblo asignado encontraría humanos restantes, siempre había algunos en los poblados pequeños, creían que no los atacarían allí. Todos aparecían en sus pantallas, no importaba en qué ubicaciones estuvieran o si estaban en ciudades o no. Si quería, en ese preciso momento, podría ver los humanos que quedaban en todo el planeta. La población disminuía poco a poco, pero en forma continuada, avanzando a través del globo. No quedaba siquiera una isla fuera de su rango de visión, incluía hasta aquellas que los mismos humanos no sabían que estaban habitadas.

Después de tomar la decisión, avanzó hacia su objetivo. En ese grupo, además de pocas mujeres, no había ningún niño. Así era como más le gustaba. Acabó con los centinelas primero, duraron solo unos segundos, estaban armados con palos. ¿No tenían más armas los civiles? Había leído que era una población bastante agresiva y altamente armada. ¿Cómo podían tener tan pocas? ¿O acaso habían dejado de funcionar con tanta facilidad? Ese era otro indicio de que no estaban listos para vivir en el universo. Era una de las razones por las cuales habían determinado que lo mejor era eliminar a las razas que no tuvieran la fuerza necesaria de supervivencia. Después de todo, la regla en el universo era la misma que en cualquier mundo: el dominio del más apto.

Observó al grupo que dormía. Las mujeres estaban en el centro y los hombres, alrededor. Ninguno se había percatado de su presencia, descansaban profundamente. Verificó la pantalla, estaban vivos. Tal vez, habían pasado días despiertos durante la larga noche y creían que, por fin, podían descansar. Bueno…, podría…

Caminó varias veces alrededor de ellos preguntándose si debía despertarlos o no antes de matarlos. Miró la pantalla una vez más, los otros grupos seguían en sus respectivas guaridas. Al final, optó por no despertarlos y terminar con rapidez. Él también se tomaría un breve descanso, todavía le quedaba limpiar la ciudad de todos los electrónicos y comida remanente en aquellos lugares donde los primeros ataques no habían llegado. Salió de la guarida y echó un último vistazo a la pantalla antes de elegir una ubicación equidistante ente ambos grupos y dormir un poco.

Solo le bastaba descansar unas cuantas horas. Cuando se despertó,

uno de los grupos se había movido. Se encontraban todos en otra ubicación y se movían con rapidez, debían de haber encontrado algo. Cambió las vistas de la pantalla hasta que pudo ver los detalles, estaban en un supermercado pequeño, debían de quedar restos de conservas. Debía ir allí primero, podría terminar con dos problemas a la vez.

En general, no les dejaban incendiar edificios o destruirlos, esa tarea correspondía a los que venían después, los que decidían la siguiente planificación de las ciudades. Como si alguna vez diseñaran algo diferente a lo que hacían en todos los mundos…

Sin embargo, si lograba que ellos mismos destruyeran el lugar… A veces, algunas razas se inmolaban. Eso le había molestado en las primeras cacerías, ahora apreciaba el hecho de que le facilitaran algunas áreas. Cualquier cosa que le diera tiempo para sí mismo era bienvenida. Todavía era una máquina de matar, pero la eficiencia solo redundaba en su propio beneficio.

Esperó por ellos fuera del supermercado, la mayoría eran mujeres. No había esperado que ofrecieran tanta resistencia.

Ambos XIV

A ALGUNOS LES DIVERTÍA ver cómo las luces se apagaban una a una y, a veces, varias a la vez. Les gustaba contemplar el contraste de una pantalla llena, iluminando todo un sector y luego, de repente, que todo quedara apagado. El monitor mostraba también las estructuras delineadas de un color diferente. Era agradable verlo todo vacío, todo a disposición de ellos, listo para ser usado, para ser vivido.

A él no le agradaba tanto, solo revisaba su pantalla con frecuencia porque sabía que lo observaban y porque quería saber cuánto tiempo tenía, cuánto más tenía disponible para disfrutar de un poco de libertad. Las nuevas armas eran cada vez mejores, pronto ya no se necesitarían tantos soldados.

Los planetas habitables solían ser de tamaños similares; por lo menos, los seleccionados, y no tenían mucha población desperdigada. Pronto, con unos cuantos rayos y otras bombas en los sectores más populosos, ya no se necesitarían más que un puñado de guerreros. ¿Qué harían con ellos entonces?

Ese era uno de los temas que discutían en las últimas reuniones, en los pocos minutos que podían intercambiar ideas: cuál sería su futuro. Los seguían mejorando y se continuaba perfeccionando las armas, la consecuencia natural era que se necesitara menos de ambos. ¿A dónde irían ellos?, ¿terminarían con sus vidas? Algunos de los soldados se habían mostrado algo aliviados ante esa expectativa. Tal vez creían que era la única forma de dejar de ser guerreros. Pero si fuera así, podrían terminar con sus vidas ya, solo había que cometer unos cuantos errores y listo.

«No, también está la posibilidad de que te dejen vivo y te utilicen solo para probar los nuevos experimentos».

Lo recorrió un escalofrío y el recuerdo de un dolor, aunque no podía rememorarlo con precisión.

Él no quería terminar su vida por completo, solo acabar con algunas partes de ella, encontrar otras. Le hubiera gustado cambiar de casta, pero las modificaciones que tenía hechas no se podían volver atrás y no había ninguna otra casta que lo aceptaría con ese formato. Tal vez en la parte de mantenimiento de la nave, en los sectores más sucios de los motores a nadie le importaría cómo se veía. Sin embargo, eso significaría que nunca más viviría en un planeta. Los que trabajaban para conservar las naves lo hacían todo el tiempo, siempre debían estar listas para irse del planeta ante el menor signo de problemas, o cuando los planificadores lo decidieran por capricho. O para traer recursos desde algún planeta vecino. Y eso sí que no podía hacerlo, no podía vivir para siempre en esa nave, ya se le hacían demasiado largos los años entre invasiones. No podría permanecer allí el resto de su vida; sobre todo, cuando no sabía cuántos miles de años significaba aquello.

Había pasado un día desde que quedara una sola luz cuando se encendió otra en el costado, era lo que había estado esperando. Trató de no mostrarse ansioso y mover los dedos con tranquilidad por la pantalla hasta llegar a la esquina donde titilaba un punto de otro color. Lo rozó levemente, el mensaje apareció solo unas fracciones de segundo, pero fue suficiente. Miró un rato más la pantalla, solo para estar seguro, y luego la apagó y se recostó en el suelo. Aliviado. Solo debía esperar unas horas para obtener el lugar del encuentro. Allí tendría que apurarse a hacer todas las preguntas que tenía en mente, debían apurarse a demostrar todas sus emociones por unos minutos, antes de que tuvieran que volver a ser soldados.

LE PARECIÓ SENTIR UN TEMBLOR. Fue muy leve. Ella había estado durmiendo, así que, al principio, había pensado que era parte del sueño que no recordaba. Luego notó que algunas cosas estaban un poco fuera de lugar; sí, se habían movido unos centímetros y ella tenía esa sensación de mareo que le quedaba siempre después de un terremoto. No había experimentado muchos, los suficientes para recordar las náuseas que le provocaba ese movimiento del cielo. Era extraño, era lo único que tenía ese efecto en ella, no le molestaban otros tipos de movimiento, ni siquiera estar de cabeza en montañas rusas, pero ese vaivén del piso, aunque fuera un pequeño zigzag, le revolvía el estómago.

Ahora se sentía intranquila. No tenía forma de saber si había un

terremoto normal o no, podría haber sido provocado por algunas de las armas de ellos.

Subió al piso superior y miró por la ventana, era muy poco el rango de visión que tenía. Todavía no estaba oscuro.

Salió a la noche. Él no estaba por ahí, así que rodeó la casa, no se veía nada, no había ningún olor en el aire y todo estaba quieto. Tal vez había sido un recuerdo, no hacía poco había sentido lo mismo, cuando se despertó luego del ataque al dron y de ver arder su casa. Cuando creyó que ya no iba a despertar, lo hizo a unos kilómetros del pueblo. Todavía se veía el humo de su casa. No quiso regresar, no quiso averiguar lo que había pasado. Huyó. Se sintió mal durante varias horas y siguió corriendo. Había creído que el extraterrestre le había hecho algo o tal vez alguno de los drones la había envenenado, ahora estaba segura de que lo que la había despertado había sido un terremoto, ¿provocado por quién? No tenía idea.

En su casa, se habían sentido algunos durante su niñez, así que no sería raro que aparecieran más; tal vez, justamente por las armas que habían usado los extraterrestres en las grandes ciudades. O tal vez era otras armas que estaban utilizando para aniquilar a más humanos.

Con la misma sensación de que algo no estaba bien, regresó a la casa. Esos recuerdos que todavía no podía explicar y tal vez nunca lo hiciera. No sabía cómo ni por qué había sobrevivido. El extraterrestre no la mató y alguien, incluso el mismo extraterrestre, la había alejado del pueblo, la había dejado escondida en la ruta a unos kilómetros. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Por qué no se habían quedado allí hasta que ella despertara?

Tantas preguntas sin respuesta la estaban volviendo loca. Necesitaba hablar con otro ser humano.

Revisó las radios que había encontrado. Aunque eran viejas, parecían tener todas las partes e inclusive unas baterías. ¿Por qué no encendían entonces? Hubiera deseado que su padre le enseñara algo más de electrónica y no solo a sobrevivir en la naturaleza y manejar armas.

Su padre. Todavía dependía de él, todavía le echaba la culpa de las cosas que ella no sabía o no había logrado. *Ella* tendría que haber aprendido más de electrónica, no había ninguna razón para no haberlo hecho. Pero había pensado que su padre…

«Ay, papá; al final, terminé dependiendo de un hombre, de ti. Pero ¿quién puede realmente no depender de nadie? Para eso tendría que estar siempre sola, tendría que haber crecido sola».

Frunció los labios mientras miraba las radios. Tal vez si lograba conectar la batería a algo más grande, algo a lo que todavía le quedara restos de electricidad. ¿Qué tan difícil podía ser? Lo había visto en películas cientos de veces. No perdía nada con intentarlo; por lo

menos, lograría sacar de su mente, por un rato, todas las preguntas para las cuales nunca tendría respuestas.

ANTES DE DORMIR, revisó la pantalla otra vez. La luz en la casa de ella se movía. Solía estar activa durante las noches. No estaba muy seguro de qué hacía, tal vez solo necesitaba liberar energía. No había mucho que hacer en los días, solo vagar por el pueblo con la esperanza de encontrar algo que él sabía que no haría. A lo mejor, esperaba a alguien; a lo mejor, había elegido esa casa porque pertenecía a algún conocido, muchas especies hacían eso.

En realidad, no importaba. Ni esos ni los que intentaban sobrevivir por su cuenta a como diera lugar lograban parar la invasión. A él le convenía que se quedara un poco más, por eso había dejado a propósito algunos restos de electrónicos por el pueblo. Al final, se daría cuenta de que no servían de nada, pero la mantendrían entretenida durante un tiempo. Era de las que les gustaban las esperanzas, estaba seguro de ello, había acechado a suficientes para saberlo. Solo debía mantener esas esperanzas durante unos días más, cualquiera aguantaba unos días. Si él podía esperar años y años en una nave, ¿por qué no podía esperar ella unos días?

Humanos VII

ESA ERA LA ÚNICA NOTA que había dejado su padre y, a pesar de ser tan corta y tan directa, era todo un enigma. Uno que ella jamás solucionaría. Escrito de su puño y letra, en un trozo de papel, con una lapicera, como adoraba hacer, le había dejado un: «Lo siento».

Tenía esa nota en el regazo. A ella le sorprendió que no se hubiera caído al piso. O, tal vez, sí lo había hecho y alguien más la había vuelto a levantar.

«No, si no, ¿por qué dejarlo aquí? ¿Por qué no llevarse la comida y el arma?».

Nada tenía sentido.

Se alejó porque el olor ya le estaba dando arcadas. Él tuvo que haberlo hecho hacía días, había perdido la esperanza con tanta rapidez.

«¿Por qué?», volvió a preguntarse ella mientras las lágrimas caían sobre el trozo de papel ahora en su mano. Por más que lo mirara, solo decía: «Lo siento».

Se quedó un rato sentada en la cocina. No sabía cuánto, lo suficiente para acostumbrarse al olor, para no sentirlo más, casi para haberlo olvidado. Podía pensar que su padre seguía vivo, que aparecería en cualquier momento o que hallaría la nota con la frase para encontrarlo, solo tenía que buscarla en sus lugares favoritos, en la sala, en la biblioteca, en su dormitorio. En general, dejaba las cosas que le parecían más importantes donde antes había pasado más tiempo su esposa, cualquier cosa que ella hubiera usado o lugar en el cual hubiera permanecido era precioso para él. Debería estar buscando…

Pero no podía borrar de su mente la imagen del cuerpo de su

padre, de la parte de la cabeza que no estaba, casi no podía ver sus ojos. Esa era la característica de su padre que más le había impactado en su vida, no por su color, ya que eran sencillamente marrones, sino por la viveza que mostraban. Allí podía verse la voluntad de espíritu, la fortaleza interior. Esos ojos siempre la tranquilizaban. Siempre que tenía un problema o algo que le molestaba, sabía que las palabras de su padre la calmarían, pero era su mirada la que realmente le traían confort, era la que le decía que todo estaría bien porque él sabía de lo que estaba hablando, porque él no se rendiría.

«¿Por qué lo hiciste ahora?, ¿por qué no me esperaste? Tenías que saber que iba a venir, siempre hubiera venido».

Miró la nota en sus manos, ya completamente arrugada. Claro que lo sabía, por eso había dejado la nota, por eso se había apresurado a hacerlo antes de que ella llegara, porque sabía que iría. Pero no entendía por qué. Ni siquiera durante los largos años en que su madre había estado enferma se había rendido, ni cuando al fin ella había desaparecido y no le quedaba nada en el mundo se había rendido. Grace sabía que jamás podría reemplazar a su madre en el corazón de su padre, pero lo había intentado y él había seguido adelante. ¿Por qué ahora no?

Hizo un bollo con el papel y lo tiró a un lado. Nunca sabría la respuesta a esa pregunta.

Miró alrededor de la cocina, todo estaba ordenado y limpio, como si no hubiera pasado nada extraño en esos días. Eso quería decir que nadie más del pueblo o ningún vagabundo había estado allí. No le extrañaba mucho, la casa estaba alejada del centro y cualquiera que pasara por la montaña de cuerpos saldría huyendo antes de adentrarse más.

Tal vez podía quedarse, tenía suficientes provisiones para permanecer un tiempo. ¿Para qué ir a otro lado donde encontraría todo igual? Si su padre se había rendido, ¿por qué no podía hacerlo ella?

Se levantó.

Primero, debía enterrarlo. Ya fuera que se quedara allí o no, no podía dejar su cuerpo en la silla. Aun cuando no estuviera de acuerdo con su elección, se merecía un entierro digno y no quedar a disposición de los drones.

—¿Por qué? —susurró y miró hacia la ventana. Estaba tapiada, pero había una pequeña ranura.

Tuvo que acercarse para alcanzar a distinguir el exterior. No se veía a nadie ni nada en las inmediaciones. ¿Por qué los drones no habían ido hasta allí para hacerse cargo del cuerpo? ¿Porque se había matado a sí mismo y no había sido uno de los extraterrestres? Tal vez eso explicaría el olor en la estación de servicio, allí tampoco habían

sido los extraterrestres, de eso estaba segura.

No tenía tiempo de pensar en ello; en realidad, podía hacerlo mientras cavaba la tumba. Su padre siempre le había dicho que el trabajo físico aclaraba la mente y a ella le había parecido que era una de sus más grandes verdades.

«Ya no oiré ninguna otra. Tal vez todas eran mentiras, no lo sé. Todo lo que construiste hasta ahora… y lo destruyes con solo un acto. Si no puedo confiar en tu fortaleza, ¿en qué? Si no puedo apoyarme en ti, ¿en quién?».

Contuvo las lágrimas mientras buscaba la pala y salía a la parte trasera de la casa. Antes, había una pequeña huerta que mantenía su madre. Grace lo había intentado durante un tiempo, pero no tenía buena mano para las plantas y tampoco le interesaban demasiado. Su padre solo se había ocupado de que ese espacio de tierra permaneciera intacto. Ella pensó que era el mejor lugar para enterrarlo. Allí estaría cerca de su madre, siempre había atesorado cualquier cosa que ella tocara.

Trabajó en la tierra hasta que se le lastimaron ambas manos y se le terminaron las lágrimas. No podía depender de su padre, de lo que él haría o había hecho. Él siempre le había dicho eso, le había inculcado la idea de que solo podía y debía depender de sí misma. ¿Acaso siempre había pensado en abandonarla? Ella había creído que solo quería hacerla fuerte, tal vez porque, en el fondo, siempre había deseado un hijo. Ahora creía que solo la preparaba para su abandono.

Se limpió el rostro y se ató un pañuelo en la cara después de respirar hondo. Tendría que arrastrar el cuerpo de su padre hasta la huerta trasera. Era bastante más grande y pesado que ella.

Se acercó al sillón y lo observó. Analizó la mejor forma de hacerlo; al final, optó por estirarlo en el piso y arrastrarlo por los brazos. Aunque no le agradaba estar en ese extremo, temía que, si lo hacía al revés, ya no quedaría nada de su rostro para cuando llegara a la tumba.

«No, no puedo juzgarte por un solo acto, no sería justo. Tal vez te cansaste de los golpes de la vida, este fue demasiado. Aunque, si tan solo hubieras esperado un poco más, si tan solo me hubieras dado unas últimas palabras. Este no era el mejor momento para defraudarme, pero a ti ya no te importa eso, ¿no?».

Arrastrarlo hasta el patio trasero le consumió todas las fuerzas y tuvo que sentarse a descansar un rato antes de terminar la tarea. Le dolían los brazos como nunca, hacía mucho tiempo que no hacía un ejercicio tan intenso.

Finalmente, cuando ya estaba oscureciendo, metió el cuerpo de su padre en la zanja y la tapó con toda la tierra que le fue posible antes de que los brazos renunciaran a seguir alzando la pala y se rebelaran

con un gran calambre.

Regresó a la casa y fue al baño, pero la ducha no era una opción, no había agua. No sabía si no quedaba en el tanque o no había más agua potable en los caños; se habría ido junto con la electricidad. En su camino hasta allí solo había podido usar para asearse agua embotellada y un poco de agua natural que había encontrado en un riachuelo y guardado en la cantimplora.

Permaneció tirada en el piso del baño. Los brazos le latían y le ardían los ojos. No sentía hambre ni sed, solo estaba cansada, tan cansada que ni siquiera podía quedarse dormida.

Se quedó mirando el techo hasta que ya no hubo ningún pensamiento útil en su cerebro. Entonces, se dio cuenta de que todavía no estaba lista para rendirse. Cada vez que lo pensaba, se le ocurrían planes sobre cómo continuar.

Lo que no sabía era si quedarse allí un tiempo, con el riesgo del extraterrestre, y tratar de establecer comunicación con algún otro humano o grupos de humanos o alejarse hacia otro pueblo más grande. No creía que las ciudades en verdad grandes fueran la mejor opción, seguramente acabarían con ellas primero, era donde se encontraba la mayoría de la población y los recursos.

En algún momento de la noche, se quedó dormida y la despertaron los golpes a la puerta. Se irguió de un tirón y todos los músculos del cuerpo protestaron. Con un gruñido, se puso de pie y salió del baño.

Los ruidos provenían de la puerta principal. Eran golpes, probablemente dados por un humano. ¿Por qué un extraterrestre golpearía la puerta para entrar? Estaba segura de que los drones no lo harían.

En el comedor, junto a la silla, había dejado el arma de su padre. La revisó antes de acercarse a la puerta, todavía tenía balas.

Los golpes no cesaban.

Se aproximó a la ventana contigua y trató de encontrar un ángulo que le permitiera ver quién golpeaba.

Era un grupo de hombres, por lo menos, tres.

«Sí», pensó y corrió hasta la puerta. Y ya tenía la mano en el picaporte cuando otra parte de su mente se rebeló. «¿Sabes quiénes son?».

Los golpes eran insistentes, ¿por qué? ¿Por qué no daban voces y decían quiénes eran y qué querían? Revisó las demás ventanas y encontró una que le permitía discernir el perfil de uno de los hombres. No pertenecía al pueblo o, por lo menos, no lo recordaba de la última vez que había estado allí. Tenía una expresión alocada en el rostro, con las venas tirantes y los ojos rojos a la luz de la luna.

«Debe de estar drogado», se dijo ella y se alejó de la ventana.

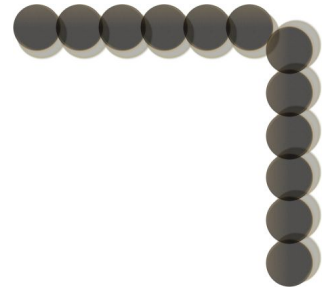
La puerta se sacudía cada vez con más fuerza. Era resistente, pero no sabía cuánto, varios trataban de forzarla.

Preparó el arma cuando escuchó un crujido.

Se puso en guardia para lo que fuera a pasar. Aunque ya tenía una idea bastante clara. No era la primera vez que lidiaba con hombres en ese estado. Si bien había sucedido más en la ciudad que en su pueblo natal, su padre la había preparado para aquellas ocasiones.

Debería estar concentrada, pero había comenzado a pensar que tal vez podría dejarlos inconscientes, esperar a que se les fuera el efecto de la droga. Así, por lo menos, no estaría sola. Alguno de ellos recuperaría la conciencia; después de todo, probablemente solo se habían drogado por lo que había pasado… Sin embargo, apenas rompieron la puerta y entraron aullando, ella disparó.

Y no falló ni una sola vez.



Ambos XV

Había tenido que hacerla arder.

No tendría que haber regresado, tendría que haberse ido después de matar a esa cosa.

Ahora que miraba su casa desde la distancia, creía que podía sentir el chirrido de los drones que habían quedado dentro. Había logrado acumular unos cuantos. Lo único que tuvo que hacer fue juntar los cuerpos que quedaban en el pueblo. De las últimas personas que había visto con vida, algunos habían muerto por sus propias manos, otros habían perecido a manos de ella. Lo más irónico era que no creía que ninguno hubiera fallecido debido a los extraterrestres. No había visto ninguno, solo esos malditos drones que no dejaban de sobrevolar el lugar, esperando a que cayeran muertos para despacharlos a algún destino desconocido. Tal vez se volvían comida para los extraterrestres, luego de ser debidamente procesados.

Casi le dieron ganas de reírse. De todas las películas de invasiones extraterrestres, aquellas cuyo objetivo era comernos ella siempre había creído que eran las menos verosímiles. Uno de los peores inventos de la ciencia ficción, incluidos los vampiros. Ahora resultaba que, al final, ella podría terminar siendo la comida de un extraterrestre.

Mientras observaba la casa arder, notó que algunos drones salían por las ventanas luego de pequeñas explosiones y se elevaban en el cielo.

—¡No! —gritó y disparó las últimas balas que le quedaban en la escopeta.

Logró dañar a dos, un tercero se abalanzó sobre ella. Ella alzó ambas manos para defenderse y sintió cómo se le clavaban las navajas

en los dedos. Al instante, percibió la sangre correr a lo largo de sus brazos.

Creyó que iba a perder los dedos, pensó que se le iban a caer las manos, pero entonces fue cuando lo vio por primera vez: un extraterrestre.

Se acercaba con calma mientras la observaba luchar contra el dron. Parecía que estuviera definiendo si lo ayudaba o esperaba a que todo terminara sin que tuviera que mover un dedo.

Era más extraño de lo que había pensado. Las imágenes borrosas de los únicos videos mostraban una clase de monstruo, este era semihumanoide; aunque tenía algunas partes más animalescas o, por lo menos, se lo parecían a ella.

Sintió que una navaja le atravesó la palma y gritó de dolor al sacar la mano. El dron, irónicamente, se alejó.

¿Por qué? ¿Acaso la habría envenenado y esperaba que muriera en cualquier momento? ¿O había decidido que fuera el extraterrestre quien terminara el trabajo?

Ella se cayó al piso y echó un vistazo hacia el extraterrestre. No se había movido en lo más mínimo. La miró con fijeza un momento y luego desvió la vista hacia un lado.

Poco después, vio que un hombre saltaba sobre el extraterrestre, pero no llegaba a tocarlo. Este le rompió el cuello en el aire y el dron no tardó en abalanzarse hacia la víctima y comenzar a analizarla.

Ella retrocedió en el suelo. Le costaba arrastrarse, las manos no le respondían y no le quedaban fuerzas en los brazos.

El extraterrestre no se movía. No miraba al dron que trabajaba con ahínco a su lado, sino que la miraba a ella y, luego, volvía a mirar hacia el costado.

Esa vez no apareció nada, no había ningún otro humano kamikaze, ni siquiera podía entender de dónde había salido ese, estaba segura de que había recorrido todo el pueblo, no quedaba nadie más con vida. ¿Dónde había estado oculto? ¿Por qué se había mantenido alejado? ¿Habría otros?

No podía saberlo. No era importante en ese momento tampoco. Lo que debía hacer era huir, pero los ojos se le cerraban.

Cuando se despertó, estaba sola. Respiraba agitadamente.

Eso era lo único que podía recordar de aquello. No quedaba ninguna casa, no quedaba ningún pueblo. No quedaba ningún cuerpo, no había ningún dron dando vueltas y no había ningún extraterrestre tampoco.

¿Por qué no la había matado? ¿Por qué la había dejado vivir?

No lo había entendido, hasta que había llegado hasta ese otro pueblo. Allí también el extraterrestre la había dejado vivir. Ella estaba bastante segura de que era uno diferente, pero los dos habían actuado

de la misma manera: la habían dejado vivir y, sin embargo, seguían siendo crueles con todos los demás a su alrededor. A ese hombre le había roto el cuello en un segundo sin siquiera pensarlo y este otro había matado a un bebé.

Sí, estaba segura de que lo había hecho y había dejado la manta ahí para que ella lo supiera. Probablemente, le había hecho lo mismo que al animal que había dejado en la zanja. Era todo un juego para ellos.

El otro extraterrestre la había visto luchar y, tal vez, la había dejado sobrevivir para poder cazarla luego, para divertirse un rato. A lo mejor, si los atacabas de frente, te eliminaban al instante. Era poco el comportamiento que había visto de ellos, pero necesitaba categorizarlo, intentar entender cómo y por qué actuaban de determinada manera. Hasta el momento, las opciones eran: si los atacabas, moría; pero si no eras agresivo en absoluto, también te mataban, porque no les servías para sus juegos.

Al final, todo el tiempo que había estado allí, creyendo que lograba algún avance, que estaba soportándolo todo hasta que llegara algún humano, el grupo que la salvaría; todo ese tiempo había estado entreteniendo a un extraterrestre, tal vez, a varios.

Se levantó de la cama. Estaba cansada, eso no era vida. Había una sola forma de vivir y era darlo todo.

Fue hacia la parte de arriba de la casa y miró a través de la ventana. La zanja seguía allí y, más atrás, se veía la sombra del extraterrestre. Estaba parado de la misma forma que el otro, mirándola, estudiándola.

«Maldición».

Cada vez, lo odiaba más. Tal vez, eso era lo que pretendía, que ella lo odiara lo bastante como para que hiciera algo estúpido.

«Maldición, maldición».

¿Por qué sentía esa compulsión por querer entenderlos? ¿Qué importaba lo que pensaran aquellos que querían aniquilarte? Lo único que importaba era sobrevivirlos.

Aun así, ella no dejaba de preguntarse por qué: por qué la habían dejado vivir, por qué su padre se había suicidado, por qué habían venido, por qué era la última.

LAS NOTICIAS INDICABAN que todo iba según lo planeado. La población mundial se había recudido a un 20 % en solo tres días, pronto quedarían solo aquellos que debían ser cazados.

La zona que le habían asignado no iba a ser irradiada, el área solo

incluía uno de los pueblos vecinos hacia el este. Allí se podría exterminar a todos los humanos con facilidad, no tenía sentido ensuciar el suelo para después tener que limpiarlo.

Todos los grupos humanos que quedaban de resistencia estaban del otro lado, hacia el oeste. Esta mujer era la única que quedaba allí. Tal vez había ido en la dirección incorrecta, tal vez se había peleado con los demás humanos, lo hacían con suficiente frecuencia como para que ellos no tuvieran tanto trabajo.

Esta parte de la invasión terminaría antes de lo planeado si seguía de esta manera. Por eso, era tan importante que esta mujer sobreviviera unos días más. Necesitaba tiempo, quería todo el posible fuera de la nave en la soledad del planeta. Si no fuera por el sol que daba de lleno durante gran parte del día, no sería un mal sitio para vivir.

Cuando regresaran para habitarlo, pediría que lo asignaran a una región más fresca. No pertenecía a una de las castas a las que le darían el mejor lugar del planeta, pero a todos los soldados que cumplieran su cuota en tiempo y forma les permitían una pequeña elección. Solo quería alejarse un poco del sol, nada más. Le gustaban las grandes extensiones de tierra libre. Aunque lo pusieran algo nervioso después de pasar tanto tiempo en la nave. Le agradaba este planeta, era bastante más grande que los anteriores y no estaban tan desgastado. Sería fácilmente recuperado en unos pocos años y les permitiría disfrutar de algunos siglos de tranquilidad.

Ella no dejaba de mirar a través de la ventana. Aunque no la discerniera desde allí, estaba seguro de que lo buscaba a él. Se preguntaba qué estaría pensando allí sola, sin ningún otro humano cerca. ¿Sabría acaso que uno de los últimos grupos de resistencia estaba a solo unos kilómetros? ¿Sabría que estaban a punto de ser aniquilados?

Extraterrestres VIII

MIRÓ POR LA VENTANA, el planeta estaba cada vez más cerca, aunque aún quedaban años luz que atravesar por el universo. No había mucho que hacer durante el viaje. Las tareas de cada uno estaban claras al llegar, eran las mismas que llevaban ejecutando hacía diez mil años, desde que se convirtieran en una especie nómade espacial.

Sin embargo, él no se podía alejar de la ventana. Hacía mucho que no accedían a un planeta azul. Eran tan raros. Sus habitantes no estaban al tanto de lo que poseían, tal vez por eso a él no le importaba tanto quitárselos. Quería saborear el momento en el cual, por fin, pudiera verlo con sus propios ojos y no con las versiones aumentadas de las pantallas a lo largo de la nave.

Un pequeño momento de tranquilidad antes de tener que bajar y matarlos a todos. Era la única solución. Ya lo habían intentado en otros planetas, la convivencia no servía, mucho menos con las razas que eran dobles, jamás alcanzaban a comprender su naturaleza única. Por lo que había visto en los resúmenes, ellos se parecían más al sexo masculino de esa especie; entonces, una vez que los vencieran a ellos, que eran los dominantes, el resto tendría que ser fácil.

Oyó las alarmas que los llamaban a sus posiciones, se estaban acercando. Solo tendría unos segundos para verlo con sus propios ojos antes de tener que acudir a su ubicación para el aterrizaje.

Allí estaba, el mundo azul, flotando en el espacio como una lámpara que lo llamaba. Él sonrió y corrió a colocarse en su puesto. En tan solo una semana, tendrían un nuevo hogar, uno azul, solo para ellos. Tal vez menos, los resúmenes que habían entusiasmado a todos decían no era difícil matar a los humanos.

Sonrió.

«Una semana», se dijo antes de cerrar los ojos y sentir la presión de la gravedad del planeta que lo atraía, llamándolo a su nuevo hogar.

Se regocijó en esa sensación. La sentía cada vez que estaban a punto de invadir un planeta, era casi como una droga y estaba seguro de que se la inyectaban o se la suministraban a través de la comida.

No era suya la sensación, de eso estaba seguro. Tal vez formaba parte de las modificaciones que les hacían a todos los soldados. De todas formas, no importaba o, al menos, no en ese momento.

Cuando la nave llegara al nivel del suelo, ellos podrían bajar. Y correr y ser libres. Vivir separados de la nave con una vigilancia mínima durante una semana, una gloriosa semana donde tendría naturaleza alrededor y libertad. ¿Qué importaba si a cambio tenía que exterminar otra raza? Eso también le ayudaba a calmar las ansias que siempre estaban con él.

Le gustaba ese planeta, a la mayoría le agradaban los azules, eran los que tenían más variedad de colores en su ecología. Casi sentía lástima por todas las razas de animales que se perderían tras la invasión, pero era lo más seguro para ellos. Aunque ya había algunos que habían sido marcados para futuras incorporaciones genéticas. Trató de no pensar en ello; últimamente, varias de esas razas premarcadas desaparecían durante esa etapa de la invasión. Así que ahora se cuidaban de no dejar soldados cerca de las zonas de animales salvajes hasta que se terminara con la extracción de los especímenes de estudio. Él no había matado animales importantes más que en las cacerías después de la invasión o las secretas en la nave. Sin embargo, entendía la razón de que algunos ya no quisieran tantas modificaciones.

Las alarmas cambiaron de tono, aterrizarían en los próximos minutos. En realidad, la nave no tocaba el suelo, sino que los soldados saltaban desde unos cuantos metros. Terminó de ponerse su equipo y se guardó la pantalla en la mochila que llevaba al pecho. Ya había visto la ubicación de la primera ciudad que le habían asignado. Una vez allí, podría prender la pantalla para ver los siguientes blancos y la situación de avance.

Podía sentir a los soldados a su alrededor, cientos y cientos. Ni siquiera ellos sabían cuántos eran exactamente. Dentro de las naves, se mantenían en diferentes secciones, las grandes estaban separadas unas de las otras, y solo mantenían contacto con algunos pocos grupos de soldados y casi nada con las demás castas que no fueran los experimentadores y los que se ocupaban de que se mantuvieran en óptimo estado físico. Y, por supuesto, el control de la salud mental, todas las castas tenían ese control en mayor o menor medida. Aunque había algunos rumores de que los planificadores estaban exceptuados.

Siempre volvía todo a los planificadores, tenía que sacarse ese asunto de la cabeza. Nunca accedería a ellos y tampoco importaba, no harían nada por ayudarlo o cambiar su situación.

Miró de reojo a los lados, filas y más filas de soldados. Todos se veían casi iguales, todos actuaban casi igual, no importaba mucho perder uno, se lo podía reemplazar fácilmente. Solo había que acondicionar a alguno de las otras castas que se había comportado mal.

Había escuchado que ya no se ofrecía nadie para ser soldado. Supuso que por las últimas innovaciones. Él lo había hecho casi al principio de las invasiones. Simplemente, porque no había encajado en ninguna de las otras áreas y había sido rechazado en las pruebas para ser un planificador. Sí, él había sido uno de los preseleccionados, pero, al final, lo habían rechazado. Y él no quería ser nada que no le permitiera conocer los nuevos mundos que lo estaban esperando.

Tal vez había sido una equivocación, tal vez por eso su mente iba, una y otra vez, a los planificadores, porque ese podría haber sido su destino. Quizás ese era, en realidad, su destino y no este constante luchar con enemigos inexistentes, enemigos que ellos creaban solo para tener algo que hacer.

Los soldados a su alrededor estaban inmutables, todos con la vista al frente, esperando a que se abrieran las puertas para saltar a tierra y correr a los lugares que le habían sido asignados. Algunos todavía abrían la boca mientras corrían desaforados, aunque ya casi no emitían ningún sonido. Tal vez, en su mente, lo hacían. Para los más nuevos, era difícil no transmitir los pensamientos o las palabras que estaban en su cabeza cuando las emociones los embargaban.

Él prefería alejarse de ellos, no quería convertirse en la herramienta que habían hecho de él. Aun así, una parte de él todavía ansiaba saltar a la tierra y correr al viento. Y llegar a su destino y destrozar todo lo que se le pusiera delante, feliz de haber cumplido su misión, feliz de tener una misión que cumplir.

Finalmente, las puertas se abrieron a unos metros del suelo. El viento entró con fuerza y ululó por todos los soldados que no podían hacerlo.

Él estaba en la tercera fila, tenía que contenerse como todos los que no estaban en la primera. Miró de reojo otra vez, ningún soldado se había movido, no lo harían hasta que la alarma indicara que ya podían saltar.

El ruido cambió bruscamente y la primera fila se arrojó casi al instante, incluso le pareció que algunos lo hacían unos segundos antes de que la alarma modificara su sonido. Después le tocó a la segunda fila y, finalmente, a la suya.

Como siempre, esos breves segundos le parecía que pasaban en

cámara lenta, como si todavía recordara la primera vez que lo había hecho. Aunque no era igual, esa vez habían tocado tierra con la nave, esa vez los comandantes habían guiado a los grupos en tierra, llevándolos a los lugares asignados, planificando las estrategias con el grupo de soldados asignado a la zona. Esa vez, la matanza había sido tan grande, externa e internamente, que la siguiente los comandantes los habían llevado a todos por separado.

Ahora ya no era necesario, cada uno sabía lo que hacía. Solo los nuevos o los impredecibles eran vigilados, pero eran muy pocos. A él ya no lo controlaba nadie. En el momento en que sus pies tocaran el piso, sería libre.

Saltó y sintió cómo lo envolvía el aire. La tierra los sostuvo con suavidad y él salió despedido en una única dirección. Se alejó de todos y, por un momento, un breve instante, sin mirar atrás, sintió que esa sería la última vez que los vería.

Ambos XVI

SABÍA QUE SOLO LE QUEDABAN unos minutos de vida, no más que eso. Lo podía ver en sus ojos. Allí no había ni furia, ni enojo, ni ira ni compasión, le sorprendió el vacío de su mirada. O tal vez, ella no podía interpretar la expresión de su rostro. En muchos sentidos, era similar al de un humano. Era el cuerpo el que poseía más extremidades y varias de tamaños y formas diferentes. Aun así, dentro de todo, se podía decir que era humanoide. Tal vez lo hubiera sido en un principio, parecido a ellos en algún momento. O tal vez no. Había tantas cosas que quería saber, tantas cosas que le podría haber preguntado, tanto que se podrían haber dicho unos a otros. Podrían haber aprendido tanto… Pero, al fin y al cabo, solo tenía una pregunta para hacer: ¿por qué?

Mientras sostenía las manos de él, intentando separarlas de su cuello, sintió que él las dejaba, relajaba la presión y casi la sostenía como si la acariciaba. Le pareció que había un cambio de expresión en su rostro, pero no podía estar segura, no podía leerlo, nunca lo había podido hacer. Aun después de todo ese tiempo que habían pasado juntos y se habían estado comunicando con acciones. Casi creyó que empezaba a comprenderlo. Ahora que lo veía de frente, estaba segura de que no comprendía nada. Aun así, sentía que a él no le importaba matarla, en realidad, solo lo hacía porque debía. Era su tarea y nada más. No podía odiarlo tanto por ello. Le había dado tiempo, tal vez había sido un regalo para que ella disfrutara un poco más, no lo había pensado así. Ahora le pareció que había sido bastante benévolo. Ella podría haber aprovechado ese tiempo, esos últimos días.

«¿Haciendo qué? ¡Por Dios! ¿Qué tendría que haber hecho? Tal vez papá tenía la razón, ese era su verdadero mensaje. Si hubiera

tenido la fuerza para terminar con todo unos días atrás… Solo un disparo y no hubiera habido más sufrimiento. Si, de todas formas, sabía que terminaría así, ¿por qué no lo había hecho?».

Relajó un poco su agarre también y casi le acarició los brazos. Sintió que la tensión en el cuello se relajaba un poco más, pero su cuerpo la seguía aprisionando contra el piso. Él no se movería, solo estaba relajando un poco su presión, ¿por qué?

Ella tragó saliva y trató de juntar toda la fuerza que le quedaba. Intentó decir una sola palabra. Le costó varios intentos, pero, por fin, pudo hacerlo, con una voz rasposa que sonó más lastimosa de lo que hubiera preferido, pero ya no importaba tanto la dignidad.

—¿Por qué? —dijo y luego repitió con más fuerza—, ¿por qué?

Él ladeó la cabeza de un lado a otro, como si estuviera pensándolo. Ella esperó. Creyó. Estaba segura de que le contestaría, de que al menos moriría sabiendo por qué había sucedido todo aquello. Las cosas siempre eran más fáciles de aceptar cuando uno sabía que había una razón, cuando uno sabía cuál era esa razón.

—¿Por qué? —sollozó una vez más.

Cuanto tragó saliva, sintió que la presión sobre su cuello volvía a aumentar. Él abrió la boca, pero no salió ningún sonido. La presión era insoportable, su cuerpo se resistió, pero el de él no le daba lugar para moverse. Los ojos se le cerraron y sintió su presencia más cercana, como si se hubiera aproximado a ella, pero sus palabras no llegaban.

Mientras se envolvía en la oscuridad, ella supo que él no le contestaría, porque no quería o porque no podía, pero no lo haría. No podía estar segura de que él la comprendía, pero sentía que sí. Tal vez estaba todo en su imaginación, junto con la esperanza de ser rescatada. Tendría que haber aprendido de él que no había lugar para la esperanza, solo había tenido su resistencia y ahora se estaba dejando ir. Porque él había ganado, ellos habían ganado, y la resistencia ya no servía. Lo había hecho durante un tiempo y ahora no comprendía para qué. Ahora ya no tenía sentido, se estaba yendo.

ESA ERA LA PREGUNTA que le hacían todos, en algún momento u otro, antes o después, el primero al que mataba o el último; o a veces todo ellos o los pocos que lograban crear grupos de resistencia. Todos tenían la misma pregunta: ¿por qué?

Y no había nada que contestar.

No había ningún motivo en especial, no más que querer vivir, lo único que quería lograr cualquier ser viviente: continuar viviendo. Y

esa era la manera en la cual su raza había conseguido hacerlo, tomando los mundos de otras especies. Resultaba más fácil que convertir un planeta no habitable, era más fácil adaptar las estructuras ya creadas que construirlas de cero, solo con los elementos que eran capaces de transportar de un planeta a otro. Era más sencillo cambiar de planeta que cuidar que no se contaminara aquel en el cual estabas.

Estaba seguro de que todas las razas comprenderían sus razones si las conocieran. Ellos harían lo mismo si tuvieran la posibilidad. No estaban haciendo nada más que lo esperable. Por eso, no les parecía que fuera necesario explicar el porqué, no había un porqué, eran las reglas la naturaleza, la supervivencia del más apto.

Y, sin embargo, él sentía, cada vez más, que lo mejor que podía hacer su raza en ese momento, para salir de ese ciclo eterno, era contestar esa pregunta: ¿por qué? ¿Por qué necesitaban seguir? ¿Por qué no morir con el planeta que devoraban y dejar ese constante trajinar una y otra vez? ¿Por qué insistir en una evolución forzada, en una vida que ya no tenía sentido, en una eternidad vacía? En algún momento, se terminarían los planetas habitables. Habían hecho los cálculos, pero los planificadores creían que para entonces podrían regresar a su planeta de origen porque ya estaría limpio otra vez. ¿Y después qué? ¿Continuar el ciclo?

Él apretó más la garganta de ella. Se estaba dejando ir, había perdido la esperanza; no, en realidad, estaba resignada. Sabía que no saldría viva, que ese era el último instante de su vida. Lo había vivido bien, no se rindió, fue vencida y eso no es lo mismo; tenía más razones para vivir que él. Aun así, él todavía no estaba listo, necesitaba contestar varias preguntas que había dejado de lado y, para ello, necesitaba un poco más de tiempo.

No lo lograría en aquella invasión, tal vez en alguna de las siguientes diez. Esperaba que no le llevara mucho tiempo, eran pocas las ventanas en los planetas y todavía menos cuando estaba en la nave.

Hubiera querido decirle algo, que no se atormentara con esa pregunta, que no debería haber perdido el tiempo con ella, pero no podía hablarle, aun cuando entendiera su lengua. Trató de enviarle su pensamiento; sin embargo, por la expresión del rostro de ella, supo que no había recibido ninguno, él tampoco lo esperaba.

Debía terminar con ella ahora. Por lo que había visto en la pantalla, ya no le quedaban más que unas horas y tendría que regresar al mismo lugar donde lo habían dejado las naves. Regresaría al mismo lugar de salida y esperaría hasta que pudiera aprovechar lo que había hecho.

Ya no sentía su pulso, no se movía su pecho.

Se levantó con cuidado. No había razón para dañar más el cuerpo.

Los drones de recolecciones se quedarían unos días después de que se fueran los soldados. No le molestaría que le implantaran algunas de las características de ella. Durante todo ese tiempo, le había parecido que tenían una conexión, una cierta amistad, una camarería.

Cuando se puso de pie, la miró. Parecía dormida. Esta raza no se degradaba tan rápido cuando se quedaba sin vida. Recordaba una que casi al instante se volvía una pasa de uva. Los humanos, durante varios momentos, parecían seguir con vida. El viento hasta le movía las pestañas.

Inclinó la cabeza de un lado al otro y se agachó. Era difícil llegar al ras del piso sin tirarse del todo al suelo con las piernas gigantescas que tenía. La observó más de cerca. Sí, todavía estaba respirando. ¿Cómo era posible ¿Cómo podía aguantar tanto?

Volvió a agarrarla del cuello, tendría que rompérselo, pero algo le impedía esa acción. ¿Acaso ya había perdido toda su furia de soldado? ¿En realidad, había avanzado tanto como para lograr eso?

Humanos VIII

Miró los cuerpos a su alrededor.

«Qué desperdicio».

¿Por qué tenían que hacer eso? Eran tan pocos los que quedaban. Y, aun así, algunos insistían en matarse a sí mismos o unos a otros. ¿Por qué?

Suspiró.

No tenía ganas de hacerlo, pero debía. Si tanto había luchado por su supervivencia, ¿por qué no podría revisar unos cuantos cadáveres? Sin embargo, hacía rato que estaba parada en el medio de la habitación, mirando los tres cuerpos que se habían desangrado en el comedor. Habían destrozado algunos muebles y ella estaba segura de que le habían, al menos, fisurado una muñeca. No obstante, no tenía ninguna herida grave. No habían tenido muchas oportunidades para hacerle daño; después de todo, ellos estaban desarmados y ella tenía una escopeta. Les había advertido, les había advertido varias veces hasta que no le quedó otra opción más que disparar. Si los dejaba acercarse, corría el riesgo de que le quitaran el arma.

Finalmente, dejó la escopeta a un lado y se agachó al lado del primero de los cuerpos. Era el hombre que había estado golpeando la puerta, tal vez quien estaba a cargo; era el más grande y tenía los ojos totalmente inyectados en sangre. Le tanteó el cuerpo con cuidado, la zona del torso estaba llena de sangre. Su padre había elegido la escopeta que más daño hacía, se notaba que le había preocupado morirse lentamente, no había nada que matara más rápido que esa arma. Pero también dejaba un desastre.

Miró el techo sobre el sofá de su padre, no había llegado a limpiarlo, había preferido no mirarlo. Ahora también había sangre en

las paredes y en el piso. No tenía sentido limpiar nada, ya había decidido abandonar ese lugar. Tenía que encontrar a más personas. Juntar un poco de provisiones e ir en busca de otros humanos, algunos que recordaran lo que era actuar como una sociedad, una comunidad. Estaba convencida de que era la única forma de sobrevivir a aquello. La habían entrenado para hacerlo sola, por eso reconocía una situación en la cual las enseñanzas de su padre no le servirían… Tal vez, por eso él había renunciado, porque no estaba preparado para ello y no tenía nada que darle.

Lo único que encontró en los bolsillos del primer hombre fue un poco de dinero, que nunca más tendría sentido, y un poco de droga. La tiró a un lado, nunca había usado y no iba a empezar ahora. Si tenía que morir, quería hacerlo en plena posesión de sus facultades. Aquello solo se le antojaba como una muerte prematura.

Pasó al segundo hombre, este no tenía nada en los bolsillos. Y el tercero ni siquiera tenía un bolsillo.

Suspiró otra vez y se sentó en el piso, recostada contra la pared más limpia. La puerta estaba abierta, probablemente no podría volver a cerrarla, la habían empujado con tanta fuerza que se había salido del marco. Se llevó las manos a los pelos y luego las alejó con presteza, se había llenado la cabeza de sangre, de todos ellos.

—Agghhh. —Se levantó asqueada y corrió hacia la cocina, pero cuando abrió la canilla no salió nada—. ¡Maldición! ¡Maldición, maldición, maldición!

Salió de la casa. Necesitaba lavarse. Recordaba que había un pequeño arroyo a menos de un kilómetro y no lo pensó más. Caminó con bríos hasta allí intentando tocarse lo menos posible.

El lugar estaba vacío, tranquilo, tan silencioso como el resto del mundo desde que habían llegado los extraterrestres. El agua que corría era poca, la profundidad no le llegaba ni a las rodillas, pero sería suficiente para lavarse la cara y los brazos. Se enjuagó primero las manos y luego se sacó algo de ropa para limpiarse los brazos, la cara y el pelo, aunque no había mucho que pudiera hacer por él sin champú.

Estaba con la cabeza metida en el agua cuando oyó pasos que se aproximaban.

«Tendría que haber traído la escopeta».

Sacó la cabeza del agua con calma y miró hacia el costado. Su cuerpo estaba en tensión, esperaba encontrar a otro hombre desquiciado o, tal vez, había por fin llamado la atención de algún extraterrestre. Lo que vio fue una niña. No tendría más de diez años, tenía la ropa y la cara sucias, el pelo despeinado y la mirada asustada de quien había visto demasiadas cosas que no tendría que haber visto.

Ella no se sentía muy cómoda alrededor de los niños, pero no

había nadie más allí. Trató de no hacer ningún movimiento rápido, no quería asustarla más. Bastó que se enderezara solo un poco para que la niña corriera hasta sus brazos y la abrazara con fuerza. El calor de su cuerpo ofrecía un contraste con el frío del agua que le corría por la espalda desde el pelo mojado. La niña se aferró con más fuerza y ella ya no vaciló, la abrazó con la misma desesperación. Se sentía tan bien poder abrazar a otro ser humano, compartir sus penas, mostrarse débil y necesitado, aunque fuera por un momento. Ninguna de las dos lloró y no supo cuánto tiempo habían permanecido abrazadas. Poco a poco, se separaron. Ella terminó de enjuagarse y logró limpiar un poco a la niña, que todavía no había emitido ningún sonido.

Luego ambas caminaron de regreso a la casa. Ella se paró unos metros antes, no podía dejar que la niña viera aquello, tendría que sacar los cadáveres. La hizo entrar por la puerta trasera y luego subir hasta la habitación que había sido suya. La niña miró alrededor, la decoración del cuarto pareció tranquilizarla, se dirigió directo a la cama. Ella estaba a punto de dejarla allí para limpiar el comedor, pero la niña la aferró de la mano y no pudo moverse hasta que la pequeña se quedó dormida.

En mitad de la noche, tuvo que ponerse a limpiar el comedor. Los cuerpos los llevó lejos de la casa, pero no los enterró; no tenía ni el tiempo ni las fuerzas de cavar una tumba para aquellos hombres. Además, tampoco planeaba quedarse.

Pero ¿qué haría con la niña, la llevaría con ella?

Era más riesgoso. Además de tener que preocuparse por su seguridad, tendría que conseguirle comida. Ella podía estar varios días sin probar bocado, pero no podía esperar que una niña lo hiciera. Asimismo, caminaría más lento que ella y no aguantaría realizar horas de avance.

Suspiró y se llevó las manos a la cabeza a la vez que cerraba los ojos. Ella había querido encontrar otro humano y lo había hecho, uno que necesitaba más de ella que al revés. Y no tenía mucho para darle, ni siquiera sabía si estaba tomando la decisión correcta al irse.

Intentaría dormir un poco. Por la mañana, recorrería el pueblo en busca de todo lo que pudiera servirle en su viaje. Tendría que llevarse a la niña con ella, no podía dejarla sola en la casa, se asustaría, podrían aparecer más personas o, tal vez, algunos drones. No quedaba más que llevarla consigo. Tendría cuidado, no iría a las partes más pobladas. Incluso, podría dejarla algunos minutos en alguna casa segura para investigar las adyacentes.

Cuando regresó a su habitación, la niña seguía dormida. Suspiró más calmada y puso unas frazadas en el piso, cerca de la cama, para acostarse allí. Se quedó dormida a los pocos segundos, hacía días que no dormía con tanta profundidad.

Cuando abrió los ojos al día siguiente, la niña ya estaba despierta, pero seguía en la cama, mirándola.

—Buenos días.

La niña no contestó.

—¿Por qué no buscamos algo de comer, eh?

Se puso de pie y le tendió la mano. La niña la tomó de inmediato. Cuando salieron de la pieza, ella se dirigió hacia las escaleras, pero la niña no se movía.

—¿Qué pasa?

La niña señaló hacia el baño.

—Claro —musitó.

«Aunque no hay agua».

—Vamos —le dijo y la acompañó y esperó. Y luego aprovechó para ir ella también antes de bajar a la cocina.

Quedaba un poco de jugo con cereales. La niña comía con calma. Ella había esperado que tuviera más hambre. Tal vez era del pueblo y no hacía tanto de la última vez que había comido. No parecía estar herida, esperaba que el silencio fuera una consecuencia del *shock*. De todas formas, no sabía cómo proceder ante él.

Cuando terminaron de comer, salieron hacia el pueblo. Pasaron por el comedor con velocidad, no creía que hubiera visto las manchas.

Cerca de la parte céntrica del pueblo, la niña volvió a estancarse y comenzó a gritar.

Ambos XVII

ELLA SE QUEDÓ EN LOS ESCOMBROS un poco más. Primero se revisó la herida, no era profunda, le afectaba un poco el movimiento del brazo, pero en unos días solo quedaría un poco entumecido y tendría una pequeña cicatriz. Le molestaba más haber perdido el arma, se había caído a través de los despojos. Solo le quedaba el puñal.

Esperó a ver si él reaparecía, no sentía que la estuviera vigilando como en otras ocasiones. No obstante, estaba segura de que no siempre percibía que él se encontraba cerca, por lo menos, no de la misma manera en la que él siempre la encontraba. ¿Cuánto tiempo habría estado mirándola mientras ella revisaba…? Había estado tan cerca y ni siquiera sabía qué había perdido. ¿Qué era lo que no había visto? ¿Un arma? ¿Comida? ¿Algo con qué comunicarse con los demás humanos? Cualquiera de esas cosas le serviría, aunque prefería la última. Debían de estar cerca, la falta de aparatos electrónicos no podía ser por ningún otro motivo que mantenerlos a todos separados. Y eso quería decir que juntos podrían vencerlos, ¿por qué más los querrían aislados? Si tan solo pudiera hallar a un grupo de humanos, uno lo bastante grande…

Se agachó entre los escombros y estos se movieron bajo sus pies. Casi perdió el equilibrio varias veces hasta que desistió de buscar el arma. Con cuidado, descendió solo con el puñal.

El sol estaba en su momento más alto. En general, él no salía a esa hora, no debía de gustarles el sol, por eso lo habían ocultado durante la primera etapa de la invasión. Por desgracia, lo resistían; no parecían sentir ninguna incomodidad bajo él por más que siempre prefirieran estar en las sombras. Miró al cielo, apenas era media tarde.

Decidió rebuscar un poco más entre los restos de la ciudad. Aunque ya se conocía los edificios de memoria.

TIRÓ EL TRASTO dentro de uno de los edificios donde ella nunca entraría, no había allí nada de valor. No creía que ni siquiera lo hubiera durante el tiempo en que los humanos reinaban. Aunque tampoco le molestaría si ella llegaba a descubrirlo. No importaba mucho lo que ella pensara siempre y cuando siguiera luchando, siempre y cuando le diera una razón válida para que él pudiera quedarse un poco más.

Sintió ganas de volver a revisar la pantalla. No podía verificar siempre lo mismo, sus acciones podrían llamar la atención. Miró hacia atrás, ella seguía sobre los escombros. Había perdido el arma. Tal vez intentara recuperarla. A lo mejor, debería quedarse cerca por las dudas, podría caerse y herirse, podría incluso morir…

Se dio la vuelta y regresó por sobre sus pasos para observarla desde otro ángulo, a mayor distancia. Ella no lo detectaría. Solía llevarle bastante tiempo hacerlo, a menos que él estuviera muy cerca.

La vio intentarlo unas cuantas veces y, finalmente, desistir. Luego escaneó el sol, parecía haber determinado que aún tenía tiempo para seguir revisando la ciudad. No encontraría nada, pero le agradaba ver que todavía tenía esperanzas. Intentando no mirar la pantalla, regresó a su casa. Se merecía, al menos, comer algunos dulces.

Extraterrestres IX

VOLVER A PARTICIPAR EN LAS INVASIONES había sido una liberación. ¡Por fin, estaba libre de las cámaras y los sensores que lo examinaban constantemente, que analizaban sus más mínimos signos vitales y sus patrones de pensamientos!

Quería quedarse en el medio del campo y gritar con todas sus fuerzas, pero le habían quitado esa forma de liberar su furia. Solo podía contenerla hasta que pudiera degollar o destrozar a alguien.

Lo habían dejado en una de las ciudades más grandes. No estaba solo, sabía que habrían colocado a otro soldado en la otra punta de la ciudad. Lo sabía porque él había sido ese otro soldado, estaba allí para controlarlo, para verificar que él hiciera su trabajo y para exterminarlo si no lo hacía o si enloquecía. Sin embargo, él no había perdido sus facultades, no haría nada que no estuvieran esperando, pero tampoco haría mucho más. Ese balance lo había aprendido en las últimas reuniones con sus nuevos amigos y aquellas cacerías clandestinas le habían dado la oportunidad de aprender a dominar un poco mejor sus impulsos; sobre todo, ahora que no podía ni siquiera aullar para liberar su cólera.

La ciudad ya había sido semidestruida por uno de los rayos fulminadores, había caído allí hacía unas pocas horas. Los habitantes más cercanos a la zona de impacto morirían de radiación en las próximas horas, no tenía que preocuparse por ellos, no tenía ni que acercarse, aunque estaba protegido de las radiaciones de ese nivel, gracias a otro de los experimentos…

Le dio la espalda a esas luces en la pantalla y se dirigió a las que titilaban a unas estructuras de distancia. Estos lugareños vivían en especies de túneles subterráneos, cavaban sus ciudades en la roja

tierra de su planeta, el único lugar donde se podía encontrar el agua que permanecía cerca del núcleo. El lugar era fresco y agradable, esperaba que mantuvieran esas ciudades excavadas luego de la remodelación.

En la primera estructura que entró, encontró a una familia o, por lo menos, a varios sujetos similares que se abrazaban unos a otros con sus tres brazos. Eran extrañas las especies que no tenían miembros pares, se preguntó si sería una evolución natural o ellos también habían comenzado a experimentar con sus cuerpos. Creía que no, porque las versiones más pequeñas también tenían la misma variación en su cuerpo cilíndrico: tres extremidades en cada uno de los lados, equidistantes. Claro que hacía tanto tiempo que no veía a un niño de su especie que no tenía idea de cuándo comenzaba el acondicionamiento…

Se había quedado mirándolos durante demasiado tiempo, el suficiente para que uno de ellos creyera que tenía una posibilidad y le lanzara algo que se le clavó en una de las piernas. Él aulló de forma silenciosa y se lanzó primero sobre ese. Unos segundos después, los había destrozado a todos. Se había excedido. Los drones los catalogarían como una pérdida innecesaria de material. Debía contenerse si no quería llamar la atención, debía mantener sus instintos bajo control. Los cuerpos de esa raza eran débiles y podría írsele de las manos con demasiada facilidad. Sin embargo, cuando llegó a la siguiente estructura, volvió a aullar en silencio.

Antes de que pasaran dos horas, había terminado con toda la caza de la zona y aún tenía ganas de más. No se sentía como en la nave, no era lo mismo que matar aquellos animales estúpidos, estos querían sobrevivir. Eso era lo que lo hacía degustarlo más; pero, por sobre todo, cada vez que no podía gritar su furia, su frustración o su alegría al aniquilar otro más, se sentía todavía más frenético. No había estado ni cerca de contener la rabia como había creído.

Ahora estaba agazapado en una de las estructuras que se hundían todavía más en el suelo. Estaba tan fresco ahí que casi sentía frío, creía que se debía más a la humedad que a cualquier otra cosa. Estaba mirando la pantalla, buscando más seres vivos, pero no había nada metros y metros a la redonda. Las luces que habían estado cerca del rayo radioactivo se apagaban poco a poco y no tenía sentido acercarse a esa parte. Necesitaba hallar una de aquellas que más brillaban, pero no había dejado ninguna en pie.

Todavía faltaban varias horas para que revisaran el estatus de la invasión. No lo moverían a la siguiente ciudad demasiado rápido, querían evitar desgastar a los soldados; después de todo, todavía quedaban incontables invasiones por delante y no podían desperdiciar todo lo que habían invertido en él. Además, por más que había sido

una falla de los experimentos, él todavía era vigilado. Al contrario, justamente por haber sido una falla cuando había mostrado tantas promesas antes, estaba en la mira.

No quería hacerlo quedar mal a aquel doctor, quien había recomendado su liberación. Por más que fuera un experimentador, le había tomado algo de cariño, había estado más tiempo con él que cualquier otro ser viviente. Hacía siglos que no veía a su familia, ni siquiera la recordaba, ni creía que ellos lo recordaran a él. Todos habían ido por diferentes caminos, desde esos primeros días cuando se comenzaron a formar las castas para los viajes espaciales. Ese doctor le parecía…, tal vez era alguno de sus familiares perdidos, no creía que los reconociera tampoco, ellos también habían cambiado un poco, no tanto como él, pero habían sido mejorados. Él estaba convencido de que, cuando hacían esos cambios, cada tanto ajustaban también la memoria, borraban por aquí o por allá. Porque no aceptaba que pudiera haber olvidado tanto, incluso su ciudad de nacimiento, su edad, su nombre… No recordaba nada más que el eterno ciclo de invasiones.

Allí. Allí había una luz titilante, brillaba con fuerza, brillaba con el color de los soldados. No importaba, no podía estar en su zona, él tenía el derecho a exterminarlo, tendría que haber permanecido en su extremo de la ciudad. Guardó la pantalla y salió de la estructura con ansias.

Ya se había hecho de noche, aunque no había mucha diferencia en ese planeta, orbitaba dos estrellas, una muy pequeña, que igualmente daba bastante luz durante las noches y jamás dejaba el mundo a oscuras. Eran muy pocas las estrellas que se veían en esos cielos. Tal vez por eso las aguas se habían sumergido bajo tierra, no soportaban la radiación de ambos soles.

Caminó por los senderos de piedra y lo encontró poco después. Lo vio de espaldas y no esperó a ver qué estaba haciendo, no le importó nada más. Saltó sobre él. Y estaba a punto de desgarrarle la garganta cuando sintió que él mismo caía de espaldas y golpeaba el suelo con fuerza. No se podía levantar, algo lo estaba presionando contra el piso, pero no era el otro soldado. Aquel estaba parado a cierta distancia y lo miraba con algo que parecía pena en el rostro.

Alcanzó a escuchar una palabra que le enviaban y luego despertó en la nave. Otra vez en la habitación de los experimentos.

—Solo tienes *una* oportunidad más —le dijo el doctor sin mirarlo —. El soldado control confirmó que fuiste capaz de contenerte a último momento, es lo que te salvó, pero no podemos permitir que esto vuelva a suceder.

Él lo miró extrañado, no era eso lo que recordaba. ¿Acaso…?

Intentó rememorar cada paso de lo sucedido. Se había lanzado

sobre el soldado que estaba agachado…, ¿haciendo qué? No había llegado a ver. Lo único que había sentido antes de caer de espaldas fue un leve pinchazo en la pierna y luego nada más que la presión sobre el pecho, la disculpa de su amigo y la oscuridad total. Su amigo le había hecho algo, le había dado algo para calmarlo. Creyó recordar las cacerías junto a ese soldado, quien lo había introducido a ellas. Mantenían a los animales más salvajes inmovilizados antes de soltarlos; sobre todo, para que juntaran furia. Eso era lo que tendría que haberle inyectado, pero ¿cómo lo hizo? ¿Cómo tenía acceso a esas drogas, cómo había logrado llevarlas al planeta y por qué lo había ayudado? Además, se había disculpado. ¿Por qué? Le había salvado la vida. Si lo hubiera dejado atacarlo, si hubiera respondido, habrían muerto ambos; o, si él perdía, moría solo él.

De cualquier manera, su vida había llegado al final.

¿Por qué…?

El dolor que sintió en todo el cuerpo lo transportó fuera, casi podía ver a su consciencia desprenderse de la carne. Luchaba con desesperación para alejarse de ese sufrimiento, pero algo lo mantenía encadenado al cuerpo y el dolor se profundizaba. No podía moverse.

Varios minutos tardó en calmarse cuando el dolor menguó.

Ella se acercó y habló por lo bajo.

—En un mes, te dejaremos salir. Dependerá de tu comportamiento en los próximos siglos si vas o no a la invasión siguiente.

El dolor regresó apenas dijo la última palabra.

Ambos XVIII

A LO MEJOR, HABÍA SIDO UN ERROR probar con los edificios más grandes y reconocidos. Tendría que concentrarse en las casas chicas, donde a nadie se le podría ocurrir que hubiera cosas de valor; allí, en esos lugares destartalados, a veces se encontraban tesoros insospechados.

Se alejó de las mayores construcciones e intentó descubrir las viviendas más pequeñas; mientras menos ostentosas, mejor. Registró un par de casuchas sin mucho éxito. En una de ellas, encontró una puerta secreta debajo de una cama, solo había un pequeño baúl dentro de un hueco. Sin embargo, contenía algunas conservas, una pistola y unas viejas provisiones. Sonrió. No tenía nada con qué llevárselo al hombro, así que tuvo que improvisar una mochila con unas sábanas. Antes de salir, revisó el exterior: él no estaba a la vista.

Corrió hacia su casa con toda la velocidad que le fue posible. El brazo le latía y perdió la respiración varias veces, pero cuando llegó, se sentía muy feliz. Todavía le quedaba un poco de esperanza. Había perdido algo, había ganado mucho más. Y si él no había logrado detectar ese baúl, si ninguno de sus artilugios extraterrestres lo había hecho, entonces todavía estaba la posibilidad de que encontrara otras cosas, incluso algo con qué comunicarse. Ahora estaba segura de que habría otras personas, así como había sobrevivido ella, lo habrían hecho más y la debían de estar buscando tanto como ella a ellos.

Abrió la primera conserva. Fue la comida más rica que había probado en muchos años.

LO ÚLTIMO QUE HABÍA ESPERADO era encontrar un dron sobrevolando su casa. No tenía sentido que estuviera allí. ¿Acaso lo buscaba a él? ¿Para qué? Si hubieran venido a extraerlo, sería, en general, otro soldado, o tal vez algún comandante si era demasiado difícil. No tenía sentido que fuera un dron, ¿para qué estaba ahí?

Lo había distinguido varios metros antes de llegar a su residencia. Después de observar su vuelo errático alrededor de la casa, revisó las notificaciones en la pantalla. No había nada extraño, aunque tampoco lo habría si estuvieran yendo por él.

Accedió al sistema de drones, era mejor no revisar mucho las cosas que no le incumbían directamente, pero podía ver los drones recolectores de la zona. Ya sabía el lugar donde debía dejar los cuerpos, estos no solían cambiar a menos que se encontraran bajo amenaza de la raza residente. En este caso, no existía ninguna posibilidad. Los drones en la zona eran los mismos que había visto cuando había llegado al pueblo, no había modificaciones, no había alertas, no había otros soldados cerca. Entonces, ¿qué hacía ese dron? Se movía de forma demasiado errática. Aguzó la vista, casi podía distinguir los detalles de… Tenía algo incrustado entre las pinzas inferiores…

Con tres saltos, llegó a su casa y trepó hasta el techo. Debía apurarse y tomar lo que había ahí antes de que alguien se percatara del mal funcionamiento del dron. En general, eso no sucedía hasta después de varios minutos de que se activara el primer programa de alarma. Todos los drones se autorreparaban y, como segundo paso, acudían al soporte de otro dron; era muy raro que se necesitara la intervención de alguien de la nave. Aun así, debía apresurarse, podrían iniciar una revisión bastante profunda si notaban que estaba fallando, sobre todo si estaba fallando cerca de un soldado y este no lo reportaba.

El dron giraba en círculos pequeños y se movía oscilante de arriba hacia abajo. Tuvo que saltar un par de veces antes de lograr asirlo sin perder ningún dedo. El dron chillaba. Se preocupó por mantener la mayoría de sus cámaras mirando hacia el piso. Había una que lo enfocaba de frente, la luz estaba apagada. Quien había hecho eso lo había hecho muy bien, no debía de ser su primera vez.

Destrabó la pulsera que encontró entre las pinzas y dejó ir al dron a la vez que saltaba dentro del patio de la casa y se escondía entre las sombras. El dron se demoró unos segundos en estabilizar su vuelo y luego se quedó flotando casi sin movimiento durante un momento. Él sabía que estaba recalculando lo último que había sucedido, comparando el lugar donde estaba con el lugar donde debería estar. Él debía mantenerse inmóvil, no podía llamar la atención. Finalmente, el

dron se alejó con un zumbido muy fuerte. Debía de estar bastante lejos de su zona si procedía con tanta velocidad.

Por un momento, tuvo la tentación de seguir su trayectoria por la pantalla. Sin embargo, por más que quisiera saber quién era el soldado que lo había enviado, no podía arriesgarse.

Apenas lo vio desaparecer en el cielo, entró en la casa y se dirigió al sótano. Se sentó en la cama que había armado en el piso y, mientras comía uno de los chocolates que tenía guardados, se dispuso a analizar la pulsera. Debía estar preparado para cuando le enviaran el primer mensaje, debía permanecer despierto hasta que llegara. No importaba. Por primera vez en décadas, tenía algo por lo cual esperar y se sentía feliz. Ese sentimiento le era cada vez más esquivo.

Humanos IX

NATURALMENTE, LO PRIMERO QUE PENSÓ era que había un extraterrestre. Pero, por más que miró hacia todos lados hasta que se sintió mareada, no vio a nadie. La niña no dejaba de gritar, parecía que no pararía nunca, tenía un tono bastante chillón y contaba con grandes reservas de aire.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —Se acercó a ella y trató de llamar su atención, pero la niña tenía la mirada fija y la boca desencajada—. ¿Qué es? —insistió ella.

Intentó mirar en la misma dirección en que lo hacía la niña. Había una casa, pero nadie alrededor. Tal vez esa era su casa, tal vez dentro había sucedido algo.

La alzó en brazos y la alejó. Se escondieron en un local cercano; por los muebles, había sido una heladería, ahora no quedaban más que unas pocas heladeras y sillas y mesas destrozadas. La niña se calló casi al instante y se abrazó a ella con tanta fuerza que le hacía daño, pero ella lo soportó.

—Ya está, no pasa nada, estás a salvo —repetía una y otra vez mientras le acariciaba la espalda.

La niña se calmó poco a poco y la fue soltando. Ella la alejó de sí y la hizo sentarse detrás de las heladeras.

—Quédate aquí, bien quieta y en silencio, ¿sí? Yo iré a ver qué encuentro.

La niña se aferró a su mano mientras negaba con la cabeza, esa vez con los labios apretados.

—Mira, tengo que ir, es necesario… —suspiró—, no tardaré más que unos minutos. Solo tienes que esperarme aquí y, antes de que te des cuenta, estaré de regreso.

Poco a poco, se desprendió de la mano de la niña y salió del local. Miró una vez más hacia atrás, la pequeña estaba perfectamente oculta. Tenía que apresurarse, no confiaba en que se quedara allí si estaba tan asustada.

Cuando volvió a la calle, observó la casa. No se veía diferente a las demás. Aunque una ventana que estaba cerrada ahora… estaba segura de que antes había estado abierta. Tal vez había alguien dentro y la niña lo sabía.

Se sacó la escopeta de la espalda y la sostuvo con ambas manos mientras se acercaba a la casa. No había mucho con qué ocultarse, pero calculaba que, si quisieran dispararle, ya lo hubieran hecho. La niña tendría que haber llamado la atención de todos los que se encontraban cerca. Tal vez no tuvieran un arma, aunque eso no quería decir que no fueran peligrosos. Debía aproximarse con cuidado. No sería un extraterrestre, no veía la necesidad de ninguno de ellos de ocultarse en una casa. Si bien no sabía cómo actuaban, lo más seguro era que, quien quiera que estuviera en la casa, fuera humano. A lo mejor, alguno que la invadió cuando notó que la niña estaba sola. Sin embargo, ¿por qué no ir a otra casa?

Había tantas vacías…

Se le cruzaron algunas opciones por la mente, trató de no pensar en ellas. Eran demasiado malas y prefería creer que a la niña no le habían pasado cosas peores que perder a su familia.

Cuando estuvo lo bastante cerca, pudo ver que la puerta tenía los goznes torcidos, ya no encajaba en el marco y no se podía cerrar el todo. No era el mejor escondite. La empujó con el pie y dio uno pasos atrás para poder apuntar con más comodidad, pero nada salió de allí.

Todavía no entendía por qué estaba haciendo aquello. Se decía que lo mejor era neutralizar las amenazas antes de que la atacaran, pero la verdad era que necesitaba saber si había otro adulto, necesitaba hablar con algún ser humano. Sentía que hacía meses que no lo hacía. Los hombres que habían invadido su casa no contaban. ¿Cuánto hacía que se había cruzado con el perseguidor de drones en la ruta? ¿Una semana?

Dio unos pasos dentro de la casa, el comedor estaba más ordenado de lo que había esperado, y también estaba vacío. Había una puerta a la derecha, posiblemente la cocina, y luego un pasillo que llevaría a las demás habitaciones. Revisó la cocina sin quitar un ojo del pasillo y de la puerta que había dejado abierta. Nada.

Suspiró, tendría que entrar en el pasillo, no era lo más sensato.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —dijo en un volumen relativamente bajo al pararse en la entrada del pasillo. No esperaba que nadie le contestara, pero a veces el silencio podía decir mucho. Estaba segura de que había alguien allí. Si se estaba ocultando, ¿por qué le temía

tanto la niña?

Se armó de valor y entró al pasillo. Había tres puertas, una al fondo y una en cada uno de los costados, todas estaban cerradas. Una de ellas tendría que ser un baño, suponía, y las otras dos, habitaciones.

El extraño podía estar tras cualquiera de ellas. Lo mejor, creyó, era primero descartar la de la punta. Aunque si salía de alguna de las habitaciones, podría bloquearle el camino. Por otro lado, si abría una de las puertas laterales, la otra quedaría a su espalda. Decidió que sería más fácil abrirse camino desde el otro extremo del pasillo que librarse de alguien que le saltara a la espalda en un pasillo que no podía tener más de un metro de ancho.

Pasó de largo las puertas laterales conteniendo la respiración y con el paso apurado y se dirigió a la última. Iba a abrirla despacio, intentando no hacer ruido, pero estaba nerviosa y terminó dándole una patada. Era el baño y estaba vacío. La ducha no tenía cortina, así que podía verlo todo, era bastante pequeño. Se dio la vuelta con rapidez y volvió a mirar hacia las puertas, una de ellas estaba abierta.

Inspiró mientras se acomodaba la escopeta contra el hombro. Recordaba la cantidad de moretones que había tenido de adolescente cuando su padre le había enseñado a utilizar una de esas. Avanzó poco a poco, con un ojo en la puerta abierta y otro en la cerrada. Aquello podía ser una trampa, una forma de hacerla llegar hasta allí y luego emboscarla, podrían estar tratando de…

Se quedó boquiabierta en el umbral, la escopeta casi se le cayó de las manos. ¿Qué era *eso* que estaba mirando? No era un ser humano, no se veía como uno, pero lo había sido. Cada fibra de su cuerpo le decía que aquello compartía algo con ella, una parte de su esencia.

El cuerpo estaba deformado más allá de cualquier reconocimiento humano, casi se parecía a los extraterrestres que había visto en los borrones, un cuerpo animalesco, pero sin un claro animal de referencia, sino una mezcla espantosa de diferentes cualidades. Sin embargo, este no se movía con rapidez, apenas si se movía. Era una mole que se arrastraba por el suelo. Le recordaba a algo.

Podía notar que se acercaba a ella, pero no podía reaccionar. El recuerdo estaba en su mente, pero se negaba a hacer acto de presencia en la parte consciente.

Cuando la cosa la miró con ojos que ya casi no se distinguían entre las diferentes capas de piel, ella al fin pudo reaccionar y levantar la escopeta. El primer disparo no tuvo efecto, ni el segundo ni el tercero. Lo golpeó con la culata hasta que le dolieron los brazos y, por fin, la cosa dejó de moverse.

Le llamó la atención que no hubiera hecho ningún ruido, tampoco parecía haberse querido defender, solo había avanzado hacia ella…

Tal vez quería terminar con el sufrimiento.

Cuando lo vio inerte en el medio de la habitación, lleno de heridas, recordó a qué le hacía acordar: a la montaña de cuerpos que había visto en el pueblo cuando había llegado. Sin embargo, esos estaban muertos, este animal parecía una fusión de todos esos cuerpos que había retornado a la vida.

Asqueada, salió de la habitación y golpeó la espalda contra la otra puerta. Ya no tenía la escopeta, estaba toda ensangrentada tirada al lado de la mole, y además, tampoco le quedaban balas. Aun así, tenía que revisar la otra habitación, no podía confiarse ahora, que estaba indefensa.

Inspiró profundo y abrió la puerta, era el cuarto de una niña, lleno de colores y muñecas. Entre las fotos, encontró algunas de la niña que había dejado en la heladería y también de sus padres. Los ojos del padre se parecían a los de la mole, pero el pelo era como el de la madre.

La recorrió un escalofrío. No quiso verificar nada más.

Salió corriendo de la casa y regresó a la heladería. Recogería a la niña y se irían ya mismo.

Sin embargo, cuando llegó detrás de las heladeras, la niña ya no estaba ahí.

Ambos XIX

ERA LA PRIMERA VEZ QUE SE MIRABAN DE FRENTE. Estaban a unos metros. De él, solo se veía una parte; de ella, se veía el cuerpo completo.

Él había estado oculto, viéndola avanzar entre los escombros.

Ella creía que había revisado bien el perímetro cuando comenzó a rebuscar entre los restos del edificio. Era lo bastante grande como para que fuera una instalación oficial. Pensaba que allí tendría más posibilidades de encontrar algo que le fuera útil. Probablemente, después de destruirlo, nadie había limpiado entre los pedazos. El suelo era bastante inestable, tenía que caminar con cuidado y, cada tanto, sostenerse del piso. No había mucho que pudiera usar para esconderse y esperaba que él la dejara en paz, como solía hacer.

Por eso, le sorprendió que apareciera ahí, casi a la vista. Ella no quería moverse porque sabía que él lo haría también y era mucho más rápido. Ya fuera que huyera o que le saltara encima. En realidad, no sabía qué quería hacer: esperar a que se fuera o salir corriendo. Si huía, corría el riesgo de caerse y romperse algo, así como también de perder cualquier cosa que hubiera entre aquellos escombros. Si él estaba ahí era por dos razones: por ella o porque había dejado algo allí que pudiera servirle y ahora venía a quitárselo. ¿Haría él el primer movimiento o esperaría a que ella lo hiciera?

SE PREGUNTÓ CUÁNDO ELLA NOTARÍA SU PRESENCIA. Parecía bastante entusiasmada con aquellos escombros. Él podía ver

en su pantalla que no había nada de utilidad, los rayos exterminaban no solo los seres vivos, sino también todos los objetos que habían sido marcados para el exterminio. No obstante, podía entender cómo el hecho de que hubiera escombros podría indicar que, a lo mejor, había quedado algo debajo que no hubiera visto él, que no hubiera alejado de ella.

Estaba más enfocada de lo que había estado últimamente. La esperanza siempre era algo que le había fascinado en todas las especies, algunas sobrevivían hasta el último momento, otras no tanto, pero el tiempo que lo hacían era como si sus vidas no hubieran sido puestas de cabeza por la llegada de naves espaciales.

Ella estaba tan concentrada que no lo había visto, llevaba varios minutos sin verlo. Casi se sentía tentado de hacer un ruido a propósito para… Y entonces ella levantó la vista.

¿CUÁNTO TIEMPO SE ESTUVIERON MIRANDO? Ella no lo supo, le habían parecido horas. Sentía el sol irse y volver a su alrededor mientras lo hacía, pero seguramente no fueron más que unos minutos. Las sombras debían deberse a que ella estaba perdiendo la consciencia. Era la primera vez que él se quedaba quieto cuando ella lo miraba. ¿Por qué? ¿Acaso ya había tomado la decisión? ¿Acaso había llegado la hora? Sintió que se le atoraba la respiración. Ella no estaba en la mejor posición. Tenía un puñal a la espalda y el arma… había quedado a unos metros. Solo le quedaba una bala, había pensado en usarla para ayudarse con los escombros, tan segura estaba de que allí podría encontrar algo que valiera la pena. ¿Qué significaba que él estuviera allí? ¿Que era cierto que había algo de valor, algo que él había olvidado? ¿O acaso se estaba riendo de sus esfuerzos infundados?

HACÍA MUCHO QUE NO OBSERVABA a uno vivo durante tanto tiempo, al menos uno que no estuviera loco. En las últimas invasiones, desde que había regresado al campo, había evitado mirar a las especies que exterminaba. Solo eran blancos por aniquilar. Era mejor no pensar en ellos, no mirarlos mucho, no imaginarse las posibles modificaciones que podrían incorporar a sus próximos cuerpos. Pero, por sobre todo, no tenía sentido pensar en ellos porque no eran lo importante, no eran la razón por la cual él seguía yendo al

campo. Y ahora solo necesitaba que esa mujer estuviera viva durante un tiempo, necesitaba esa excusa para estar unos días más allí, esperando el contacto que anhelaba. Sin embargo, también necesitaba una excusa de por qué no la había eliminado. Mientras la miraba, pensaba en las posibilidades.

Si hubiera estado embarazada, hubiera sido fácil, podría decir que estaba esperando a que el niño naciera para su estudio, que no podía estar seguro de cuándo nacería el bebé, pero podría darle un poco de tiempo antes de que se venciera esa etapa de la invasión. Sin embargo, su cuerpo era demasiado pequeño, allí no cabría un bebé, estaba bastante seguro de que no lo haría. Según los informes, esta raza llevaba en el vientre el bebé hasta que tenía un tamaño que le permitiera moverse por sí mismo y estuviera desarrollado en su mayor parte. Aunque le había parecido que era insuficiente, dada la poca independencia que mostraban una vez fuera del vientre. Como fuera, esta mujer no lo estaba, así que tenía que buscar otra excusa. Si era de las que peleaban, también servía; a los planificadores les gustaba analizar las razas que más se resistían. Era importante incorporar a los soldados y a su propia raza las características que les permitieran permanecer, durar para siempre. Esa era la aspiración de su raza: la inmortalidad. Él era uno de los pocos que se preguntaba: ¿para qué?

Extraterrestres X

CUANDO ERA MUCHO MÁS NUEVO y su cuerpo, más delgado, había llamado la atención de los comandantes. Como cualquier persona joven, creyó que eso era lo mejor que le podía pasar. Hasta que se dio cuenta de que, en realidad, no le gustaba participar en ese juego de política que se daba en los altos rangos, no le agradaba y no era bueno en ellos.

Durante varios años, se sintió como una posesión que pasaba de mano en mano, según quién estuviera dispuesto a adquirirlo a un precio del cual a él no le tocaba nada. Y, cada vez, cada nuevo dueño esperaba más y más de él. Llegó a ubicarse entre los primeros de la casta guerrera, aquellos que probaban los nuevos avances tecnológicos, lo que incluía las nuevas implantaciones genéticas. Fue la última, en la cual le reacondicionaron sus cuerdas vocales para direccionarlas al reforzamiento de los músculos del cuello, la que le hizo pensar que, tal vez, era mejor no estar en el radar de los comandantes. No hubiera podido evitar las modificaciones de ninguna manera porque siempre se trasladaban a todos los soldados, pero podría no haber sido el primero, el único durante varios años, y ser estudiado con tanta cercanía que se había vuelto paranoico.

Había atacado a su comandante poco después de la operación; lamentablemente, no pudo decir por qué lo había hecho. Las demás castas todavía no lograban capturar telepáticamente sus pensamientos y, mucho menos, podía él transmitirlos a los demás, como sucedía ahora, donde sus pensamientos viajaban hacia la persona que él quería. Se necesitaba entrenamiento y él había tenido mucho tiempo para lograrlo. Al principio, se había sentido muy solo, no podía hablar ni hacer llegar sus pensamientos de ninguna manera que no fuera por

escrito, pero nadie leía. Debía oír a las computadoras expresar sus pensamientos y emociones con una frialdad extrema. Entonces, supo que él también era un aparato para los demás, un simple instrumento.

Ese fue el origen de su caída y lo mejor que pudo pasarle. Salir del radar de los comandantes fue un alivio, que estuvieran decepcionados era tranquilizador, que no esperaran más de él que lo mínimo que debía brindar cualquier guerrero era liberador.

Pasó mucho tiempo recluido. No lo dejaron participar de la siguiente invasión y había llegado a creer que no lo harían más. Incluso había pensado que lo trasladarían a otra casta.

—Sería una pérdida de tiempo y recursos —le había dicho el doctor que lo trataba.

Este aún conservaba un cuerpo casi igual al de su nacimiento, solo se le había elongado la cabeza para acomodar un cerebro más grande y le habían multiplicado la cantidad de dedos en cada mano. Tenía tantos que a él le parecía que tendría que serle más difícil manipular los instrumentos, hasta que lo vio operar sobre él. Algunos de esos dedos tenían uñas alargadas y otras truncas, los dedos eran sus propios instrumentos, no necesitaba nada más.

Se preguntó si alguna vez se habría lastimado a sí mismo.

Intentó hacer ruidos para hacerse notar, ya que este estaba mirando la pantalla. Todos siempre estaban observando las pantallas, ya casi no se miraban unos a otros. Esa era una de las cosas que le agradaban de la casta de guerreros, ellos aún necesitaban mirar a los otros, para anticipar los movimientos de sus presas, no siempre se guiaban por pantallas.

Su garganta ni siquiera podía producir los ruidos más básicos. Trató de mover los brazos, pero estaba sedado del cuello hacia abajo. Sin embargo, algo debía de haber cambiado en la pantalla, porque él levantó la vista y lo observó con ojos que jamás pestañeaban, no tenía ninguno de los pares de párpados.

«Claro, para que siempre esté concentrada», se preguntó por qué no lo había notado antes.

—Todavía eres reparable. No es esta una de las modificaciones que haya tenido los peores resultados. Al contrario, es probable que se implemente próximamente en una muestra mayor de soldados. La información que estamos recogiendo de tu caso será de gran ayuda. Lamentablemente, creo que no calificarás para las próximas innovaciones. —La expresión de su rostro varió mínimamente, estaba seguro de ello; si no hubiera sido por su entrenamiento de soldado y las mejoras hechas en su visión, no lo habría notado, pero lo había hecho. Vaciló un momento antes de irse—. Para algunos, eso es un alivio —musitó.

Para él, seguramente lo era.

Aunque no hubiera sido cierto, no del todo.

Permaneció un par de décadas más allí. Se olvidaron de él o algún otro acaparó toda la atención. Él, ya más calmado, pudo regresar a sus ocupaciones. Se encontró con que los mismos soldados que antes había inspirado ahora se alejaban. Nadie le hablaba. ¿Quién podría hacerlo? Ahora todos eran mudos y solo podían comunicarse telepáticamente con aquellos que ya tuvieran implantados los receptores. A él se los habían agregado poco antes de que lo liberaran. Todavía le costaba modular las ondas que recibía; no obstante, lo más molesto consistía en que resultaba imposible bloquearlas: debías escuchar sí o sí lo que te enviaran. Era muy difícil evitar seguir las órdenes cuando resultaba imposible no escucharlas en tu mente repetidamente hasta que no te quedaba más opción que obedecer. Si te resistías más…

Poco a poco, se reincorporó en la comunidad de soldados a la cual había pertenecido, aunque no al grupo de elite. Un grupo que no debería haber existido en un principio. La propaganda de la sociedad era que esas cosas no existían. Todas esas diferencias habían terminado cuando se dividió la sociedad en castas. Eran diferentes una de otras y, dentro de cada una, había varias categorías. Sin embargo, ninguna era ni mejor ni peor. Todos eran importantes y, dentro de su propia casta, todos eran iguales. Los rangos eran necesarios para que hubiera claridad en las órdenes cuando se realizaba una invasión. Dentro de la nave, los rangos solo definían más las tareas para cada uno que el valor que tenía el individuo.

Error.

Eso no había cambiado en lo más mínimo. Sin importar todas las modificaciones genéticas a los individuos, todas las planificaciones y ordenamientos de la casta de organizadores, seguían existiendo las mismas diferencias entre ellos que desdeñaban en las otras razas. Se reían de sus peleas mezquinas, muchas veces las utilizaban para ganarles, pero ellos tenían las mismas diferencias, solo que ya no actuaban contra ellas. Tal vez, en parte por su acondicionamiento y, en parte, porque se habían rendido. Al fin y al cabo, el objetivo final era sobrevivir y eso lo habían conseguido con esa organización. Si la cambiaban, había una posibilidad de que no podrían continuar con sus vidas. Entonces, supo que todavía estaban dominados por el miedo, más allá de todas las mejoras que habían experimentado, todavía los guiaba el miedo.

Debes dejar de pensar, le dijo una voz en su cabeza.

Él cerró los ojos un instante antes de darse la vuelta. Cómo le gustaría poder bloquear esas voces. Por lo menos, nadie podía escuchar sus pensamientos si él no los proyectaba a propósito.

Detrás de él, estaba uno de sus nuevos amigos. Era un soldado que

varias veces había visto en la lista de rebeldes, pero irrelevantes. En aquel momento, le había parecido que era un insulto. Ahora que lo conocía y sabía lo que era vivir en su situación, era lo mejor que podía hacer. Ser rebelde quería decir que soportarían varias cosas que uno hiciera fuera de las normas siempre que no se desviara demasiado, e irrelevante quería decir que había pocas posibilidades de que lo reprendieran por sus acciones, era algo que ya no servía tanto, pero todavía tenía su utilidad. Lo que tenía que lograr era no volverse completamente obsoleto ni llamar la atención tanto como lo había hecho antes.

—*No estaba pensando*.

—*Claro que sí*. —Se sentía su risa, aunque no se viera ninguna expresión en su rostro.

—*No hay mucho más que hacer hasta la próxima invasión*.

—*Faltan décadas*. —Caminó hasta ponerse a su lado y observar a través de la ventana. No se veía más que la oscuridad de la galaxia y las ondas de luz que dejaba la nave a su paso—. *Dicen que es un planeta relativamente pequeño, estaremos algo ajustados. No sé por qué no eligen uno mayor.*

—*Necesitamos reabastecernos*.

—*No durará mucho. Pronto tendremos que buscar otro*. —Inclinó la cabeza a ambos lados antes de seguir—. *Lo prefiero de esa manera, es aburrido estar mucho tiempo sin nada más para hacer que esperar la próxima incursión.*

Él no pudo evitar que lo sacudiera un pequeño escalofrío, el otro simuló no haberse dado cuenta, pero estaba seguro de que lo había notado. Por eso le gustaba su compañía, era bueno para actuar como si no percibiera los pequeños signos que sabía que aún enviaba.

—*¿Ya te dieron el alta?* —preguntó el otro con cautela.

—*Hace unos momentos*.

Se volvió hacia él e hizo girar los ojos en las órbitas varias veces.

—*¿Por qué no lo dijiste antes? Es algo que tenemos que conmemorar, ya no hay mucho que festejar por aquí.*

—*Ni siquiera podemos emborracharnos*.

—*Podemos intentarlo y podemos hacer otras cosas*. —Se acercó a él como si estuviera por susurrar, aunque, en realidad, no era necesario. No había diferencia en el volumen de la voz que le llegaba a la cabeza —. *Oí que todavía quedan algunos animales de las últimas cacerías. Fueron traídos a la nave sin que se enteraran las demás castas, podríamos organizar…*

—*¿Cómo?*

—*No lo sé ni me interesa saberlo, nada más sé que podríamos descargar un poco del menjunje que nos inyectan. Nadie tiene que saber, solo hay que pagar unos cuantos créditos, tienes suficientes para los dos*.

—*Ah, ahora entiendo por qué quieres que festeje.*

—*¿Qué harás, de todas formas, con tantos créditos? No sirven para nada que podamos utilizar en las naves y no son, realmente, necesarios en ningún planeta*.

—*Está bien* —dijo él alejándose de la ventana. Cualquier cosa con tal de dejar de pensar tanto, eso era peligroso. No le sucedía antes, cuando estaba activo todo el tiempo, fue a una condición que adquirió durante sus décadas de encierro.

—*Perfecto* —contestó el otro y se acercó, un instante, un poco más antes de volver a alejarse. Aquello se consideraba como una palmada en la espalda, lo máximo que se permitían aproximarse unos a otros en épocas de paz. Si hubiera sido en el planeta; probablemente, se hubieran matado el uno al otro y a cualquiera que se les acercara.

Ambos aguardaron unos segundos a tener el control total de sus impulsos y luego el otro soldado lo guio hacia el lugar donde ocurriría la siguiente cacería. Su primera en la nave. No sería la última. Todos sus créditos terminarían agotándose en aquel lugar y similares, durante los años de espera.

Ambos XX

La estaba mirando, aunque solo alcanzara a distinguir de él parte de su cuerpo, mayormente entre sombras, sabía que la estaba mirando. ¿Cuánto esperaría para atacarla? ¿Acaso esperaba a que ella hiciera el primer movimiento? En todos los videos que había visto, los extraterrestres habían embestido sin provocación y sin aviso. Pero, claro, solo había visto un par de videos. Era muy poco, casi nada, para hacer un análisis del accionar de una raza. Y aun así, con lo poco que sabía, tenía que tomar una decisión.

No parecía que ella fuera a actuar por su cuenta, tendría que hacerlo él. Tendría que hacerla reaccionar y decidir, en ese momento, si la dejaba vivir un rato más o la mataba antes de lo previsto. Esperaba que no fuera lo segundo, no quería perder su ventana; sin embargo, necesitaba saberlo ahora, después podría ser demasiado tarde. Esperaba que todo este tiempo que le había dado le hubiera servido para planificar su próximo paso.

Miró alrededor de los escombros, había otro edificio cerca, también entre sombras. Si corría hasta allí, quedaría unos metros más cerca de ella, desde el otro lado. La forzaría a inclinarse hacia la izquierda. Si había visto bien, era donde ella había dejado el arma. De esa manera, ella tendría una oportunidad, tendría que tomarla.

Corrió veloz hacia el escondite elegido. No oyó nada en ese instante, pero cuando se volvió para mirarla, casi sintió ganas de sonreír.

ÉL SE MOVIÓ A UNA VELOCIDAD INESPERADA. Demasiada para ella. Si la atacaba de esa manera, no tendría chance. Sintió que el corazón le saltaba en el pecho y se preparó para el impacto, pero él no corría hacia ella, sino que la rodeaba, se acercaba poco a poco, parecía estar tanteándola. Para seguirlo con la vista, para no dejarlo a su espalda, tuvo que inclinarse a un lado, justo donde había dejado el arma. Era una suerte que él hubiera elegido ocultarse en ese edificio.

Ella saltó hacia el costado y se agachó lo más rápido posible para agarrar el arma. También se llevó la mano a la espalda, donde tenía guardado el puñal.

Ahora él estaba más cerca, pero ese lugar era más oscuro. No podía ver más que su contorno y la luz de sus ojos. Estos no eran realmente brillantes, no como los de un depredador de noche, pero el sol les daba un reflejo difícil de ocultar en las sombras.

Seguía mirándola, ¿cuánto tiempo más…?

Corrió hacia ella.

Ella se echó hacia atrás y sacó la mano de la espalda para agarrar el arma con ambas manos. Disparó antes de estar segura de dar en el blanco. Sintió que algo rozaba su costado, le rasguñaba el brazo y luego se alejaba. Cuando se dio la vuelta, él ya no estaba allí. ¿Qué había sido eso? La herida no era grave. Se miró el brazo y echó un vistazo alrededor, el escombro que tenía delante antes había desaparecido.

«¡Maldición, entonces sí había algo!».

NO LA DAÑÓ, pero debía hacer algo y debía llevarse algo, recordarle lo que estaba sucediendo.

Le daría unos días más, se los daría a ambos.

Humanos X

CUANDO LLEGÓ A ESE PUEBLO, notó una sensación de finalidad; como si, por fin, hubiera llegado a su destino. Aunque no tenía idea de si lo había hecho o no. No se veía que hubiera ningún ser humano, solo los edificios semidestruidos y un gran silencio. Podría ser igual a su pueblo natal, esperaba que no lo fuera. Había elegido la dirección al azar; en realidad, no había pensado en nada más que alejarse de su pueblo. Al principio, ni siquiera había querido pasar por su casa a recoger más conservas, luego lo pensó mejor. No debería haberlo hecho.

No quería volver a su casa y pensar en su padre o en la niña o en los hombres que la habían atacado o en la *cosa* que había encontrado en aquel lugar. Quería alejarse de todo y de todos y encontrar a los verdaderos humanos, a los que estaban resistiendo como ella, a los que estaban luchando, a los que iban a sobrevivir y con algún tipo de integridad.

Había buscado a la niña durante unas horas, pero el día pasaba y no aparecía. No sabía por qué se habría ido, tal vez estaba más asustada de lo que creía, tal vez había ido tras ella y cuando vio lo que había hecho…, tal vez todavía no confiaba tanto en ella. ¿Y por qué habría de hacerlo? Tampoco se animaba a llamarla en voz alta, no podía saber qué iba a contestar. Y luego se había cruzado con ese extraterrestre y después… nada. Despertarse en las afueras del pueblo, viendo una columna de humo.

Se llevó la mano a la cabeza y cerró los ojos un momento mientras la agitaba de un lado a otro. Como seguía caminando, tropezó y estuvo a punto de caer, pero pudo sostenerse de un árbol. Había sido ella la que había prendido fuego a su casa, después de revisar la

montaña de cuerpos, después de encontrar a una persona que quería que la matara, después de lo que había visto en esa casa y después de que la niña había desaparecido… Pero no…, ella la había encontrado, había visto su cuerpo… cerca de su casa, rodeado de drones y luego…, y luego el extraterrestre y luego ese hombre lo había atacado y ella…

Suspiró.

No tenía idea de lo que había pasado ni de cuánto tiempo había transcurrido. No creía que hubiera sido demasiado, no sentía hambre, pero estaba extremadamente cansada. Se había revisado a sí misma lo mejor que pudo y no estaba herida más allá de pequeños raspones y cortaduras. Si bien no recordaba con claridad, sabía que algo extraño había sucedido allí y ese pueblo había sido borrado de la faz de la Tierra. Sin embargo, ¿habían sido los extraterrestres o los humanos? ¿O acaso ambos?

No tenía sentido preguntarse esas cosas, no por el momento. Tenía que seguir con su primer objetivo: encontrar un grupo de humanos que estuviera combatiendo a los invasores. Se uniría a ellos, no podía seguir sola, había demasiados locos dando vueltas por ahí. Los que todavía estuvieran cuerdos, los que todavía pudieran confiar unos en otros estarían encerrados, unidos y recelosos de los demás que se acercaran. Así que tendría que ser ella quien los encontrara. Tenía que hacerlo en algún momento, no podía tardar mucho, con tantos humanos en el mundo, en ese mismo país, no podía demorarse en encontrar, al menos, un grupo pequeño que estuviera cuerdo y luchando.

Estaba caminando cerca de la carretera principal, pero entre los árboles que la cubrían a los lados. Cada tanto, sentía el ruido de algún dron, pero solo había visto uno pasar del otro lado de la ruta. El cielo estaba despejado, no se observaba ninguna nave. Se podría decir que era un día como cualquier otro, una tarde tranquila en un lugar silencioso. Pero todo había cambiado y todavía no alcanzaba a entender cuánto.

El pueblo frente a ella era más pequeño que el suyo. Primero consideró pasarlo de largo, allí ya no habrían vivido muchas personas. Luego lo pensó mejor: si lo extraterrestres habían empezado destruyendo las ciudades más grandes, la lógica indicaba que después irían por las medianas y dejarían para lo último los poblados pequeños y más aislados. Allí, entonces, tendría más oportunidades.

Todavía había demasiado sol. Decidió que lo mejor sería acercarse cuando hubiera menos luz. La suficiente para que ella pudiera ver, pero no tanto como para ser tan obvia contra el entorno. Era cierto que la noche era mejor para los extraterrestres, si ocultar el sol tenía algún sentido. Sin embargo, había comenzado a creer que esa estrategia había sido más para asustarlos a ellos que porque, en

realidad, les molestara el sol.

Trepó a un árbol bastante pequeño e intentó dormitar un poco. Le fue imposible encontrar una posición mínimamente cómoda entre las ramas, pero esa ubicación le daba una mejor visión del pueblo. Estaba casi intacto, solo unos pocos edificios destruidos en el centro. No estaba segura de que hubiera sido un arma extraterrestre, ¿no tendría que haber más destrucción? Lo que veía le hacía acordar a los edificios que se demolían en forma controlada y se caían sobre sí mismos, sin tocar nada de lo que había a su alrededor.

Suspiró, estaba vacilando otra vez: dejar pasar ese pueblo o, al menos, intentarlo. Finalmente, decidió que no perdía nada con investigarlo durante un día. Había algo que le atraía de ese lugar, que encontraba familiar. Sabía que, probablemente, se debía a que ella había nacido en un pueblo. No importaba el tiempo que había vivido en la ciudad, el tiempo que había añorado ir a una gran ciudad, todavía sentía melancolía por el pueblo.

Apenas el sol empezó a esconderse, se bajó del árbol y emprendió el último kilómetro hasta el pueblo. Las casas empezaban casi al borde de la carretera. Eran un poco más ralas a un lado y otro de la calle principal del pueblo que nacía de la carretera, ya que se comenzaban a intercalar comercios y edificios públicos. Cada vez había más y supo que eso la llevaba hasta la parte central, donde estaban los edificios destruidos.

Se ocultó en una de las primeras construcciones abiertas que encontró y miró hacia todos lados. No se veían señales de que alguien estuviera con vida allí, pero podían estar ocultos, lo más probable, en los sótanos. En esa zona del país, las casas con sótanos eran lo más común.

Avanzó ocultándose cada tanto y, poco después, llegó a una pequeña estación de servicio. Era la primera en el pueblo. Le pareció que era demasiado pequeña para que fuera el primer puesto de reabastecimiento disponible cerca de la ruta, pero tal vez con otro pueblo tan cercano no era necesario.

Entró con aprensión. Cada vez que veía una estación o entraba en una, recordaba aquella oscura donde había perdido a los muchachos, las últimas personas con las que había hablado con cierta coherencia, con las cuales había compartido el mismo objetivo, aunque fuera por breves momentos.

El lugar era bastante pequeño y lo habían vandalizado. Se le cayeron los ánimos, tal vez no encontrara comida. Aunque luego pensó que tal vez…, tal vez, era porque todavía había humanos en la zona, que se la habían llevado a su escondite.

Revisó los estantes de todas formas y solo encontró un par de paquetes de barras de cereal que estaban abiertos. Las barras estaban

blandas, pero no parecían tener hongos. No miró las fechas de vencimiento, sencillamente se comió una y guardó las demás en los bolsillos que tenía.

Cuando salió, el sol ya casi había desaparecido del todo. Tendría que apresurarse, caminar más rápido y llegar a los edificios destruidos. Algo le decía que allí encontraría todo lo que necesitaba saber. Algún mensaje incluso.

Hacia el final, casi corría, ni siquiera se preocupaba por ocultarse. Ningún humano la podría ver con facilidad en tanta oscuridad y, si se trataba de otra cosa…

Cuando llegó, no encontró nada.

Por un momento, se sintió desilusionada. Luego pensó que había una buena noticia: tal vez, en ese pueblo, estaba sola y podría descansar un poco.

Ambos XXI

SE AGACHÓ SOBRE ELLA OTRA VEZ, podía sentir su proximidad. No era exactamente un calor, sino una carga eléctrica que lo rodeaba. Podía percibir su presencia aun cuando no podía ni abrir los ojos. Estaba inconsciente…

«No, no puedo estarlo, no podría estar pensando, no sentiría nada».

No sentía casi nada, estaba casi inconsciente, en ese nimbo que a veces uno sentía cuando estaba a punto de caer en un sueño profundo y aún no lo hacía. Casi le dieron ganas de gritarse a sí misma, ¿por qué no terminaba de rendirse? ¿Por qué su padre no le había enseñado eso? Le había enseñado todo lo demás y a él no le había costado rendirse, no le había costado nada… O tal vez sí, tal vez por eso lo había hecho antes de que ella llegara, tal vez por eso se había apresurado a hacerlo antes de cambiar de opinión, antes de perder la voluntad. A lo mejor, fue algo que aprendió con los años y ella ya no estuvo cerca el suficiente tiempo para que él le contara.

Hubiera querido no tener que irse con tantas preguntas, pero eso era todo lo que le quedaba en ese momento. En lo único que podía pensar era en todas las respuestas que jamás conseguiría.

¿Por qué él se estaba demorando tanto?

Sintió la mano sobre su cuello, estaba extrañamente fría y no tardó en hacer presión. No obstante, todo se movía en cámara lenta, demasiada lentitud que la estaba exasperando. O tal vez así solo lo estaba sintiendo ella, tal vez así se sentía siempre cuando uno estaba a punto de dejar de existir, como si pudiera estirar los últimos preciosos segundos, como si en ese pequeño momento pudiera, por fin, encontrar las respuestas que había buscado toda su vida y, entonces,

todo aquello tendría sentido.

La mano en su cuello era cada vez más intensa. Sintió que algo se rompía en su garganta. No sentía nada del cuello hacia abajo, solo el cuello, los párpados y la sensación de que él estaba mirándola. Y como si alguien más estuviera en su mente, en su cabeza, como si la presión no fuera solo externa, sino también interna. Sin embargo, eso no tenía sentido; en realidad, nada lo tenía. Tal vez, nunca nada lo hubiera tenido.

La mano presionó más y la oscuridad se acrecentó en los bordes de sus ojos internos. Estaba a punto de perder la conciencia para siempre y se sintió menos aterrorizada de lo que había esperado. El miedo estaba ahí, latente, pero también había cierta paz al saber que, al menos, había llegado el final. Ya no tenía que preocuparse más, podía sacarse ese peso de encima. La decisión final había sido tomada por alguien más y ella podía sentirse orgullosa de que había hecho todo lo posible. Eso era, al final, lo único que le quedaba: que en medio de toda esa futilidad, ella había hecho lo posible. No tenía la culpa de que nada tuviera sentido.

Una última presión y luego nad…

SINTIÓ LA VOZ A SU ESPALDA, no la reconoció, pero sabía que no era humana. Entonces, estaba en problemas.

No era la voz de un soldado ni la de un comandante. No recordaba que hablaran así los doctores, aunque no los había visto nunca fuera de las instalaciones médicas. Ellos eran casi tan reclusivos como los planificadores. Las normas indicaban que no podían tener contacto con aquellos a quienes modificaban genéticamente; por lo tanto, eso abarcaba a casi toda la población de la nave.

La humana estaba a punto de morir, estaba seguro de eso. Le había roto la tráquea, hacía rato que no podía mover las piernas, no había ninguna razón para que siguiera respirando. Tal vez solo lo hacía el cuerpo de forma automática, aunque su cerebro tendría que haberse apagado. Sin embargo, para que no quedaran dudas, hizo un giro de la muñeca y un sonoro *crac* inundó el silencio durante un momento. Luego se desvaneció.

Se levantó lentamente y se dio la vuelta.

Le extrañó lo que vio.

Esa figura…, ¿quién era? No era un humano, pero se veía tan similar… No se parecía en nada a él. Resistió las ganas de mirarse las manos y el resto del cuerpo. No era para nada como él, pero estaba seguro de que era su propia raza. La figura tenía la boca cerrada y

parecía que la llevaba en desuso bastante tiempo. Debía de estar comunicándose telepáticamente con él. Le parecía familiar, pero no podía recordarlo.

—Hace rato que sabemos lo que haces.

Él mantuvo la calma. No podía negarlo y, si él podía leerle la mente, tampoco tenía sentido hacerlo.

—Hace rato que sabemos lo que todos *están haciendo. Si lo permitimos, es porque necesitábamos saber cuál era el mejor modo de acción para aplacar esta rebelión y todas las que vengan después de esta.*

Así que era un planificador. Aquellos que nunca se dejaban ver. Si se mostraba a sí mismo ahora, quería decir que sus minutos estaban contados. No volvería a la nave, por lo menos, no lo haría vivo.

Sin embargo, nunca había oído de un planificador que saliera de su aislamiento, menos que estuviera en contacto con algún planeta. Todos sus informes siempre le habían dicho que no abandonaban jamás las naves madre. Pero este lo había hecho por él o, tal vez, lo había hecho por todos aquellos que estaban en la misma red de soldados. Tal vez todos estaban siendo contactados en este momento, al terminar con la última víctima asignada.

—¿Por qué demoraste tanto?

—Pensé que estaba muerta, debería…, le había roto el cuello y…

—¡No! ¿Por qué tardaste días? Podrías haber terminado esta asignación hace rato, elegiste no hacerlo. ¿Por qué? ¿Para estar más tiempo en el planeta? Eso no tiene sentido, vivirás aquí varios miles de años, antes de que tengamos que mudarnos otra vez. ¿Por qué no quieres regresar a la nave? ¿A nosotros? Vivirás con nosotros para siempre. ¿Por qué te apegaste a estos seres…? No, si fuera así, no los habrías matado a todos. No, la razón lógica es que la dejaste viva para tener una excusa para permanecer aquí más días, días libres… ¿para hacer qué? ¿Juntarte con los demás soldados y hablar de qué? ¿Hacer sus propios experimentos? No lograrán cambiar nada. El futuro de nuestra raza está asegurado y esta rebelión, como cualquier otra, estaba planeada. ¿No se te ocurrió eso? Las insurrecciones son necesarias, cada tanto, pero no desviarán el curso de nuestra historia, hemos encontrado el modo de que estas alteraciones y su impacto se acerquen a cero.

¿Para qué le estaría contando todo eso? ¿Acaso hacía tiempo mientras esperaba la llegada de alguien más? Tal vez los soldados que se harían cargo de él; seguramente, el planificador no lo podría contener por sí mismo.

—Nadie vendrá a ayudarte.

—No soy yo el que necesita ayuda.

El planificador ladeó la cabeza e hizo un mínimo gesto. Él sintió un dolor que irradió cada músculo y cayó de rodillas. Le faltaba el aire y la visión le comenzaba a fallar. Y luego, nada.

Se sentía normalmente.

Jadeando en el piso, sintió que el planificador se acercaba. Sin embargo, fue solo una sensación porque, cuando levantó la vista, este estaba a la misma distancia que al principio.

—¿Creías que tampoco anticipamos esto? Es una pena, tus cualificaciones hubieran alcanzado para ser uno de nosotros.

—¿Y qué hubiera ganado?

—Tal vez si hubieras conservado nuestro cuerpo original… Eso también será corregido, con el tiempo. Está todo planificado. Sin embargo, ya no formarás parte de ese futuro, al menos, no activamente.

¿Qué querría decir *activamente*? ¿Acaso le estaba dando una oportunidad de sobrevivir?

—¿No me preguntarás?

—¿Qué?

—Por qué te cuento esto. Eres lo bastante inteligente para preguntártelo. ¿Cuál es el sentido de contarte todo si estás a punto de morir?

¿Morir? Entonces, no tenía otra oportunidad, ¿por qué le había dejado pensar…?

—Tus genes formarán parte de la comunidad, tus patrones mentales…, todos los resultados del experimento que hemos recogido en las últimas décadas. Así como los de todas aquellas personas…

Intentó saltar sobre él, pero el dolor regresó.

—Te di otra oportunidad, fue todo lo que pude hacer por ti. Pensé que la aprovecharías, pero terminamos aprovechándola nosotros. De todas formas, era un cincuenta/cincuenta de probabilidad. Pero ¿qué más puede hacer un progenitor?

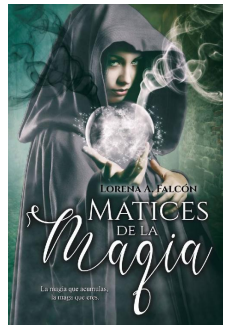
Él levantó la cabeza. Eso era lo que le parecía familiar, pero ya no podía recordar el rostro de su familia. ¿Sería cierto? ¿Habría forma de saberlo, en realidad?

—Estarás siempre conmigo, la inmortalidad no se la negamos a nadie —dijo el planificador e hizo un gesto con la mano.

La oscuridad lo llenó… y luego, nada.

Mis participaciones anteriores en el Premio Amazon:

Matices de la magia

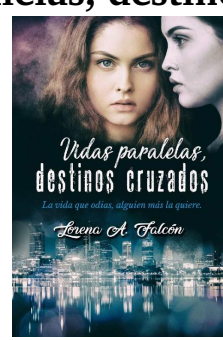


La magia que acumulas define la maga que eres.

Johanna siempre supo que sería maga, pero la magia no es solo sangre o talento. No es el pasado de tu familia, sino el tuyo. Tu magia será blanca o negra según lo que hayas hecho.

Disponible en Amazon.

Vidas paralelas, destinos cruzados

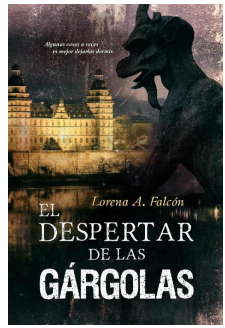


La vida que odias, alguien más la quiere.

Todos los días de Carola son iguales. Hasta que una noche se abre una ventana a otro mundo. Allí Carola es una bruja poderosa. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar lugares con su doble. ¿Qué puede salir mal?

Disponible en Amazon.

El despertar de las gárgolas



Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga: es capaz de despertar a las gárgolas. Estas pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿podrá manejarlo?

Disponible en Amazon.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en Amazon.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya

Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.
Disponible en Amazon.

El talismán del emperador

El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.
Disponible en Amazon.

¿Quieres leer más tomos únicos?
Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra de mis novelas.

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

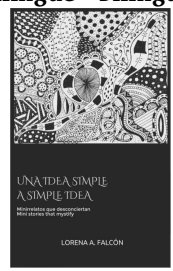
Visítala en *Twitter* o *Instagram*.

Agradecimientos

A todos aquellos que hacen la autopublicación posible.

Otras obras publicadas

Una idea simple - A simple idea
Bilingüe - bilingual

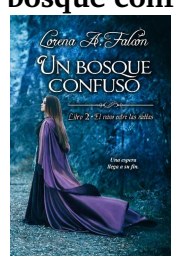


Minirrelatos que desconciertan - Mini stories that mystify

Minirrelatos de no más de cien palabras. Pequeñas historias que desconcierta e invitan a pensar y a divertirse un rato.
Mini-stories of no more than one hundred words. Little stories that mystify and invite you to think and have fun for a while.

Disponible en Amazon.

Un bosque confuso



El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Inés nunca quiso seguir su destino… hasta que se cruzó con Ema. Cuando se entera de que la joven persigue su mismo destino, sabe que ya no puede esperar más y debe buscar aquello que le permitiría cambiar su reino y, tal vez, el mundo.

Disponible en Amazon.

Un conflicto sin fin

Cuando ayudas a los demonios, los ángeles van tras de ti.

Hugo, cansado de ser manipulado por todos, los abandona para averiguar la verdad.
Ahora él y su amiga Tamara deben encontrar las respuestas solos, o pueden buscarlas entre las bestias. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon.

Todo o nada

Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad que conoces depende de tus sentidos, pero ¿qué pasa cuando ellos fallan? Si no ves, oyes, hueles... sientes como los demás, estás solo.

Disponible en Amazon.

Número privado

¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra mientras Mona observa la pantalla: Número privado. Debe huir de aquello que está del otro lado de la línea. Y el celular no deja de sonar.

Ya disponible en Amazon.

Decisiones

La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera que separa todas las opciones que pudieron ocurrir en tu vida se ha roto.
Estas son las historia de Selena y Dante.

Disponible en Amazon.

Un camino marcado

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a una vida de grandeza. Cuando la oportunidad se cruza en su camino, se lanza a una búsqueda que puede cambiar el destino de su reino y del mundo.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.
Todas las pistas la llevan de regreso al comienzo. Nunca se había preocupado por su pasado, hasta ahora.

Disponible en Amazon.

Por un par de alas

Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, electrodomésticos rebeldes, viajes en el tiempo, futuros distópicos, viajes en el espacio… Hay una historia para cada uno de tus sueños o de tus pesadillas.

Disponible en Amazon.

Intercambios

No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza… por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quien fue. Solo quiere recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida.
En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en Amazon.

Todas mis partes

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon… ¿por qué no?

Disponible en Amazon.

Un último conflicto

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti. Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon.

La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, quiere huir de esa magia que la oprime. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en Amazon.

Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso cree.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo la que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en Amazon.

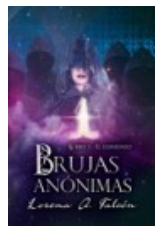
Antifaces

No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

Aquí nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, mientras se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



Ebook gratis

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en Amazon.

La torre hundida

Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en Amazon.

Matices de la magia (extracto)

Capítulo 0

JOHANNA SE LEVANTÓ con una nueva decisión en la mente. Debía acumular buenas acciones, esa era la única forma de elevar su cantidad de magia blanca y debía hacerlo como siempre lo había hecho su familia: ayudando a la comunidad. Ella nunca había sido buena en eso, ni siquiera le interesaba, pero siempre que Primus la llevaba a algún evento, no le costaba tanto seguir sus indicaciones. Esta vez tendría que hacerlo por sí misma. Pero ¿a dónde ir? De pequeña siempre había ido al orfanato, no se le ocurría otro lugar.

—Pero sí una persona —se dijo mientras terminaba de vestirse.

Bajó a desayunar, todavía era temprano para que los demás estuvieran en el comedor principal, a cada uno le gustaba permanecer un tiempo a solas antes de comenzar las actividades diarias. Johanna pasó por la cocina y se llevó un rápido desayuno y un poco de comida de más para compartir con su amiga.

Afuera el clima era templado, un poco fresco, pero no tardaría en levantar la temperatura. La primavera estaba cada vez más metida en el aire. El sol estaba elevándose en el cielo como si fuera la primera vez que subía. Johanna se dirigió con bríos hacia las afueras de la ciudad. Ysabel estaba viviendo en la casa de una vieja costurera que le estaba enseñando el oficio. A medida que se alejaba del centro, las casas se hacían más pequeñas, más grises y con las ventanas más selladas. Nunca antes había prestado mucha atención, pero ahora buscaba algo, buscaba alguna oportunidad de hacer algo bueno. Sin embargo, después de un rápido vistazo, la gente tendía a alejarse de ella. Muchos de ellos miraban hacia otro lado, como si no quisieran reconocer su existencia. Johanna comenzó a sentirse incómoda; después de comprobar que no había ningún otro mago alrededor, bajó la vista y apresuró el paso.

La casa de la vieja costurera no era más que un cuadrado con dos habitaciones: el dormitorio y una humilde sala donde Ysabel dormía, comía y cosía. La cocina no era más que un pequeño fogón cerca de una de las paredes mohosas. Allí dentro hacía tanto frío que la primavera parecía haberse olvidado de entrar por esos rincones. Ysabel la hizo pasar, la mujer no se encontraba en ese momento, había ido a visitar a una de sus viejas amigas, que estaba muy enferma.

—Traje el desayuno —anunció Johanna y le tendió el bulto a Ysabel, a la vez que sentía que se sonrojaba.

Pero su amiga no se inmutó, sencillamente lo agarró y lo sirvió en la mesa, en los pobres platos y tazas que poseía la vieja. Le hizo una seña para que se sentara.

—¿Qué haces por aquí tan temprano?

Johanna miró alrededor y frunció la nariz.

—Vine a visitarte.

—¿Tan temprano? Sueles tener clases a esta hora o al menos estar practicando para la próxima elección.

Johanna se removió en su silla, no había tocado la parte del desayuno que Ysabel le había puesto delante. Era una pequeña porción, pero Johanna siempre se preguntaba por qué su amiga insistía en repartirlo cuando sabía que ella ya habría comido y podía conseguir mucha más comida en su casa. Era algo que nunca había entendido.

—¿Por qué haces eso?

—¿Qué cosa?

—Darme la mitad del desayuno.

Ysabel se encogió de hombros.

—Es costumbre, no lo piensas. En el orfanato —se le ensombreció la expresión—, nos obligaban a compartir; sobre todo, los magos que venían a ayudar.

Johanna frunció los labios.

—Menos tú. —Sonrió Ysabel.

Pero Johanna seguía seria.

—¿Qué te pasa?

Johanna miró alrededor.

—Para mí no es tan espontáneo, si no está alguno de mis hermanos presionándome o recordándomelo…

—¿Para qué quieres ser como ellos?

Johanna apretó los labios.

—Hay muchas formas de ser bueno, tu problema es que lo piensas demasiado, debes dejar que todo fluya más naturalmente.

—Por eso estoy aquí.

Ysabel enarcó las cejas.

—Necesito…, tengo que acumular un poco de buenas acciones.

—Bastante, por lo que me parece.

Johanna se removió ante la mirada insistente de Ysabel, no le gustaba saber que ella podía verla, que en verdad podía verla.

—Necesito tu ayuda.

—¿Cómo?

—Seguro que sabes de oportunidades por acá que me puedan servir para… —Dejó que la voz se hiciera un susurro mientras Ysabel la miraba con fijeza—. ¿Ves?, ahí estoy otra vez, oportunidades que me puedan servir a *mí* —Johanna sacudió la cabeza—, siempre pienso lo mismo.

—No está mal pensar en uno.

—Sí, lo está, si quieres acumular magia blanca.

Ysabel se mordió el labio y desvió la mirada. El desayuno se había terminado, había comido toda su parte y envolvió la que dejó Johanna para después compartirla con la vieja costurera.

—Oportunidades, está lleno de ellas por aquí, pero de ahí a que puedas tomarlas...

Johanna levantó una mirada herida.

—Tú sabes que lo intento.

Ysabel alzó la mano con la palma hacia afuera.

—No me refiero a eso, sino que aquí no hay mucha confianza en los magos.

Johanna frunció el ceño.

—¿Cómo que no? Los magos son parte del reino, del estado, son un eslabón importante, a todo el mundo le gusta tener un amigo mago que pueda… —Otra vez dejó que su voz se perdiera ante la presión de la mirada de Ysabel.

—No *todo* el mundo piensa así, en realidad, son los magos quienes piensan eso. Habrás notado cuando venías por aquí que no había muchos magos.

—Sí, también noté que me evitaban, pero creí que…

—¿Porque eras tú? —Ysabel rio—. Sí que te sientes perseguida. Pero no, ni siquiera creo que sepan quién eres, al menos no la mayoría. Lo que no les gusta es que seas maga.

—Pero puedo ayudar.

—Tal vez —dijo Ysabel y se puso de pie. Miró alrededor y suspiró —. No perdemos nada con intentarlo, pero tenemos que irnos ahora, dentro de poco volverá la costurera y hoy tenemos mucho trabajo que hacer.

Johanna se puso de pie de un salto.

—Gracias.

El barrio era bastante pobre, pero estaba lleno de actividad, casi no había mugre en las calles y Johanna no podía creer que no lo hubiera notado antes. Sin embargo, la gente no era amable, o por lo menos mantenían la distancia de ellas. En una de las angostas calles, vio a un niño que lloraba en el suelo mientras la madre intentaba hacerlo callar y examinar su pierna a la vez.

—Eso es fácil —se dijo Johanna—, debe haberse fracturado o tal vez un esguince.

Se acercó a ellos con decisión. Ysabel amagó a detenerla, pero se contuvo. La mujer no se dio cuenta de lo cerca que estaba Johanna hasta que esta se agachó a su lado. Pero apenas la vio, se alejó instintivamente de ella.

—Solo quiero ayudar —explicó Johanna a la vez que acercaba las manos a la pierna del niño, que había dejado de llorar para mirarla con atención.

«Debe de ser solo un esguince», pensó Johanna y reprimió una sonrisa, si no, el niño seguiría llorando.

Cerró los ojos para invocar la magia, pero entonces sintió un tirón del hombro y cayó hacia atrás en el piso. Cuando abrió los ojos, vio allí a un hombre que estaba discutiendo con Ysabel. La mujer se apresuró a alejar de allí a su hijo.

—¿Qué sucede? —pestañeó Johanna a la vez que se ponía de pie.

—Nos vamos —determinó Ysabel mientras la tomaba del brazo con bastante brusquedad.

—Pero todavía no lo curé.

—Como si pudieras —dijo el hombre que había estado discutiendo con Ysabel y se puso en su camino—. Es mejor que te vayas, no te queremos aquí.

—Pero puedo ayudarle —insistió Johanna a la vez que se resistía a los tirones del brazo de Ysabel.

—¿Como lo ayudaste a él? —preguntó el hombre con una sonrisa torva—. Ya no podrá volver a caminar, ¿sabes lo que eso significa para su familia?

Johanna agrandó los ojos.

«¿Acaso se refiere a…?».

—Yo…, yo… —balbuceó y dejó que Ysabel la arrastrara de la calle.

Los ojos de los vecinos las siguieron durante varias cuadras. Ysabel la guio de vuelta hacia la ciudad.

—No fue a propósito —murmuró Johanna—, el perro se metió en el camino, ¿cómo podía saber yo que él intentaría salvar al perro? ¿No era mejor el perro que el hombre? —Miró a su amiga con ojos acuosos.

Ysabel suspiró.

—No entiendes a las personas, creo que ahí está tu problema.

—Pero, Ysabel, iba a salvarlo a él, ¿qué importaba el perro?

—A él le importaba.

—Arriesgó su vida.

—Sí, eso hacen las personas.

Ysabel se detuvo en las puertas de la parte interna de la ciudad.

—Es mejor que te vayas a casa.

—No, no puedo, no puedo… —Johanna levantó los brazos y los dejó caer con fuerza y frustración—. No lo entiendes, yo tengo que… —Inspiró con fuerza y se alejó a grandes zancadas. Pero su amiga la alcanzó poco después.

—Me parece que el problema es que tú no entiendes.

—Entonces, dime qué es lo que hago mal. Nadie parece poder decirme eso.

—¿A cuánta gente le preguntaste?

Johanna desvió la mirada.

—Mira, ahora no puedo quedarme, la vieja costurera seguro está de regreso, debo volver.

—¿Podemos hablar más tarde? —preguntó Johanna, sin sostenerle la mirada—. Necesito entender, necesito…

—Está bien —la empujó Ysabel—, después, más tarde… iré a buscarte donde siempre.

Johanna asintió y regresó a su casa, esperaba que ya no hubiera nadie allí.

Ya disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.